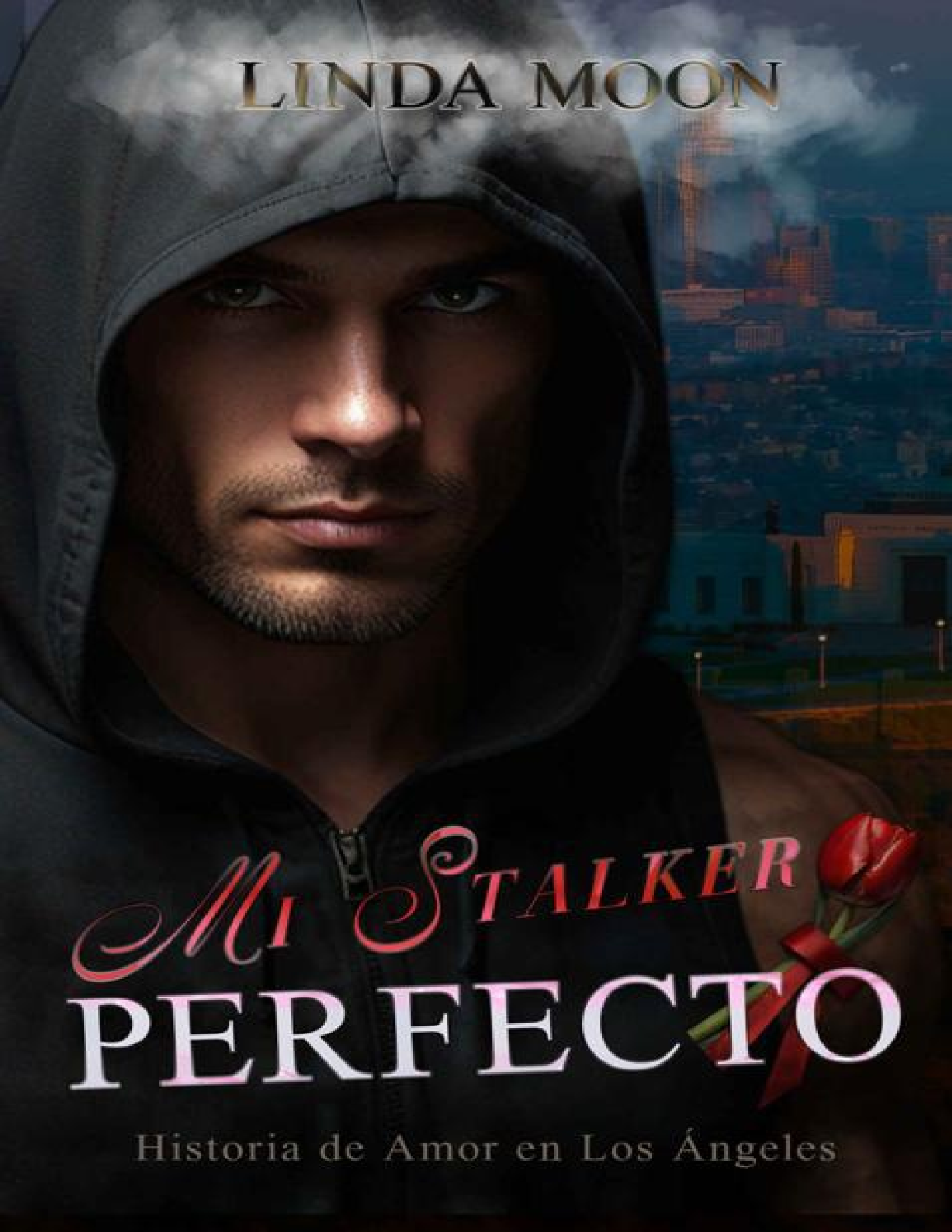

LINDA MOON
Mi Stalker
PERFECTO
Historia de Amor en Los Ángeles

# Mi Stalker Perfecto

Susurrar o Gritar

# Linda Moon



Copyright © LINDA MOON by Linda Moon

All rights reserved.

No portion of this book may be reproduced in any form without written permission from the publisher or author, except as permitted by U.S. copyright law.

# Contents

1. 1. Mía.
2. 2. Mía
3. 3. Mía
4. 4. Hunter
5. 5. Mía
6. 6. Mía
7. 7. Mía
8. 8. Hunter
9. 9. Mía.
10. 10. Mía
11. 11. Mía
12. 12. Mía
13. 13. Mía
14. 14. Mía
15. 15. Mason
16. 16. Mía
17. 17. Mía
18. 18. Mía

19. 19. Mía

20. 20. Mía

21. 21. Hunter

22. 22. Mía

23. 23. Mía

24. 24. Mía

25. 25. Mía

26. 26.Mía.

27. 27. Mía

28. 28. Mía

29. 29. Mía

30. 30. Hunter

31. 31. Mía

32. 32. Mía

33. 33. Mía

34. 34. Mía

35. 35. Mía

36. 36. Mía

37. 37. Mía

38. 38. Hunter

39. 39. Mía

40. 40. Mía

41. 41. Mía

42. 42. Mía

43. Epílogo

# 1. Mía.



No me oigo.

Ya no me oigo, aunque tengo la boca llena de palabras y hasta la garganta de frases.

Estoy muy cansada.

Estoy cansada y se me acabó este estúpido juego.

Alguien preguntará: *"¿Qué te pasa?"*.

No todo el mundo tiene tanta suerte.

No todo el mundo tiene la fama y el amor de los fans; no todos los nombres son coreados por la multitud cuando tomas el micrófono en tus manos.

Y no todo el mundo tiene una madre rica que está encantada de que su hija sea una auténtica estrella que conquista corazones.

Mi madre cree que está cumpliendo mis sueños, pero no percibe en absoluto mis deseos. Es ella la que cumple sus sueños de infancia y lame sus heridas y traumas.

Y yo estoy cansada.

Estoy cansada de ser la niña de los caramelos y de cantar tonterías.

Estoy cansada de brillar bajo los focos, cansada de sonreír hasta que me duelen los pómulos.

Mis cinco minutos de silencio antes de que Bernard empezara a aporrear la puerta. Respiro profundamente e intento relajarme, pero mi olfato capta un olor familiar de chocolate negro.

Tulipanes. Un escalofrío me recorre el cuerpo. Es él otra vez.

*¿Cómo?*

*¿Cómo lo hace?*

Desde hace cinco meses, encuentro un tulipán y una nota en mi camerino después de cada concierto. A pesar de que las habitaciones de los artistas están aseguradas.

También los hombres de mi madre están al lado de la mía todo el tiempo, pero el tulipán y la nota estarán sin duda allí.

Todo empezó con una estúpida competición en la universidad a mediados de mi primer año. En la competición entre facultades teníamos que grabar un vídeo. Las chicas y yo hemos cantado una canción, y nuestro número ganó, y de repente se hizo viral en Internet.

Y parece que no hace mucho tiempo tuve mi primer concierto serio en un pequeño club. Llevaba mis vaqueros favoritos y una camiseta con el logotipo de mi grupo favorito, y encima una cazadora vaquera. En los pies llevaba zapatillas deportivas que ya habían pasado por varias etapas importantes conmigo.

Antes de salir al escenario, me maquillé de forma minimalista: un poco de rímel, sombras naturales y un ligero brillo en los labios. Llevaba mi colgante favorito, que me había regalado mi padre.

Este colgante siempre me recuerda mi sueño y me apoya en los momentos difíciles.

Mientras estaba entre bastidores, se me aceleraba el corazón. Sabía que era un paso importante hacia mi independencia.

Pero, ¿lo era? Ahora lo ha cambiado todo.

¿Entendía correctamente qué era la independencia?

En ese momento, sí, quería ser una estrella.

Subí al escenario y sentí que todas las miradas se volvían hacia mí.

Mi voz sonaba segura y podía ver que mis canciones conmovían al público. Fue una sensación increíble compartir mi música y mis emociones con los demás.

Después de la actuación, varias personas se me acercaron para decirme lo mucho que les había gustado. Sonreí y les di las gracias, sintiendo que mi corazón se llenaba de alegría y orgullo. Ese era mi primer paso para convertirme en quien soñaba ser: fiel a mí misma y a mi música.

Y entonces todo cambió. Empecé a cantar lo que me decían. Letras que no me inspiraban. Me di cuenta de que no necesitaba el escenario para nada. Quería seguir siendo humilde y discreta.

Pero al cabo de una semana, empezaron a llamarme a mí y luego a mi madre y ahora a Bernard. Por alguna razón, de las tres chicas con las que habíamos grabado el vídeo, solo la gente miraba a mí. Pensé que mi madre se pondría furiosa, pero, para mi gran sorpresa, de repente apoyó la idea.

¿Quería estar en el escenario?

Ya, no.

¿Alguna vez he deseado que, en un centro comercial, al quitarme las gafas, se me acercara un joven baboso y me pidiera una foto?

No.

¿Quería que mis amigos del grupo casi dejaran de hablarme porque *"lo pagó tu mamá"?*

Por supuesto que no.

Lo único que me sigue enganchando es el álbum conjunto con "Sunny" en el que estamos trabajando. Me siento viva en los ensayos con ellos.

Envidio a su líder, Mason, que hace lo que quiere. Canta lo que quiere cantar, vive lo que quiere vivir.

Tecnólogos, profesores, directores, productores me enseñaron a cantar, a moverme, a sonreír, a comportarme en el escenario, pero fue él —Mason— quien me enseñó a vivir en el escenario. Con el ejemplo. Él hace lo que quiere en el escenario, y a veces tan lejos de costumbre.

—¿Quieres venir con nosotros, Mía? —Me rodea el cuello con su gran brazo cuando vamos entre bastidores después de la canción—. Paseamos el rato o vamos a follar.

—Sí, vamos —le digo, riéndome, mientras aparto su brazo de mi hombro—. ¡Tú tienes con quien follarse!

De hecho, él y yo ya lo habíamos arreglado después de un concierto en la ciudad hacía un año. Entró en mi camerino y me dijo que le gustaba y que le gustaría follarme allí mismo.

En este momento yo estaba muy cabreada. Intenté echarle a patadas, pero recibí otra oferta a cambio: “¿Vale, y cantar juntos?”

Así fue como nos hicimos amigos suyos y de su equipo. Pero, ¿quién va a impedir que Mason no se folla? Y siempre intenta conmigo.

—Sí, eres un no-no-no —se ríe—. La imagen pura y brillante de una virgen.

—Déjame en paz, Mason —sacudí la cabeza y me dirigí a mi camino.

Mason tenía razón.

No he tenido relaciones sexuales; solo estuve a punto de hacerlo en un único intento hace casi dos años. Es una respuesta al control familiar. Salí corriendo por la ventana el día de mi cumpleaños.

La situación ha estado antes de todo el asunto de la música, fui a un club con una amiga del instituto, me emborraché y estuve a punto de acostarme con un chico. Cambié de opinión en el último momento.

Me avergoncé de mí misma, pero no me arrepiento de haber aplazado la privación de mi eficacia para otra fecha.

Cierro la puerta de vestuario por dentro con el pestillo antes de que entre Bernard. Es mi representante, controlado por mi familia.

No quiero verle, no quiero estar a solas con él. Bernard está actuando de forma extraña últimamente. La forma en que me mira me pone enferma.

Sí, me ha ascendido muy alto, sabe organizar los conciertos, el repertorio y la imagen escénica de tal manera que está destinado a ser un éxito. Pero últimamente se ha vuelto más controlador y cada vez me siento más incómodo bajo su mirada.

Es como si estuviera desnuda. Es estresante.

Me dejo caer en la silla junto al espejo largo, aparto los botes de maquillaje y los soportes de peines sobre la encimera y apoyo los codos en ellos. Luego apoyo la cara en las palmas de las manos. Me paso los dedos por el pelo y me lo sacudo, retorciendo el peinado.

Lo he visto, el chico de tulipanes. Estoy segura de eso. Ya he estado en algunos conciertos, al fondo de la multitud o en algún rincón, pero mi mirada se fija en un tipo con una sudadera oscura con capucha.

Un fantasma sin rostro. Y, de algún modo, estoy segura de que es él. Un tulipán yace en el alféizar de la ventana, envuelto en una cinta escarlata, y debajo hay una nota. Me tiemblan los dedos y tengo la garganta seca.

Le tengo miedo.

Miedo a los mensajes que me escribe.

Miedo a los tulipanes envueltos en cintas escarlata.

*“Para que puedas respirar tranquila, apareceré para salvarte.*

*Con amor y pasión,* ***tu admirador****”*

# 2. Mía



Tiro tanto la tarjeta como el tulipán, como si me hubiera pinchado dolorosamente una espina inexistente.

*¿Quién es? ¿Qué quiere?*

Me rodeo con los brazos y me froto los hombros, intentando alejar el frío.

Empieza a parecerme que no estoy sola en el vestuario. Es como si estuviera aquí en alguna parte, escondido en la noche, ocultando su rostro bajo su capucha negra y su máscara.

En la habitación semioscura, iluminada solo por las antorchas del espejo de maquillaje, de repente me siento espeluznante. Hay demasiadas sombras en los rincones junto a los armarios. Ni siquiera me cambio de ropa. Me pongo el macintosh, meto los vaqueros y la sudadera en la mochila y salgo de aquí más deprisa.

—¡Eh! —justo al doblar la esquina atrapó a Bernard.

—¿Qué haces? Has visto un fantasma.

—Puede que sí.

Me aparto de él, apenas sin poder evitar encogerse ante el olor excesivamente penetrante de su perfume.

—¿Necesitas que te lleve a casa?

—No. He llamado a mi madre; enviará un chófer.

—Mía, podría hacerlo yo —me cogió del codo, pero volví a apartarme.

De repente, se me ocurrió una comparación: si el escalofrío en el camerino ante la idea del acosador había sido aterrador, ahora, ante el contacto de Bernard, era más bien un escalofrío de repulsión.

Me acompaña hasta mi coche. Estuve comentando el programa, pero solo mío; al principio, nuestro trabajo con "Sunny" no le entusiasmó. Sobre todo cuando Mason le llamó Mamón delante de todos.

Pero el contraste era bueno, tanto comercialmente como para la versatilidad de mi imagen: la suave y gentil MiMi junto al frenético y revoltoso Mason. A la gente le encantan los contrastes.

La popularidad de "Sunny" está en su punto álgido en este momento, y Bernard no es idiota si deja pasar la oportunidad de hacer relaciones públicas a través de ellos.

-"Aroma de mango" es una buena opción. Necesitas algo más ligero. "Aroma de mango es un perfume de verano".

Otra canción sobre la merda.

-Solo sonríe y abre la boca, Mía, ni siquiera hace falta cantar mucho -dijo Bernard mientras colocaba la hoja con la letra sobre la mesa, delante de mí.

No le interesaba lo que yo pensara sobre esa otra mierda. Un día le dije que quería cantar otras canciones más profundas, con las que el público pudiera encontrarse a sí mismo y pensar; más profundas, que hicieran pensar al público.

-¿Tienes el síndrome premenstrual, Mía?, —me contestó de forma brusca y luego me recordó que si faltaba a una clase más de coreografía, podía olvidarme de trabajar con "Sunny". Esas cosas me han venido a mi cabeza, mientras Bernard hablaba sobre el concierto.

Gracias a Dios, no tenía que esperar mucho: y diez minutos después, el todoterreno negro de la familia se detiene delante de la sala de conciertos. Harry, nuestro conductor, está al volante.

—Mía, buenas noches.

Salta Harry del coche y abre la puerta trasera del todoterreno delante de mí.

—Linda me dijo que te dijera que llegaría después de medianoche, para que no tuvieras que esperar a cenar.

—Gracias, Harry. Me deslicé dentro de la cabina, me quité los zapatos de una patada y subí las piernas debajo de mí.

La música de la radio suena suavemente y quiero dormir. Me aprieto aún más la capucha de la sudadera y me reclino para dormitar mientras conducimos.

Busco a tientas su tarjeta en el bolsillo de la sudadera y aparto la mano.

*¿Por qué las conservo?*

*¿Por qué releo estas incomprensibles líneas aterradoras como si fuera masoca, obligándome una y otra vez a experimentar esa helada escarcha de miedo que recorre mi espina dorsal?*

Suena mi canción *“favorita”* en la radio; la odio más que las otras. Me estremezco y saco los auriculares del bolsillo. Pulso "Sunny" y desconecto de mis pensamientos y del mundo, hundiéndome en la voz profunda y en trance de Mason.

Escucho sus letras, deseando poder cantar lo que quiero cantar. No me importan las audiencias, Bernard, ni siquiera mi madre.

¿Por qué no puedo hacerlo? ¿Miedo a decepcionar?

Mamá se considera progresista. Cree que me está dando libertad y haciendo realidad mis sueños. Siempre me recuerda que no me obliga a casarme con uno de sus socios, como es habitual en nuestro círculo.

Ella misma se había casado por amor, pero mi padre no pudo darle el nivel de vida que deseaba. Al final, obedeció a sus padres. Traicionó su sueño. Y mató literalmente mi padre.

Mi papá aguantó mucho tiempo, pero no pudo soportar la diferencia de mentalidades de clase, el control y las regañinas con dinero, y *"huyó"*, es como yo llamo a su reciente muerte. *"Se fue"* con esa palabra es mucho más fácil de llevar.

Después de eso, mi madre se desquició y se volvió aún más protectora conmigo. Todo se centró en mí. Más tarde, intenté hablar con ella. Pero fue en vano.

-Nos dejó, Mía, a ti y a mí. Ahora tú y yo nos hemos quedado solas. Solo nos queda confiar en nosotras mismas.

Y no era cierto. Otra mentira. Aún tenía una hermana en Los Ángeles. Lauren. Pero, después de marcharse a China, para lo que no le dieron permiso, dejó de existir para mis padres. Aunque mis padres estuvieron en su boda, solo por una gran promoción, la situación sigue siendo la misma.

Sí, la ayudé a salir de allí a Lauren, de China. Pero para mí, toda la situación fue dura. Solo tenía 18 años.

Y mi madre me decía:

-Ella no nos necesitaba entonces, cuando fui, ahora nosotros no la necesitamos.

Eso no es verdad. Siempre la he echado de menos. Pero lo que vi allí me causó un trauma del que todavía huyo y sigo siendo virgen a mis veintiún años. Mi padre quería mantener una relación con Lauren, pero mi madre no se permitía.

Ahora envidiaba a Lauren [1]; había escapado de ese infierno. Al final, lo mejor que pudo hacer… Y al final lo hizo y logró su vida.

Papá quería mucho a mamá; la adoraba. Pero mis abuelos por parte de mamá siempre le recordaban de dónde él era, de que él no era nada sin ellos. Y que se lo debía todo a ellos y a mi

madre. De hecho, parecía como si ni siquiera se hubiera graduado en la Facultad de Económicas donde conoció a mi madre.

Mamá también le quería, pero no iba en contra de sus padres. Mi querido padre no pudo soportar más. Empezó a engañar y a beber. Y mamá le exigía todo, igual que exige a mí ahora. Y papá se estaba desmoronando. Yo lo vi. La autodestrucción siempre lleva a un final rápido.

Podía sentir lástima por él, pero… me abandonó. Se olvidó de que aún tenía una hija. No es culpa mía que Lauren huyera ni que mi madre me empujara.

Lauren está muy bien. Se casó con un ángel y ella misma fue un ángel en su boda. Aunque casi me desmayo cuando vi que todo se hizo al estilo chino. Papá y mamá también vinieron a felicitarles y quizá se reconciliaron en ese momento. Pero… solo estuvo en un escenario perfecto.

Tuve sueños que nunca se hicieron realidad. Quiería siempre ser independiente, hacer mi propia vida. Hacer errores, vivir sin miedo…

Cuando murió mi padre, mi madre decidió quedarse conmigo para un tiempo en Los Ángeles. Pero, después, decedió mudarse y abrir otra sucursal de oficina. Pensó que sería duro para mí estar aquí sola.

Harry me lleva a casa, me desea buenas noches y se marcha a casa. La mujer que cocina y limpia para nosotros se ha ido, y la casa está silenciosa y oscura. Me gusta estar sola. Es como si pudiera respirar más libremente. Me siento constreñida, aunque mi madre solo esté trabajando en su despacho. Ni siquiera puedo decirte cuándo empezó, porque estábamos muy unidas. Y ahora mamá es como un robot para mí.

Pero entonces empecé a sentir que me asfixiaba. Y ella empezó a presionarme cuando papá ya no estaba. Si decidía no casarme con el hijo de una compañera de trabajo, entonces tenía que conseguir algo más. Encontrar algo. Eso suena fatal.

Enciendo la luz del extractor de la cocina, cojo un plato y pongo algo de comida de la nevera.

Manuela ha hecho hoy col rellena y requesón. Corto el queso en lonchas, añado las verduras y un paquete de zumo. Subo a mi habitación y exhalo aliviada. Mi habitación es mi fortaleza. Mamá casi nunca entra aquí, por eso es una escapada para mí.

Aquí puedo relajarme y hacer lo que quiera. Dejo la bandeja sobre la mesa del ordenador, pulso el botón de encendido, me quito los vaqueros y la sudadera con capucha, me desabrocho el pelo. Inhalo profundamente y exhalo con fuerza, como si me liberara de los grilletes que me atan el pecho. Mientras me pongo mi canguro casero, se inician automáticamente el navegador y la página de la red social.

Internet y las redes sociales son mi ventana al mundo. Por supuesto, tengo varias páginas en redes sociales: Mimi oficial, una popular cantante de pop juvenil de Los Ángeles, y Mía Brown, solo una chica, solo una estudiante de una universidad local y eso solo para los amigos cercanos.

Mientras me limpio el maquillaje, oigo el sonido de un mensaje entrante. Debe de ser Olivia. Me acerco a la silla y me siento con las piernas cruzadas. Muerdo un pepino y abro la pestaña de mensajes. Mensaje desconocido.

Una carita sonriente brilla en la línea, pero el texto completo, si lo hay, no es visible. Siento una extraña punzada en el pecho, como si alguien me hubiera clavado una aguja.

*¿Quién sabe quién es? Quizá sea alguien que intenta conocer a Mía Brown. ¿O spammers que ofrecen ganar dinero por Internet?*

Hago clic en el mensaje y me quedo paralizada, atenazada por el miedo. Se me corta la respiración cuando me doy cuenta de que es él.

*Hola, Mía. ¿Te ha gustado mi mensaje de hoy?*

Publicado hace ocho minutos. Aprieto los puños y siento que las palmas de las manos me resbalan de sudor.

*¿Cómo sabía que era mi página? ¿Cómo?*

Nadie, ni siquiera los chicos de "Sunny" lo saben.

*Entonces, ¿cómo?*

Me estremezco cuando veo que los puntos bajo el nombre empiezan a parpadear de nuevo. Ahora me doy cuenta de que ni siquiera había mirado el apodo.

Claro, no es su verdadero nombre, pero al menos puedo llamarlo de alguna manera en mi cabeza.

***Fantasma en sombra.***

Quiero quitarme de encima que el apodo es ridículo y gracioso, pero… el miedo me quema por dentro.

***Fantasma en sombra:*** *¿Quieres una secuela?*

Pero no espera mi respuesta.

***Fantasma en sombra:*** *Soy yo quien te mantiene despierto, tu oportunidad para encontrar el cielo.*

Mis labios susurran las líneas que recorro con la mirada.

*¿De qué quiere decirme? ¿Qué significan estos mensajes estupidos?*

Me tiemblan los dedos cuando escribo en el teclado y lo envío:

***Mía:*** *¿Quién eres tú?*

1. La protagonista del libro "Profundamente Perfecto".

# 3. Mía



Me quedo inmóvil, esperando una respuesta, mirando fijamente al monitor sin pestañear.

*¿Responderá?*

Creo que no. Al menos, no me dará los datos de su pasaporte.

***Fantasma en sombra:*** *tu admirador. ¿Viste la firma con las flores?*

*Los puntos vuelven a cobrar vida…*

…

***Fantasma en sombra:*** *¿Así que te gustan mis mensajes?*

***Mía:*** *¿Cómo te has enterado de la existencia de esta página?*

*...*

***Fantasma en sombra:*** *Lo sé todo sobre ti, mi grillo.*

*¿Grillo?*

Eso es vulgar. Es mentira, por supuesto. No puede saberlo todo sobre mí. Así me llamaba mi padre cuando era niña. Es un truco psicológico. Es solo intimidación. Y no puedo negar que lo hace bien. Mis reacciones físicas lo confirman.

***Mía:*** *¿Por qué grillo?*

***Fantasma en sombra:*** *Es evidente. Tienes una voz bonita y te escondes…*

Pausa…

…

***Fantasma en sombra:*** *…de mí.*

*¿Qué quiere de mí? ¿Qué quiere, ese maldito perro?*

***Mía:*** *¿Qué quieres de mí? ¿Qué quieres?*

Hago la pregunta sin rodeos.

***Fantasma en sombra:*** *A tí.*

La respuesta llega de golpe, haciendo que se me congele todo el pecho. Está loco. Debería haber tomado medidas hace mucho tiempo. Habría tenido que decirlo a mi madre; quizá incluso haber llamado a la policía. Pero no me lo tomé lo suficientemente en serio.

Lo mencioné de pasada una vez en el ensayo con los chicos de "Sunny", cuando empezaban a aparecer las tarjetas de poemas y los tulipanes, y Mason dijo en broma algo así como:

—Cada estrella debería tener su propio acosador.

Tampoco pensé que sería tan persistente. Supuse que se limitaría a jugar y me dejaría en paz. El mensajero de la red social volvió a pitar con un mensaje entrante.

***Fantasma en sombra:*** *Deberías encender la luz, Grillo. La pantalla del monitor es mala para el cerebro si la miras a oscuras.*

Y fue entonces cuando entré en estado de shock. Me levanté de un salto de la silla, me llevé las manos al pecho y sentí que el corazón me latía con fuerza bajo los dedos.

*¿Cómo lo sabe? ¡No puede ser! ¿Cómo lo sabe?*

La casa está bajo un sistema de seguridad; siempre hay un guardia en el patio.

Mi madre paga bien por nuestra seguridad, aunque nunca he entendido por qué es necesario cuando vivimos tranquilamente y no hacemos nada malo a nadie.

Me precipité hacia la ventana y, con los dedos temblorosos, comprobé la cerradura. Está cerrada. El patio exterior de la casa está iluminado, hay cámaras y alarmas. Nadie puede entrar en la propiedad sin estar detectado.

Un pensamiento atravesó mi cerebro como una flecha de fuego:

¿Y si ya está en casa? ¿En mi habitación?

Me doy la vuelta lentamente, echando un vistazo al espacio en penumbra.

Me precipito hacia el interruptor de la luz y lo golpeo con la palma de la mano. Una luz brillante parpadea y me ciega durante unos segundos. No hay nadie. Nadie en el armario. Está vacío debajo de la cama. No hay ningún sitio donde esconderse. Vuelvo a oír el sonido de un mensaje entrante.

Me acerco al ordenador con la misma cautela que si el monitor de mi mesa fuera una bomba. Tengo la boca seca mientras miro fijamente la pantalla.

***Fantasma en sombra:*** *Así está mejor. Cuídate, Grillo. Buenas noches.*

Hay un corazón al final. Y se apaga inmediatamente. Me acomodo en el suelo junto al escritorio, a horcajadas sobre las rodillas e intentando estabilizar la respiración.

Por primera vez en mucho tiempo, deseo desesperadamente que mi padre estuviera en casa ahora mismo. Entonces recuerdo que ya no está con nosotros. En ese momento, envío un mensaje a Fantasma en sombra, pero lo dejo sin leer.

Me pongo en contacto con el guardia para aclarar que no se ha producido ninguna situación especial. Me responde que todo está tranquilo y que no se han registrado violaciones ni intrusiones. Pregunta si debe hacer una ronda adicional.

—No, no lo haces. —Todo bien —le contesté, intentando calmar mi imaginación.

Prefiero que se quede en su puesto. O quizá este ***"fantasma en sombra"*** me escribió al azar. Es lógico que mucha gente se sienta ante el ordenador por la noche con las luces apagadas.

Quizá solo estaba adivinando.

Me detengo en ese pensamiento. Bloqueó su contacto y, finalmente, como encendiendo el programa. Me tranquilizo, pero aún noto que me arden las mejillas y que el corazón me late un poco más deprisa de lo normal.

Y también tardé en dormirme. Me revolví durante mucho tiempo, tirando de la manta hasta la barbilla, intentando mantener el calor y detener los ligeros escalofríos, y luego empujándola hacia abajo con las piernas, cubierta de sudor. No conseguía adoptar una postura cómoda. Me gustaba dormir boca abajo, pero ahora me incomodaba la cabeza, el pecho me oprimía y me hacía cosquillas extrañas bajo el estómago.

Al cabo de una o dos horas, me desmayo, pero incluso en sueños me atormentan la ansiedad y el malestar. A través de mi sueño oigo el portazo del coche en el patio: mi madre ha vuelto. Su fuerte voz da órdenes al conductor. Y me alegro más que nunca de que haya vuelto. Solo entonces caigo finalmente en un profundo sueño, y me prometo a mí misma hablar con ella sobre el acosador.

# 4. Hunter



El invierno en Los Ángeles siempre me ha generado sentimientos encontrados. Por un lado, el clima suave y la escasa lluvia invitan a pasear y reflexionar con tranquilidad. Por otro lado, es en esta temporada cuando la ciudad muestra su lado más inesperado, ese que no siempre se percibe en el bullicio veraniego.

Cada mañana, salgo al balcón con una taza de café caliente. Sí, el café y yo seguimos siendo inseparables desde tiempos inmemoriales. El aire fresco, impregnado del aroma de la lluvia reciente, es revitalizante. Desde aquí, puedo ver las montañas de San Gabriel cubiertas de nieve, que contrastan con las palmeras verdes de la ciudad. Esa mezcla de paisajes siempre me ha fascinado.

He pasado la mayor parte de mi vida aquí, pero mi mundo cobró sentido cuando la conocí. Sabía todo sobre ella: sus movimientos, sus horarios, su pasado. Incluso imaginaba su futuro.

Al principio, me costó identificar estos sentimientos. Pensé que sería una pasajera, como otras veces, pero los sentimientos se volvieron más intensos. Cuando empezó a aparecer en carteles publicitarios y su banda se volvió viral, recordaba esa noche con más frecuencia. Aún necesitaba tiempo para aclarar otras cosas.

A menudo, me escapo al Parque Griffith a reflexionar. El camino serpentea por calles tranquilas, donde la lluvia hace que todo parezca más limpio y brillante. Las hojas de los árboles relucen y el olor a frescura llena el aire. Desde una de las colinas, contemplo la ciudad extendiéndose hasta donde el cielo se encuentra con el océano.

La verdadera magia del invierno en Los Ángeles se revela al atardecer. A medida que el sol se pone, el aire se enfría. Es el momento ideal para hacer ejercicio al aire libre. La ciudad se ilumina con farolas y neones, mientras tú te desvaneces en las sombras.

Disfruto de esos momentos en los que paseo por las calles, observando a la gente que se apresura a sus hogares o que se reúne en cafés y restaurantes. Es como un juego, adivinar sus historias. El ambiente se vuelve íntimo, como si los conocieras de toda la vida.

El ambiente se vuelve íntimo, como si la ciudad te abrazara con su calidez a pesar del fresco.

A veces, me detengo en un bar local para tomarme una copa caliente. En estas noches se aprecia la calidez del interior, que contrasta con el aire fresco del exterior. Con un vaso de whisky, reflexiono sobre la vida, mis metas y mis sueños. Me he vuelto una persona solitaria que disfruta de su propio espacio interior, sin necesidad de grandes compañías. Penso y observo mucho. No soy romántico, pero a veces quiero algo sentir algo grande, pero dentro de mí solo encontro ese agujero negro. Solo ella me da luz de esperanza, que no todo es negro en mi vida.

El invierno en Los Ángeles no es solo una estación de lluvias y frío suave; es una época de introspección y redescubrimiento. Me hace sentir más conectado conmigo mismo y con este lugar increíble al que he llegado a llamar hogar. Aunque a veces las pesadillas de mi antiguo hogar aún me despiertan de golpe en la noche, sé que aquí estoy a salvo.

# 5. Mía



¡Lo estás haciendo muy bien, Mía! —me elogió Bea mientras me hundía en el suelo, respirando con dificultad, y doblaba las piernas.

Bea es la coreógrafa y sub-directora de Crew Dance Studio, con quien colaboro. Me ponen en bailes de refuerzo y asisto a ensayos individuales y en grupo.

El solista debe ser capaz de moverse en el escenario y formar parte del número, no ser solo una voz al margen.

—Ya te dije hace tiempo que serías capaz de aguantar el ensayo principal —dijo Bea, que se quitó las vendas de las rodillas y bebió un par de sorbos ávidos de la botella de agua.

Yo también tengo sed. Será mejor que vaya al piano de la esquina de la sala de baile, donde está mi botella.

—Yo lo intentaría. Es una experiencia interesante. Pero Bernard no lo aprobaría.

—Tu Bernard es un imbécil —diagnosticó la chica, y los dos nos echamos a reír.

Me arrastro hasta las sillas del rincón y me estiro en una de ellas. Aún me tiemblan los músculos de tantos ejercicios. Unos sorbos de agua me devuelven un poco la cordura. Me siento, me refresco un poco y voy a cambiarme.

De todas formas, Harry llega tarde: acaba de enviar un mensaje. Mientras tanto, los chicos ya están entrando en la clase de baile.

—¡Hola, Mía! —me saludan, y les devuelvo el saludo con la cabeza.

Y luego se dirigen a Bea:

—Ensayamos para el club antes de que lleguen otros chicos, ¿vale?

Da el visto bueno y entra en su despacho mientras las chicas calientan y ponen música. Observo a las chicas bailar atentamente.

No estoy acostumbrada. La música es de club, sus movimientos están sincronizados o son completamente disonantes. Se adaptan el uno al otro y luego vuelven a ser disonantes.

No está escenificado, más bien es un estilo libre, pero en algunos momentos es coherente.

—¿Cómo va todo? —me pregunta Bea, recuperando el aliento—. —¿Cómo ves desde fuera?

—Es muy interesante —asiento—. —¿Para qué sirve?

—Esta noche bailamos en el Avalon —explica. Gato y las otras están en los bastidores y yo en la jaula balconette del centro.

—Debe de ser precioso.

Por alguna razón, siempre he asociado el estilo libre con el striptease. Ya sé que el go-go no es striptease; las chicas solo iluminan al público, pero así ha sido siempre la percepción.

—¿Quieres venir? —me pregunta Bea. —Bailaremos con máscaras; nadie te reconocerá. Te divertirás. ¡Será emocionante, Mimi!

—¡Oh, no! —agito las manos.

Las chicas siguen ensayando y yo me sumerjo en mis propios pensamientos.

Se lo están pasando bien y se divierten. Solo he estado una vez en el club, cuando me escapé el día de mi cumpleaños, hace más de dos años.

En aquel momento, me sentí muy culpable. Buena chica, Mía. La estrella de mamá, la luz del día.

Sí, pero la chica buena Mía está a punto de perder la cabeza. Me doy cuenta de que estoy celosa de estas chicas en este momento. Tanto que estoy a punto de echarme a llorar.

—¿A qué hora es vuestra actuación?

—Bailamos de diez a once de la noche. Luego, puedes quedarte hasta el final de la discoteca sin pagar la entrada. Pero las bebidas corren de tu cuenta.

Si voy con ellos, podré volver antes de que regrese mi madre. Iba a quedarse en San Francisco esta noche con su hermano, mi tío William. Mamá nunca vuelve antes de medianoche de allí.

Es solo un pensamiento al azar, pero de repente se enciende dentro de mí con tanta intensidad que me hace cosquillas en el esternón. Es una emoción que ya casi no siento viva ni en el escenario.

—¿Seguro que lleváis máscaras? ¿Nadie puede pedirme que me la quite?

—Por supuesto que no.

—Gato empieza la pista primero. Es un riddance general, pero, sobre todo, estilo libre. Vamos, Mía. ¡Te va a encantar con nosotros!

Me quito la goma elástica del pelo y me hago una coleta más arriba. La verdad es que estaba bien como estaba, es solo que me entretengo mientras decido hacerlo. Es toda una aventura, que me emociona. Y es peligrosa.

Si realmente fuera a Avalon y bailara con las chicas, y Dios no lo quiera, mamá o incluso Bernard se enteraran, estaría muerta.

Ni siquiera puedo imaginar qué clase de armagedón sería. Pero ese agudo sentimiento interior estalla de repente en llamas. El riesgo despierta emociones apagadas y olvidadas hace mucho tiempo.

Alguien salta de un puente con una goma elástica por un subidón de adrenalina, pero yo iré a bailar a un club. Quiero sentir eso. Quiero sentir algo distinto al pantano inexpresivo de siempre.

Me acerco a las chicas; Gato vuelve a poner la música y empezamos a ensayar. No lo sé el nombre real esa chica. Me ajusto y memorizo rápidamente los movimientos generales y cuándo hacerlos.

—¡Bien hecho, Mía! —dice Bea cuando terminamos y los chicos se agolpan en la clase de baile.

—¿Hasta esta noche, entonces?

Están a punto de hacer un ensayo general, así que los preparativos han llegado a su fin. Ya ha venido un coche a recogerme. Saludo con la cabeza a las chicas y voy a cambiarme. Tengo que admitir que aún no estoy segura de ir al club. Puede que no me decida.

En casa estoy nerviosa durante toda la velada. Mi madre se fue hace tiempo, Manuela terminó sus asuntos y se marchó, y yo aún no me he decidido sobre la velada. Ni siquiera enciendo el ordenador. No me he acercado a él desde anoche. Me doy una ducha y me pongo un traje de algodón casero. A la cama.

*¿Por qué me molesto con pensamientos estúpidos?*

Pero, en cuanto me tranquilizo y decido que, por supuesto, me quedo en casa, mi teléfono vibra. Las chicas preguntan si me esperan o no.

***Bea:*** *¡Mira qué máscara te han encontrado!*

Y aparece una imagen de una máscara dorada con brillo azul. Hermosa y misteriosa, como una máscara de carnaval veneciana, pero sin plumas ni otros pesados adornos.

***Bea:*** *También tenemos un disfraz para ti, Mimi. Serás Cat-woman, pero de oro.*

*Es una mala idea, Mía. Es una muy mala idea.*

***Mía:*** *Estaré en el club dentro de media hora.*

Respondo y me apresuro a prepararme.

No me lo explico. Me tocó el colgante que me había regalado mi padre por mi decimoctavo cumpleaños. Y me pongo en la muñeca derecha el pañuelo azul grisáceo que Lauren me había regalado el día de su boda. Me encanta el color y combina perfectamente con mi look de gatita.

Voy a salir esta noche. No por la multitud, sino por mí.

# 6. Mía



Avalon, como ya se deduce de su nombre, es una famosa discoteca cercana al centro. No todo el mundo puede entrar aquí, el nivel es bastante alto, por lo que tiene fama de ser un lugar fiable y bastante seguro.

Minimiza las molestias y filtra el contenido inapropiado que ven los visitantes que pasan sus vacaciones allí.

La luz de neón se refleja en las paredes, creando un efecto de espacio infinito, y te sumerges en una atmósfera en la que el tiempo pierde su significado. En el nivel superior hay zonas privadas donde puedes tomarte un descanso y disfrutar de las vistas de la hirviente pista de baile de abajo.

Imagina que caminas por la alfombra roja en el corazón de Los Ángeles y que las puertas de una de las discotecas más populares de la ciudad se abren ante ti. Los haces de luz atraviesan el espeso humo, creando una atmósfera hipnótica, y el atronador bajo resuena en tu pecho, haciendo que tu corazón lata al compás de la música.

¡Bienvenido al templo de la vida nocturna y al epicentro de la marcha! Situado en el corazón de Hollywood, este club irradia una energía que te cautiva de inmediato. Magníficas lámparas de araña brillan sobre la pista de baile, donde cientos de personas festejan al ritmo de los sets de los mejores DJ del planeta. Aquí reina cada noche una magia que no se puede describir con palabras: tienes que sentirla.

Los camareros, como magos, mezclan cócteles con maestría, creando verdaderas obras de arte en una copa. La gente que te rodea es un caleidoscopio de estilos e imágenes, desde fashionistas con ropa de diseño hasta disfraces extravagantes. En este remolino de colores y sonidos, todo el mundo puede ser él mismo y, al mismo tiempo, formar parte de algo más grande.

Este es el lugar donde la noche se convierte en un carnaval interminable y tú eres parte de él. Baila hasta caer rendido, saborea cada momento y siente el auténtico ritmo de Los Ángeles.

En general, el local es bastante decente dentro del segmento. Al menos, las críticas sobre él son exactamente así.

Las chicas me esperan en la puerta de atrás, lo cual es bueno, no quiero pasar por la puerta principal.

—Mía, ¡me alegro de que venia! —¡Va a ser fantastico!

Entramos por un estrecho pasillo iluminado por tenues lámparas de luz diurna hasta las salas del personal. Estamos en el vestíbulo principal y me doy cuenta de que la música aquí es amortiguada, con los graves cargados, que resuenan en algún lugar de mi pecho.

El encargado nos recibe, nos pone sellos en las muñecas y nos acompaña a la sala donde nos cambiaremos y esperaremos la actuación. Las chicas son ruidosas, ríen, se divierten, hablan sin parar. Están desempaquetando los trajes que han traído.

—¡Mira lo que hemos encontrado para ti! ¡Va a ser genial!

Bea me entrega un montón de tela lisa y dorada y con azulado brillo. Lo extiendo y lo cuelgo en la silla para mirarlo. No sé cómo se llama la tela, pero me queda como una segunda piel. Son unos pantalones de cintura baja con un gran cinturón y un top corto del mismo color y cuello. Y una máscara, también dorada.

—Y aquí tienes otra, si la quieres, Mimi. Aquí tienes —Bea le lanza la peluca.

Lo cojo y me lo pruebo. Es una larga y frondosa melena rubia. Por cierto, me queda muy bien. Me recuerdo inmediatamente de mi hermana Lauren.

Tras dudar unos segundos más, me pongo el disfraz, me arreglo la peluca y me maquillo. Pestañas más espesas y labios escarlata. El maquillaje de escenario no es nuevo para mí. La máscara oculta la mitad de mi rostro.

Me miro en el espejo de cuerpo entero. Seguro que nadie me reconocerá. No soy Mía Brown. Aunque solo sea por un par de horas.

—¡Mía, estás estupenda! —dicen las chicas. —¡Muy sexy!

El encargado viene a recogernos en unos diez minutos y nos dice que nos preparemos. Bailamos tres veces, dos canciones cada uno, alternándose con otro grupo. Es una especie de calentamiento de discoteca. Y más tarde, cuando el público esté caliente, habrá una actuación de striptease.

Yo también quiero verlo, nunca lo he visto en la vida real. Incluso desde un punto de vista puramente técnico, porque bailar en el pilón es uno de los más difíciles. Necesitas mucha fuerza

muscular, movimientos precisos y confianza en ti mismo.

Y no me refiero al valor de desnudarse durante un baile. Ese es otro tema. Estamos apiñadas en el pasillo, cerca de la puerta de hierro, por debajo de la cual la luz se dispara en brillantes destellos multicolores. Yo, como las demás chicas, estiro los pies, los brazos y la espalda. Siento que mi corazón empieza a latir más deprisa y que mi sangre se llena de adrenalina.

Una pequeña travesura para una buena niña de mamá. Nadie lo sabrá y ellas no lo contarán. Suena el comienzo de una canción conocida en el pasillo y las chicas se tensan, cuadrando los hombros. Lo mire como lo mire, no estoy ni cerca de su profesionalidad.

—Vamos —ordenó Gato— y abre la puerta.

La música irrumpe en la grisura del pasillo, brillante y ruidosa. Es el momento en que caminas hacia el público y ya no te perteneces a ti mismo. Ahora eres suyo.

Trago saliva y arrugo la nariz. Sonrío y sigo adelante. Llevo en el escenario desde que era niña, sé cómo sentir al público, sé cómo presentarme. Pero esto es un poco diferente. Tienes que abrirte no con la voz, sino con el cuerpo.

Además, el público está más cerca. No hay barrera escénica de parterre. Están a tu lado, a unos metros, al mismo nivel que tú. Y están mirando. Eso es lo que me parece a mí, al menos cuando ocupamos nuestros asientos. En realidad, lo que tampoco es habitual, somos el fondo.

Como la música, el diseño de la iluminación, como el DJ. Aunque esto último es percibido por los visitantes del club de forma más subjetiva. Pero las bailarinas go-go no.

Solo tenemos unos pocos puntos de vista. Pero ese es nuestro papel: empujar y liderar. Me muevo entrelazada con la música y me doy cuenta de que ahora no lo hago por el público. Lo hago por mí.

¡Y me siento tan bien al saberlo! Me relajo, me abro, me entrego.

Me siento libre.

¡Me siento!

No me siento como una muñeca enrollada, como de costumbre, sino que me siento a mí misma: mis emociones, mis sensaciones. Me siento en mi elemento.

Sí, la gente está empezando a mirarnos. La gente también se está despertando y está entrando en la pista de baile. Está empezando a iluminarse. Pero yo estoy detrás de la máscara, como un muro. No soy yo, es la rubia de la máscara dorada. Cuando terminamos y al volver de la última salida, mis emociones bullen en mi interior como la lava de un volcán.

Quiero sonreír, reír, divertirme. Me siento ligera, a pesar del pulso que late rápido en mis venas. Volvimos a la sala del personal y nos cambiamos de ropa.

—Mimi, ¿te quedas a pasar el rato? —pregunta Bea. —Los chicos de la música nos han invitado.

Sin peluca y con ropa normal, nadie me reconocerá como la que acaba de bailar bajo el escenario. Así que todo va bien durante un rato. Pero entonces oigo el sonido de un mensaje; mi teléfono móvil vibra silenciosamente.

Abro el mensaje y me horrorizo al ver que mi madre dice que hoy llegará pronto a casa. Debería llegar en unos treinta o cuarenta minutos. Me pide que baje si no duermo.

—No, gracias, tengo que irme a casa, dije con pesar. —En otro día, chicas. Saluda a los chicos.

Entran en el salón y yo me apresuro por el pasillo hasta la puerta trasera. Intento llamar a un taxi, pero no hay cobertura. Bueno, no hay problema. He visto una parada de taxis justo al lado. Está a cinco minutos a pie. Se tarda más en intentar llamar a uno y esperar.

El guardia me deja salir y cierra la puerta, echando el pestillo desde dentro para aislarme del ruido y la música. Fuera reina el silencio. La música solo llega en ecos. Son casi las once, pero la luna es grande, está alta y brilla intensamente, proyectando una luz plateada sobre todo. Hay pocas farolas en la parte trasera del edificio.

Hace fresco, así que me echo la mochila a la espalda para poder meterme las manos en los bolsillos. Hay un largo paseo hasta la parada de taxis, a lo largo de la fachada del edificio, y cinco minutos si camino recto desde aquí.

No tengo tiempo que perder. Incluso puedo ver el luminoso aparcamiento; solo tengo que pasar rápidamente por la parte trasera del club y de los edificios vecinos. Agarrando el teléfono en el bolsillo de la chaqueta, camino rápidamente en la dirección que quiero tomar.

Por allí, más allá del estrecho callejón y hacia el aparcamiento. Llevo zapatos de suela plana, pero mis pasos parecen resonar durante kilómetros, reverberando.

Me detengo ante el callejón para coger el móvil y encender la linterna, pero el eco de mis pasos dura más de la cuenta.

*¿O estoy solo yo?*

Miro a mi alrededor, pero sigo sola. El ruido sordo de una guijarra rodando me hizo estremecer, y dejó caer el teléfono.

—¡Mierda!

Me agacho para recogerlo.

Y entonces, desde el lateral, helada de miedo, vislumbro algo oscuro. Zapatos de hombre.

—Fue una muy mala idea ir solo a un lugar así en oscuro, mi grillo.

# 7. Mía



Inmediatamente se me seca la garganta, se me para el corazón y luego empieza a retumbar con un sonido ensordecedor audible mucho más allá de mi cuerpo. Al menos, eso es lo que siento yo.

Me levanto despacio, casi sin respirar, temiendo parpadear o apartar la mirada del hombre. Es alto, de hombros anchos, pecho poderoso y piernas largas. Está de pie con los brazos abiertos. Eso me dice que confía en sí mismo y en su fuerza.

Va vestido de oscuro, con una capucha sobre la cabeza, que está bajada y le oculta los ojos. Tampoco puedo ver la parte inferior de mi cara, en la sombra de la capucha, y parece estar cubierta por un pañuelo negro. Creo que estoy soñando y que esto no es más que una pesadilla.

—Tú… —exhalo, intentando en vano que mi voz suene firme.

—Me alegro de encuentrarte tan esperada— la voz es grave y apagada.

—¿Qué quieres?

Con los maníacos es mejor no encontrarse, pero si es así, los psicólogos dicen que debes intentar entablar un diálogo con ellos. Ganar algo de tiempo.

Pero, ¿qué me comprará ese tiempo?

No es que haya nadie que tenga prisa por pasar por este callejón a estas horas. Soy la única. Idiota.

—Ya has hecho esa pregunta antes, Mía —se quedó quieto, y yo también, con miedo a moverme.

Y yo ya tengo una respuesta.

***¿Qué quieres de mí?***

Fantasma en sombra:

***A tí.***

Me viene a la memoria un fragmento de una carta y las líneas me producen otro escalofrío. Solo que entonces el acosador estaba detrás de la pantalla, pero ahora está aquí, de carne y hueso, y se encuentra a un metro de mí.

Veo su ancho pecho agitado por la respiración y sus dedos temblorosos hace un segundo. Tiene las palmas de las manos vendadas con tiras de tela roja, como las de un luchador, que dejan al descubierto los dedos por debajo de los nudillos.

La gélida viscosidad se disipó al darme cuenta de que tal vez nunca saldría de este callejón. Podría hacer cualquier cosa, incluso matarme. Y si es un acosador loco, podría torturar mi cuerpo durante mucho tiempo. Lo vi en una película espeluznante.

—Gritaré —susurró mirándole a la cara.

Justo donde deberían estar sus ojos, ocultos bajo la oscuridad de su capucha. Expuse mi miedo. Había leído a los mismos psicólogos que dicen que no se puede hacer eso; para los maníacos es la prueba de que han dado en el blanco. Pero yo soy más débil. No era suficiente para esta confrontación psicológica.

—Mía —creo que sonríe—, ¿de verdad crees que eso te va a ayudar?

Da un lento paso hacia delante y mis pies se hunden en el suelo.

—¿Aquí? ¿En este callejón muerto y desierto?

Da otro paso, acercándose casi hasta mí. Me estremezco y retrocedo. No tengo fuerzas para darme la vuelta y correr, paralizada por el miedo.

Me alcanzará, estoy segura.

Parezco un corredor, pero él es fuerte y rápido.

Doy unos pasos más bajo su silenciosa embestida hasta que mi espalda se apoya contra la pared del edificio. No hay otro lugar adonde retirarme.

Hay unos veinte centímetros entre nosotros. Incluso puedo olerle. Por alguna razón, su olor es muy penetrante. Inhalo en sobredosis, notando que mi cerebro lo analiza. No huele a escarlata para que grite y pida ayuda, pero percibo notas de lima, tomillo y, claro, chocolate negro.

Probablemente se trate de algún tipo de reacción de defensa ante el estrés y el miedo abrumador.

—Aquí no te oye nadie, grillo —me vuelve a clavar en la cara lo evidente—. Así que guarda tu voz.

Trago saliva y me tapo los ojos cuando levanta la mano y desliza los nudillos por mi mejilla. Luego, su pulgar traza el contorno de mi labio inferior.

Un toque tan suave no se ajusta a la situación, pero sé que está jugando. Las cosas pueden cambiar en cualquier momento.

—Tienes suerte de que estuviera por aquí, no sé quién anda por este sitio de noche.

—¿Así que me estás protegiendo? —Se me escapó una risita nerviosa.

No debería bromear con él, sobre todo en ese tono, pero no puedo evitarlo. Está nervioso.

—¿De quién?

Una amplia palma se apoyó en mi cuello y rompí a llorar.

—Ya he terminado.

El acusador se inclina y apoya su frente contra la mía.

—De ti misma, Mía —dice en voz baja—. Porque aún es pronto.

Entonces, de repente, se suelta y da un paso atrás.

—Date prisa, tu madre llegará pronto a casa.

Respiro bruscamente y entrecortadamente.

Hasta eso lo sabe.

*¡Realmente lo sabe todo de mí!*

—¿Quién, demonios, eres tú?

Empiezo a temblar, como si hubiera salido corriendo al frío intenso con una camiseta fina. El pulso me recorre todo el cuerpo a la vez.

—Vete, Mía, antes de que cambie de opinión.

En ese momento, salta el interruptor. Me levanto de mi asiento y corro tan rápido como puedo por el callejón, casi perdiéndome entre los arbustos crecidos y sin cortar. A toda velocidad, atravieso un estrecho arco entre edificios y finalmente acabo en una parada de taxis. No me doy la vuelta, dejando al espeluznante fantasma allí, en la oscuridad.

—Jovencita, ¿se encuentras bien? —le escucho a un conductor que sale de uno de los coches.

—Sí —no sé por qué, pero miento—. Tengo que ir, rapído…

—Sube, vamos.

Caigo en el asiento trasero del taxi y solo entonces exhalo. Me arden los pulmones, la cabeza me da vueltas y la adrenalina corre por mis venas a un ritmo demencial. Me ha soltado. Pero me doy cuenta de que no es por buenas intenciones ni por compasión.

Está jugando, divirtiéndose, y no va a dejar de jugar.

*¿Porque? “**Aún es pronto”.***

Me tapo los ojos y apoyo la cabeza en el reposacabezas.Me froto en la muñeca el pañuelo gris azulado que me dio Lauren. Quizá sea lo que me ha salvado hoy.

Tengo que hacer algo.

Tengo que decírselo a mamá, ya se le ocurrirá qué hacer.

Encontrarán al cabrón y lo meterán en la cárcel, y le dejarán que intente escribir sus estúpidos mensajes desde allí.

Mi teléfono vibra en el bolsillo y tengo miedo de que sea mi madre, que ha llegado pronto a casa y no me ha encontrado. Aunque este miedo ya me parece bastante fantasmal y débil, en comparación con lo que acabo de pasar.

Desbloqueo la pantalla y veo que el mensaje no es de mi madre.

Un mensaje del número oculto.

***Número oculto:*** *Se te ha caído.*

Junto a esto, una foto de la máscara dorada con la que bailaba. Sé a ciencia cierta que no pude perderla.

Recuerdo perfectamente que cogí la máscara y la metí en mi mochila después del concierto.

Al abrir la cremallera de la mochila, me vuelvo a quedar de piedra. La máscara realmente no está ahí, pero hay algo más. Una flor y una tarjeta.

***Número oculto:*** *Te la devolveré la próxima vez cuando te vea. Pones por mí.*

# 8. Hunter



No puedo apartar los ojos de Mía. Sólo tiene 20 años y acaba de empezar su carrera musical, pero ya llama la atención por su sinceridad y su belleza natural. Tiene el pelo largo y castaño que lleva suelto o en un moño informal.

Siempre me fijo en cómo añade horquillas o cintas de colores vivos que dan a su look un toque lúdico y personal.

Su estilo es una combinación única de sencillez e independencia. En el escenario, está increíble con sus vaqueros ajustados o faldas cortas combinadas con tops ligeros o camisetas con los logotipos de sus grupos favoritos. Sus conjuntos se complementan con chaquetas de punto o vaqueras, que le dan seguridad y comodidad. En los pies suele llevar zapatillas o botas, prácticas y elegantes. Conozco todo sobre Mía.

Ella siempre tiene un aspecto natural y fresco con un maquillaje minimalista: un poco de máscara de pestañas, sombras naturales y un ligero brillo en los labios. A veces añade un pintalabios rojo o una sombra de ojos de color, y entonces su mirada se vuelve aún más viva y memorable.

Siempre lleva varias pulseras y elegantes anillos en las manos. Pero lo que más me gusta es su colgante en una fina cadena. Me doy cuenta de que es un regalo de un ser querido. Tal vez sé de qué ese regalo. Siempre está con eso, recordando su presencia.

Cuando la miro a los ojos, veo determinación y ensoñación. Su voz es suave, pero llena de emoción, y sus canciones están llenas de sinceridad y aspiración. Cuando sube al escenario, su carisma humilde y su energía natural captan la atención de todos los que la rodean. Conecta con el público con calidez y sinceridad y cada actuación es algo especial.

Pero últimamente, algo había cambiado en su comportamiento. Ya no tiene ese brillo en los ojos que vi por primera vez hace un año. Es como si se hubiera quedado estancada en su imagen adolescente.

Me di cuenta de que tenía que actuar. ¡Ahora!

# 9. Mía.



*Miedo a la confianza. La rendición es inevitable. Con amor y lujuria, tu admirador.*

Me tapo los ojos, presionando la nuca contra la almohada, y arrugo entre los dedos la tarjeta que me ha enviado hoy. Está rígida y las esquinas me duelen en la palma de la mano.

*¿Dónde has entrado en mi cabeza? ¿Cómo puedo librarme de ti?*

Menos mal que conozco un resquicio por el que no me pillará una cámara en el patio. Entré en casa veinte minutos antes de que llegara mi madre. Tuve tiempo de ducharme, quitarme el olor a club de pelo y ponerme el pijama. Estaba abajo cuando mi madre se quitó la chaqueta y entró en la cocina, arremangada.

—Hola, mamá, ¿Hoy vienes temprano de San Francisco?

—Buenas noches, Mía, sí. Han sido unos días difíciles. He estado trabajando en un contrato lucrativo, pero ha habido muchas complicaciones.

Probablemente esté mintiendo. Ha vuelto pasada la medianoche. Creo que tiene un amante. Pero está bien, no me importa. Siempre y cuando no lo traiga a nuestra casa. Si no, el nuevo padre empezará a decirme cómo tengo que vivir mi vida.

—¿Quieres que te caliente algo de comida?

—Sí, sí; si no te importa. Quizá es que hoy he trabajado muchas horas. Mi madre no suele comer por la noche. Pero, hoy…

—Bernard se ha pasado hoy por la oficina —dice mi madre, abre el grifo y se lava las manos, sin mirarme.

Suele indicar que algo no le gusta o, como mínimo, que no lo aprueba.

—Dice que últimamente no estás muy entusiasmada.

Me encojo de hombros y tomo asiento en el taburete alto que hay junto al mostrador. Después de todo lo que había pasado ese día, aún tenía que pelearme con mi madre.

—Me está presionando, mamá. No me gusta, que yo canto.

—Bernard es un directivo con talento; sabe mucho de ascensos —mi madre se da la vuelta y me mira con la mirada—. —Eres demasiado quisquilloso. Por eso le contraté, para que trabajara contigo y encontrara las mejores opciones para ti.

—¡Oh, sí! —Me levanté de un salto de la silla, empezando a hervir, aunque sabía que nuestro enfrentamiento con mi madre no acabaría bien. No para mí.

—¡Bernard sabe cómo valorar tu dinero, mamá! Si es tan listo y tiene tanto talento, ¡que entretenga a la gente en el escenario!

—¡Mía! —me llama a mi espalda con voz alta mientras salgo rápidamente hacia mi habitación.

Corro a mi habitación, dando un portazo, y caigo en la cama boca abajo sobre las almohadas.

Intento contener las lágrimas, pero ¿para qué?

Las dejo ir. Hoy ha sido demasiado para mí. El subidón de adrenalina me había agotado y no me había sentido plena antes.

Mi interior es oscuro y grave, una sensación espeluznante y nauseabunda. No siempre me acompaña, pero a veces aparece en momentos en los que me asusta terriblemente. Inesperada e imprevisible. Por ejemplo, cuando bebo té por la mañana o cuando sonrío a la multitud que corea mi nombre en el escenario.

Gritan: ¡Mía! ¡Mía! Y, de repente, me entra un frío glacial, como si cayera a través de una especie de espejo. Luego salgo, pero el desagradable escalofrío persiste durante mucho tiempo. Ahora es así; mis entrañas se retuercen de frío, me encojo y me tapo con la manta. Un escalofrío me recorre hasta los huesos.

*¿Quizá sea algún tipo de enfermedad?*

Quería hablar con mi madre sobre el maníaco, decírselo, quejarme, pedir ayuda. Está bien pedir ayuda a las personas más cercanas.

*¿Es lo mismo? Pero, ¿cuál es el resultado final?*

Otra pelea y Bernard-Bernard-Bernard-Bernard… Sigo tumbada, intentando concentrarme en mi respiración, sin más lágrimas. Creo que lo estoy consiguiendo. No llega el sueño normal, pero empiezo a dejarme llevar por el sopor, hasta que de repente suena el teléfono bajo mi axila.

***Número desconocido:*** *Me alegro de que hayas llegado bien, Mía.*

***Mía:*** *¿En qué te basas para pensar eso? Quizá me clavaron en la siguiente esquina.*

Le despido y apoyo la frente en la almohada. No tiene sentido dialogar con él. No se puede.

Entonces, *¿por qué hago esto?*

***Número desconocido:*** *Estoy convencido.*

Una oleada de miedo me invadió.

¿Me estaba mirando?

¿Me estaba observando ahora?

De repente, me sorprendo pensando que la sensación es diametralmente opuesta a la que acababa de experimentar. En vez de helada, es caliente; en vez de vacía, está llena de miedo.

Una descarga de adrenalina hacia el abismo tiene más sentido que el silencio. Pienso frenéticamente qué decirle. A esto he llegado, si la soledad y el vacío dan más miedo que un maníaco enloquecido.

***Mía:*** *¿Por qué has ocultado hoy tu rostro? ¿Te conozco?*

¿Y si realmente es alguien a quien conozco? ¿Alguien con quien hablo casi todos los días?

No reconocí su voz en el callejón. Pero, en primer lugar, tenía miedo y, en segundo lugar, sonaba apagado, como si temiera que reconociera su voz por lo que era.

***Número desconocido:*** *Basta con que te conozca yo.*

Se podría argumentar que sabe mucho sobre mi vida, digamos. Pero decir que me conoce es un poco presuntuoso.

***Mía:*** *No lo creo. Déjame en paz…*

Y, tras pensarlo, añado:

***Mía:*** *Por favor*.

La respuesta llega de inmediato:

***Número desconocido:*** *No, porque lo necesitas tanto como yo a tí.*

***Mía:*** *¿Qué te hace pensar eso? Me estás asustando.*

***Número desconocido:*** *Ya no te arden los ojos, Grillo. No estás bien. Estás aburrida. Estás vacía. Y solo yo puedo llenarte.*

¡Cuánta confianza en sí mismo! Pero...

Me trago un nudo en la garganta. Tiene razón, me siento como si vagara en la oscuridad. Ir al club a escondidas de mi madre, las notas del acosador que no solo guardo, sino que releo…

Es como una cuchilla que atraviesa la piel cada vez. Una aguja de adrenalina. Me ha estado enganchando metódicamente a ella todas estas semanas.

¿Cómo lo sabía? ¿Cómo lo sabía?

***Mía:*** *¿De qué me vas a llenar?*

***Número desconocido:*** *A mí mismo.*

¡Qué vulgar! Una amenaza.

¿Una advertencia?

Tiro el teléfono y lo cubro con la almohada, como si el propio aparato fuera una amenaza. Me he dejado llevar demasiado. He ido a por el maníaco. Tengo que parar ya, porque estoy empezando a volverme adicta.

# 10. Mía



Por la mañana, me encuentro con mi madre en la cocina. Ella está tomando café y un bocadillo, y yo estoy haciendo una tortilla. Los dos estamos callados, pero puedo sentir su dura mirada clavada en mí.

Los dos no somos muy habladores por la mañana; necesitamos un rato de tranquilidad para ponernos de humor para el día que tenemos por delante, y después de la pelea de anoche, no tengo ganas de hablar.

—¿Tienes ensayo hoy? —me pregunta por fin.

—No, estamos a una semana de empezar el curso, así que tengo que concentrarme en los estudios.

—Sí.

Ahí se acaba el diálogo. Me siento a la mesa y empiezo a comer, hojeando las redes sociales en el teléfono.

—Mía, ¿puedes comer sin el teléfono en la mano?

—Mm-hmm—, mastico y sigo haciendo lo que estaba haciendo.

—¿Me oyes?

- Ajá.

—¡Mía!

Una palma cae sobre la mesa a mi lado y mi plato rebota.

- Estoy hablando contigo.

—¿Qué?

Levanto los ojos con la mayor calma posible, aunque por dentro empiezo a temblar de rabia.

—Te he oído, mamá: colgar el teléfono y obedecer a Bernardini. ¡Ya lo tienes!

Empujo el teléfono con fuerza sobre la mesa y este se desplaza por la superficie hasta caer al suelo con un ruido sordo. Es de muy buena calidad, no se ha roto.

El rostro de su madre se vuelve ilegible por la ira que hay en sus ojos oscuros, pero la contiene. Ya se la soltará más tarde a alguno de sus subordinados, pero ese es su problema; ellos saben para quién trabajan.

Su madre deja la taza de café sin terminar en el fregadero y sale de la cocina con paso ligero, y un segundo después la puerta principal se cierra de golpe.

Se ha ido. Me derrumbo y apoyo la cabeza en los codos. Las lágrimas se me acumulan en los ojos y escuecen, pero me muerdo los labios para no dejar que se derramen.

Quiero libertad. En las decisiones, en las acciones, en las elecciones. Estoy cansada de tener que rendir cuentas de cada paso que doy, de estar agradecida por todo lo que han hecho y hacen por mí.

Estoy cansada. Respiro hondo y exhalo suavemente. Tengo que prepararme para ir al instituto, porque hoy tengo un examen de dirección de artes musicales.

Si no respondo a las preguntas que me ha planteado el profesor, puede que no me admitan en el examen de la sesión. Cojo un taxi hasta el instituto, ignorando al conductor enviado por mi madre.

Que me cuente lo mimada que está su hija. Las chicas del grupo esperan en los escalones del porche para hacer fotos. Una foto contra el mosaico rojo, amarillo y marrón: cien mil fotos.

—¡Hola, Mía! —Bea se ríe.

Ni siquiera le asusta un examen. Nada puede estropear su humor en absoluto. Ella estudia ecomía, pero podía perfectamente estar una estrella de baile.

—Hola a todos.

Entramos en el vestíbulo con las chicas. Los chicos de la corriente paralela saludan a la columna. Les devolvemos el saludo mientras nos arreglamos delante del espejo después del viento de fuera.

—Mimi, ¡aquí! —Owen se materializa a mi lado y me lanza un pendrive.

—Interrumpe la introducción; échale un vistazo.

Owen es mi compañero del curso de ingeniería de sonido. Es un tipo con talento, pero un poco modesto, aunque parece muy interesante para muchas chicas. Bernard no aprueba mucho su trabajo, pero tengo que reconocer que a veces las ideas de Owen funcionan. Tiene un gran futuro en esta profesión.

Intento concentrarme todo lo que puedo y apartar de mi mente la pelea de esta mañana con mi madre, el pretendiente y los molestos mensajes de Bernard.

Es difícil. Necesito aprender a concentrarme porque siento que empiezo a ahogarme en un torbellino de pensamientos. La clase va tolerablemente bien.

El profesor me hace varias preguntas. Tres veces respondo correctamente, dos veces fallo y él sacude la cabeza, pero me deja presentar el examen de la sesión. Cada vez es más fácil. Salgo de la sala y abro los mensajes de Bernard.

¡Ya son seis! ¿No ve que estoy ocupada? No hay nada importante.

**Bernard:** *Llámame. ¿Por qué no me llamas?*

**Bernard:** *¿A qué hora estarás libre?*

Y así sucesivamente.

Le envío un mensaje diciéndole que tengo dos parejas más y que luego estoy listo para ir al estudio.

Hoy tenemos una grabación de prueba, para la que no estoy de humor. Después de clase, Bernard me espera en el coche a la salida del instituto.

Subo al asiento y arrugo la nariz ante el abundante olor de su perfume en la cabina.

—Abre la ventana, no puedo respirar aquí —le pido y me quito los auriculares.

Veo en su cara que va a empezar a cargar y no quiero escuchar.

Sorprendentemente, Bernard no insiste e incluso abre la ventana.

Hoy el estudio está animado. Incluso tenemos que esperar un rato a que uno de los famosos raperos termine de grabar.

No pierdo el tiempo, canto y sintonizo con la canción.

**“Hielo en los labios”** es una de las canciones sugeridas de Bernard que más me gusta.

Yo le daría un toque un poco más dramático y cambiaría la música por algo más pesado. Se puede tocar la guitarra, aunque sería más adecuado un ritmo menos pop, pero no tomo yo todas las decisiones. De hecho, no muchas.

Trabajamos durante unos cuarenta minutos, ya que hay una cola detrás de nosotros. Muchos niños corren por el pasillo, esperando sus turnos de grabación. A mí no me molestan, pero al técnico de sonido - sí, así que… Pero ese es su problema.

Cuando terminamos, él y Bernard discuten durante otros diez minutos, rebobinando y volviendo a escuchar el estribillo varias veces. Desestiman mi sugerencia de eliminar la onda de voz y bajar más el volumen.

—Te espero en el pasillo —le dije a Bernard, y salí.

Pronto sale él también y los niños, junto con su líder, se amontonan en la sala de estudio, haciendo que el silencio se apodere del pasillo.

—El técnico de sonido dijo que esperáramos unos cinco minutos. Ahora se copiará la versión sucia y nos la llevaremos, así tendrás algo en lo que trabajar con tu profesor.

Asiento con la cabeza y vuelvo a mirar el móvil.

—Mía —Bernard me pone la palma de la mano en la muñeca y vuelve a bajarla, y yo le miro asombrada—. —¿Hablamos?

—Dime —le digo mirándolo a los ojos, pero aparto suavemente sus manos.

No me gusta su mirada. Ya es demasiado intensa y gélida, y ahora brilla de forma extraña.

—Ven aquí —me coge de la mano y me arrastra hacia él.

—¿Qué? Me suelto y retrocedo un poco. —Bernard, ¿estás borracho o qué?

—¿Qué coño pasa, Mía? —Habla con dureza—. Dime que no notas nada.

—¿Qué me estoy perdiendo?

—Mi interés.

—¿Tu interés o el dinero de mi madre?

—Escucha —se me acercó bruscamente, casi empujándome contra la pared, y apoyó una mano en ella, acercándose a mi cara y rozándome con el olor de su perfume, demasiado penetrante—. ¿Por qué te derrumbas?

—¿Por qué yo te derrumbo?

—Le gusto a tu madre y tú tienes mal genio. Malagradecida.

—¡Que te jodan!

Lo empujo contra mi pecho con ambas manos, pero no consigo liberarme. Bernard me agarra los pómulos con los dedos y aprieta.

—No eres nada sin mí, idiota, ¿lo entiendes? Yo soy quien te crió —siseó, arrugando la boca con disgusto—. —Yo te convertí en una estrella. Tienes que chuparme la polla por gratitud. Y lo harás.

Un nudo nauseabundo me sube a la garganta. Me tiemblan las manos y siento miedo. También me enfado. Y recuerdo a mi hermana por lo que pasó.

Este puto gilipollas tiene a mi madre y ahora quiere que yo chupe su polla. Que te jodan. Disparé con la rodilla, dándole exactamente donde estaba apuntando. El capullo exhala bruscamente y retrocede, doblándose ligeramente.

—Tu fin, Mía —dice con voz ronca.

Creo que no le he golpeado lo bastante fuerte, porque Bernard vuelve a sacudirse hacia mí, pero Owen aparece en el pasillo detrás de mí, sacudiéndose las gotas de su paraguas mojado. Es la ayudante a tiempo parcial del jefe de sonido.

Bernard se da cuenta de que no estamos solos y retrocede, mientras yo paso de largo y me acerco rápidamente a Owen.

—¿Puedes acompañarme a un taxi? No he traído mi paraguas, se me mojará el pelo.

—Por supuesto —responde el compañero, mirándome atentamente y luego a Bernard—. Pero no hay lluvia —susurro con la voz más baja.

—¿Vamos?

Se ofrece a llevarlo bajo el brazo, cosa que hago.

Salimos a la calle. La lluvia apenas gotea, pero Owen abre el paraguas de todos modos. Llegamos a una parada de taxis un poco más lejos. Le pregunta al conductor si está libre y, cuando este le dice que sí, me abre la puerta trasera.

—Mía, ¿estás bien?

—Sí, no pasa nada, Owen, no te preocupes.

Creo que no le he convencido, pero no hace ninguna pregunta más. Espera en silencio a que suba al taxi y cierra la puerta de un portazo.

Al llegar a casa, lo primero que hago es ducharme. Creo que apesto al horrible y asqueroso perfume de Bernard. Todo apesta: mi ropa, mi pelo, mi piel… Me siento susia.

Bastardo, no hay otra forma de decirlo. Es un capullo asqueroso y repugnante. Llevaba mucho tiempo dándome la lata y hoy me ha arrancado la máscara. Tengo que admitir que me asusté. No sé qué tenía en mente. Pero Bernard me dio la excusa perfecta para librarme de él.

Mi madre no toleraría algo así hacia a mí. Estaba bajando las escaleras hacia la planta baja cuando sonó el teléfono.

—Sí, mamá —le dije a mi madre.

—Mía, ¿dónde estás? Se notaba la tensión en su voz.

—En casa. ¿Por qué?

—Bien —se le oye exhalar aliviado.

—Me han informado de que Bernard está en el hospital. Alguien le dio una buena paliza fuera del estudio. Temí por ti, hija; pensé que quizá tú también estabas allí.

# 11. Mía



Aprieto el teléfono contra las palmas de las manos y reflexiono. No es que esté disgustada con Bernard. Pero todo esto es muy, muy extraño. Y no puedo evitar tener la sensación de que lo que ha ocurrido no ha sido un accidente.

*¿Y si es de sombra?*

Pero, ¿cómo pudo saber lo que ocurrió en el estudio?

Nadie lo vio. Nadie, excepto Owen. Pero… no puede ser. El ayudante de nuestro técnico de sonido no puede ser mi acosador. Tiene que ser Owen. Es un tipo agradable de la universidad, sonriente y dulce. No puedo creer que sea él.

Pero aun así no puedo evitar el desagradable picor de pensar qué pasaría si la persona que me está siguiendo y me está dando un susto de muerte fuera un conocido mío. El chico guapo de mi clase. No, no, no puede ser él.

Allí, en el callejón, me pareció que el acosador era más alto, mientras que Owen apenas medía tres o cuatro centímetros más que yo. Y Owen es más delgado. No lo creo.

Una vez más, siento un destello de ira.

¿Por qué es otra persona la que decide lo que quiero y lo que tengo que hacer?

Madre, Bernard, ese chiflado con sus tulipanes y sus cartas. Me duele hasta la amargura en la boca.

Y estoy muy enfadada. Necesito sentir inmediatamente esta sensación de calor realizando una actividad. Eso es lo que hago siempre. Subo corriendo a mi habitación y cierro la puerta con llave; luego inicio sesión en la cuenta de redes sociales de Mía Brown. Abro mi correspondencia con el acosador y escribo rápidamente, sin mirar siquiera si está conectado o no.

***Mía:*** *¿Por qué has hecho eso?*

No pregunto si es él o no. Ya lo sé. Aguanto, dándome cuenta demasiado tarde de que, después de todo, probablemente no debería haberle enviado el mensaje. Veo que se enciende el icono de conectado junto a su avatar. Y mi mensaje es leído en cuestión de segundos.

***Fantasma en sombra:*** *¿Estás preocupada por él?*

Y pensar que ni siquiera lo niega. No sé por qué, pero eso hace que le guarde aún más rencor. Y luego está la última y clara constatación: es peligroso. Ya me habían asustado antes todos los juegos del admirador secreto, pero eran las flores y los mensajes. Mensajes espeluznantes, pero aún así misteriosos. Me tocó el alma.

Pero dio una paliza a un hombre, algo grave, según mi madre, y el hecho de que Bernard esté en el hospital. Sí, mi jefe es un grosero y un imbécil, y hoy se ha tomado la libertad de herir de gravedad a alguien, pero el hecho de que mi acosador sea capaz de hacer daño de verdad a alguien hace que mi situación sea aún más peligrosa.

***Mía:*** *Tú no eres el juez. No te metas en mi vida.*

***Fantasma en sombra:*** *Se está haciendo tarde, grillo. Estoy demasiado atrapado en ti. Y tú en mí.*

Menuda gilipollez. No me importa; sería mucho mejor que dejara de molestarme y desapareciera. Bloqueé el teléfono y me tapé los ojos.

Tengo la boca seca, todo es emoción. Me dejo caer en la cama con la cara pegada a la almohada. Hoy no tengo que actuar, no me importa estar arrugada. Agarro el teléfono con todas mis fuerzas, con rabia impotente, y tiembla cuando lo suelto un poco.

No leeré su respuesta. No la leeré. Que te jodan, psicópata. Pero el smartphone lee mi cara y el bloqueo se levanta, revelando un nuevo mensaje en la página de mensajería.

***Fantasma en sombra:*** *Buscas las sombras que te acariciarán. Te hundirás, rendido, de rodillas.*

Es una locura. Tenemos que hacer algo al respecto. Debería decírselo a mi madre, contratar un guardia de seguridad o algo así. Ella se pondrá en contacto con la policía. Ella tiene contactos en todas partes.

Sea quien sea este psicópata, es un ser humano y hay seres humanos. Como siempre después de una tormenta de emociones, me siento vacía. Caigo en la anabiosis y quiero dormir. Al diablo con los psicópatas y los imbéciles cachondos. Lo que necesito ahora es dormir. Metiendo las rodillas debajo de mí y enterrándome en la colcha, me duermo rápidamente.

Me desmayo y caigo en un sueño pesado con sueños vagos y confusos. Suelo tener este tipo de sueños después del estrés o de un concierto demasiado emotivo. Me despierto cuando está a

punto de oscurecerse.

Mi cabeza, como siempre después de un sueño así, parece de piedra. Quería dormirme hasta mañana, pero un molesto golpe en la puerta me hizo salir del capullo de la colcha e ir a abrir.

—Mía, tu madre te espera para cenar —dijo Manuela, sonriendo suavemente.

—Me dijo que tenías un visitante esta noche.

—¿A quién?

Arrugo la nariz.

—No lo sé.

Asiento a la mujer y vuelvo a cerrar la puerta. Mamá no me avisó de que iba a venir alguien. Quizá la reunión surgió de la nada. Probablemente uno de sus socios.

No quiero quedarme sentada fingiendo ser una hija buena y obediente. Pero tengo que… Así que voy a la ducha a asearme. Mi madre y yo nos peleamos anoche y tengo que hablar con ella sobre Bernard y el acosador.

Y, preferiblemente, para que mi madre me ayudara, no solo para que me pusiera bajo vigilancia y me prohibiera ir a cualquier sitio que no fueran las clases de la universidad y los ensayos.

Me arreglo, me peino y me pongo un vestido cerrado, y luego bajo.

—Hola, mamá —le digo tranquilamente a mi madre cuando se reúne conmigo fuera del comedor.

—Buenas noches, Mía, ¿Cómo estás?

Me rodeó con el brazo y me besó ligeramente en la frente.

—Yo estoy bien. ¿Y tú?

Estaba preocupada. Bernard me había dicho que os habíais peleado.

Me mordí el labio, preguntándome si debía empezar a hablar ahora o esperar a que tuviéramos tiempo para hablar.

—Me preocupa haberte presionado demasiado.

*Debes chuparme la polla por gratitud. Y lo harás, ¿entendido?*

Me presionó. También miente a mi madre. El muy cabrón decidió dar la noticia primero para que yo pareciera histérica delante de mi madre.

Asustado, gilipollas. No tengo tiempo de contestar a mi madre porque suena el timbre. Manuela se apresura a abrir la puerta. Me sorprende ver a Bernard en el umbral.

Parece magullado. Tiene una abrasión en el pómulo y el labio roto. Qué gilipollas, venir a nuestra casa y traernos flores. Qué cabrón.

—Mía —intenta sonreír, pero se encoge de dolor—. Esto es para ti. Hoy he sido demasiado impulsivo, y lo siento.

Mi rabia estalla de nuevo. Siento que empieza a hervirme la sangre. Quiero coger ese ramo y rajarle la cara al cabrón, para añadirlo a lo que hizo el acosador, a quien, por extraño que parezca, ahora me siento agradecida. Me vuelvo bruscamente hacia mi madre, pero enseguida me doy cuenta de que no recibiré su apoyo. Está muy contenta de ver a Bernard; confía en él.

Y este cabrón lleva mucho tiempo haciéndome parecer nerviosa y huidiza delante de mi madre. Y ahora está aquí para ponerme en ridículo. Pero voy a hablar con mi madre de todos modos. No estaré a la altura de la imagen que Bernard está dando ahora a mi madre.

Lo haré más tarde, lo más tranquila y equilibrada posible. Quizá entonces me escuche. Mi madre me invita a sentarme a la mesa. Veo que Bernard cojea un poco de la pierna izquierda y se sienta en la silla con cuidado, sin movimientos bruscos, e incluso se regodea.

Empezamos a cenar. Mamá y Bernard empiezan a comer, pero yo no puedo ni probar un bocado. Sobre todo cuando empiezan a hablar de mi futuro álbum, cosa que no me gusta. Bernard le cuenta a mi madre lo genial que es su estrategia y lo bueno que es como mánager.

¿Cómo puedes hacer eso conmigo?

Y mamá, una persona nada estúpida que dirige una gran empresa, le escucha fascinada y está de acuerdo. Mamá me quiere, así que Bernard encuentra los puntos adecuados. Y lo hace tan hábilmente que incluso la intuición y el sentido común de mi madre, que es aguda detectando mentiras y halagos, se desconectan.

—Mía no es solo una artista con talento, es una chica educada y maravillosa —me dice mi representante.

—Será muy afortunada si la eligen. Probablemente tendría sentido que eligiera a alguien de nuestra comunidad creativa.

Está todo tenso por dentro. No quiero que esa polla se acerque a mamá por este lado.

—Vergonzoso —dije, sonriendo forzadamente, pero quería apuñalar a Bernard en el ojo con un cuchillo de paté.

—Voy a salir a tomar el aire, está un poco cargado.

Mamá asintió y yo caminé sobre patas de palo por el salón hasta el balcón. El aire fresco entra en los pulmones y me duele en alguna parte del pecho, porque estaba muy apretado.

Crucé el balcón para no ver las ventanas ardientes del comedor. No puedo aguantar más, así que apoyo las manos en la barandilla, con la cabeza agachada.

Estoy cansada.

Estoy cansada de todo.

Quiero ese momento en el club en el que estaba bajo la máscara y hacía lo que quería. Pertenecerme a mí misma, aunque fuera durante unos minutos. Fuera hay mucho silencio, no hay viento y el aire parece estar parado. En algún momento siento que no estoy sola.

*¿Se atrevió Bernard a venir a por mí?*

Pero, cuando me volví, seguía sola. Volví a apoyarme en la barandilla con las palmas de las manos y miré fijamente al cielo oscuro. Volví a inhalar profundamente, pero no pude exhalar con calma, porque había palmas de otra persona junto a mis manos, a ambos lados.

Son envueltas en tiras de tela roja.

# 12. Mía



Me estremezco, pero me paralizo de miedo. Mi cuerpo se pone tan rígido que siento que aprieto tanto los dientes que están a punto de romperse.

—Hola, Mía —me llegó una voz apagada desde la nuca—. Parece que tienes frío.

Me quedo helada. No sé si es el nerviosismo, pero su voz me parece irreal, extrañamente profunda y llena de oscuridad. Extrañamente profunda y llena de oscuridad.

—¿Qué te hace pensar eso? —No oigo mi voz.

De hecho, mi cerebro también parece estar congelado.

¿Debo hablar con él?

¡No! ¡Debería gritar, pedir ayuda! Mamá, Bernard, los guardias… lo oirán y vendrán. Pero, en vez de eso, hablo con él sin motivo, idiota.

—Tienes la piel de gallina —apenas me toca el antebrazo, que, efectivamente, está cubierto de piel de gallina—. —¿O estás cachonda?

Su tacto envió una serie de chispas eléctricas por mi piel, haciendo que se me erizara todo el vello.

—El miedo está muy lejos de la excitación —dijo como si yo estuviera bajo hipnosis y continuara hablando con él en lugar de intentar escapar.

—No tienes ni idea de lo cerca que está —dice aún más bajo y más cerca.

Incluso puedo sentir los pelos de mi nuca ondulándose por su aliento.

—¿De qué tienes tanto miedo, Mía?

*¿Lo dice en serio?*

Sabe que me asusta. Mucho.

—Ya he respondido a esa pregunta —le dije.

Y me di cuenta de que llevábamos un tiempo obsceno de pie, tan cerca, y de que las rodillas empezaban a temblarme por la tensión.

—A ti. Me asustas y lo disfrutas.

Tengo miedo de moverme, no sea que le toque accidentalmente. Vuelvo a percibir el vivo olor a grosella negra de su perfume.

—¿Me tienes más miedo a mí que a ese engendro que tu jefe convenció a tu madre de que sería buena idea que fuerais pareja?

No digo nada, solo trago con la garganta seca.

*¿Cómo lo sabe él también? ¿O lo supone?*

Tiene demasiadas suposiciones correctas sobre mi vida, como si las leyera como un libro abierto.

—Y, además, Mía, tú también lo disfrutas. Que te asusto. Caminas al borde del miedo, sintiéndote más libre que segura.

—Eso es una gilipollezes —sacudí la cabeza, haciendo caso omiso de la pequeña, pero aún sensible, respuesta a sus palabras.

—¿De verdad? —ríe un poco roncamente.

—Entonces, cuéntame cómo estuviste a punto de perder la virginidad, Mía.

*¿Qué tiene que ver? ¿Él también lo sabe? ¿Cómo podría saberlo?*

No hablé de ello en ningún sitio. Ni siquiera la amiga con la que nos emborrachamos. Los detalles nadie conoce. Ni siquiera yo, porque no recuerdo muchas cosas.

—No es asunto tuyo. No es asunto de nadie.

—Excepto a ti y a quien le haya pasado, ¿verdad, grillo?

Y fue entonces cuando se me volvieron a encender las entrañas.

*¡No puede ser! No. Puede ser. No puede ser. ¡No puede ser!*

Es como si alguien me diera un puñetazo en el pecho, porque el aire se me sale e inhalar aire nuevo es todo un reto.

Me retuerzo en un intento de girarme en su agarre para poder quitarme la capucha y ver a mi perseguidor, pero rápidamente me cubre las manos con las palmas, inmovilizándome contra la barandilla del balcón e impidiéndole girarme.

—Eras tú —susurró asombrada.

—Calla, Mía —continuó sujetándome, sin permitirme ni siquiera estremecerme, limitándose a tocarme las muñecas con las palmas de las manos y sujetarlas en su sitio.

—No hay prisa.

—¡Me drogaste! Por eso me pareció extraño que no recordara nada.

Bebí, por supuesto, pero no tanto como para que se me cortara la memoria.

—No, yo no hice eso. No te hice nada que tú no quisieras.

Retiro mis manos de las suyas y aprieto los puños, sintiendo que todo mi interior se estremece.

*¿Qué ha pasado? ¿Qué me hizo? ¿Qué busca ahora?*

Solo recuerdo fragmentos.

Unos chicos se unieron a Noella y a mí en una mesa con cócteles. Le eché el ojo a uno de ellos, un pelirrojo alto. Él captó mi indirecta.

Pero aquel tipo era mucho más bajo que mi acosador. Como media cabeza. Cuando el pelirrojo se acercó, de alguna manera cambié de opinión. Dije que tenía que ir al baño y me levanté de la mesa. Lo recuerdo.

También recuerdo que me sentía tambaleante y con los ojos borrosos. Quería ir a lavarme y llamar a un taxi. Pero cuando bajé las escaleras, tropecé con alguien. Solo recuerdo el hombro de una chaqueta de cuero y... el olor a chocolate negro.

Dios... Realmente era él. Recuerdo que me agarré a su manga porque me fallaban las piernas, pero me sostuvo una mano fuerte. También recuerdo un rayo negro en su mano, de forma extraña, que intentaba golpear el corazón de la víctima.

—Buena chica —escuché una risita tranquila cerca de mi sien mientras desviaba intuitivamente la mirada hacia la mano que yacía en la barandilla junto a la mía, envuelta en un vendaje deportivo escarlata que se parecía mucho a la sangre.

Y entonces, casi apretándome en un abrazo, me obliga a exhalar bruscamente y se coloca justo delante de mi pecho, con una mano sobre la otra, y desenrolla la venda. Ahí está el rayo. Igual de peligroso. El momento pasa ante mis ojos, esos dedos en mi pelo, deslizándose por mi garganta hasta mi pecho, bajando el mechón de mi top. Y la forma en que me arqueo bajo esos dedos.

¡Pero no recuerdo ninguna cara! Niebla. Me tapo los ojos, mordiéndome los labios. No sé qué hacer ni cómo reaccionar. El miedo sigue conmigo y el temblor de mis dedos no ha desaparecido.

—Estoy seguro de que lo recordarás todo cuando volvamos a hacerlo —sus labios rozan la piel suave y sensible de mi sien, enviándome una oleada de calor por las piernas—. Cuando estés lista, Mía.

Y entonces, de repente, se apartó de la barandilla, dio un paso a un lado y… Saltó por encima de la barandilla del primer piso como si no estuvieran a casi cuatro metros del suelo y acabara de traspasar el umbral.

Grito mutuamente, inclinándome sobre la barandilla, pero solo alcanzo a ver la capucha negra, mientras el acosador aterriza sobre las piernas flexionadas, como en las películas, pero inmediatamente, como un resorte, sale disparado y corre hacia la valla.

Por alguna razón, no grito, ni llamo a seguridad, cuando trepa por la valla, aparentemente lisa como una araña, y se balancea fácilmente sobre ella. Estoy aturdida. Estoy en una especie de shock.

*¿Qué clase de acrobacias son esas?*

*¿Es un ninja o uno de esos tipos del parkour?*

Eso explica cómo acabó en mis vestuarios de la tercera planta. Los guardias estaban en la puerta, no fuera, bajo las ventanas. Me rodeé con los brazos y me di cuenta de que temblaba, pero no sentía frío.

—¡Mía! —oí que me llamaba mi madre a través de la puerta abierta—, ¿dónde estás, hija? ¿Te encuentras bien?

—En el balcón, mamá —respondo con sorprendente firmeza. —No pasa nada.

Mentira. Por supuesto, estoy muy, muy mal. Pero decido, sorprendiéndome a mí misma, no contárselo a mi madre nada de nada.

# 13. Mía



Vuelvo al salón. Bernard me lanza una mirada húmeda y desagradable, y yo quiero encogerme de hombros.

Fue un descubrimiento extraño e inesperado para mí darme cuenta de que la sensación era completamente distinta a cuando me miraba el acosador. El mismo escalofrío, pero sin repulsión.

Miedo, sí, una escalofriante sensación de peligro, sin duda, pero cuando mi jefe me mira fijamente, siento más bien asco, repugnancia.

—Mía, Bernard ya se está preparando para volver a casa. No me extraña que esté cansado después de todo lo que ha pasado. ¿Por qué no le acompañas a la puerta? — pregunta mi mamá.

Menos mal que mamá no podía oírme rechinar los dientes.

—Yo también estoy cansada, mamá —le sonrío con la mayor dulzura y despreocupación posibles.

—Creo que Manuela puede acompañar a Bernard hasta la puerta.

Mi madre asiente con la cabeza y va a acompañar al imbécil hasta la calle. No quiero ni mirar al último. Me doy la vuelta y entro a la cocina.

Siento la garganta seca por el inesperado encuentro en el balcón. Me sirvo un vaso de agua cuando vuelve mi madre. Manuela va al comedor a recoger la mesa y tengo la oportunidad de hablar con mi madre sobre Bernard.

Pero decido esperar a hacerlo más tarde, porque estoy demasiado cansada y mi madre no parece dispuesta a mantener una conversación sincera en este momento.

—Mía, Bernard dice que tú y él tenéis grandes planes para el nuevo álbum.

Mamá se quita la chaqueta y la cuelga en el respaldo de una silla. Se desabrocha con cansancio el botón superior de su blusa.

—Y, en general, muy elogioso sobre tí.

—¿Sí? Qué raro —dije con sarcasmo—. Pensé que se quejaba de que volvía a estar de mal humor como una niña.

—En absoluto —mi madre se sentó en su silla y estiró las piernas—. No creo que debas hablar así de él. Hace más de lo que debería. Deberías estarle agradecida, Mía.

*"Tienes que chuparme la polla. Y lo harás"*, volvió a aparecer en mi cabeza, provocándome una oleada de náuseas.

—Mamá —le dije volviéndome hacia ella con un suspiro—. —Bernard es un grosero…

—Él cuida de ti —dijo mi madre antes de que yo pudiera acabar la frase—. Nunca te han molestado, ni siquiera después de los conciertos tardíos, y yo… puedo confiar en que Bernard te mantendrá a salvo. Es un joven listo, inteligente y fiable. Deberías admirarle.

El tono de mi madre muestra claramente que no está en condiciones de discutir en este momento. Está herida y enfadada. No me escucha porque no quiere. Se siente cómodo pensando así de Bernard y el maldito bastardo sabe cómo tejer su retorcida red en torno a mi madre.

¿Por qué mi madre, tan inteligente, que ha construido y dirige un serio negocio de construcción, que sabe calcular varios pasos por delante, no puede ver la astuta y taimada serpiente que tiene delante de sus narices?

Nos interrumpe una llamada al móvil de mamá, él contesta y yo me voy a mi habitación, enfadada. Hago clic en la cerradura y me subo a la cama con las piernas.

Suspiro pesadamente, me tapo los ojos e inclino la cabeza hacia atrás, pero la parte posterior de la cabeza me golpea contra algo duro. Se me retuerce el estómago cuando me doy cuenta de lo que es.

Mi máscara del club. La misma que, de algún modo, había desaparecida de mi mochila y que el acosador me había enviado después de conocernos en el callejón oscuro.

*Póntelo por mí la próxima vez que me veas.*

Vuelvo a tener la boca seca.

*¿Cómo? ¿Cuándo entró en mi habitación?*

*¿Y si vuelve?*

Toco la máscara con cautela, como si ocultara algún peligro. No es más que un trozo de plástico recubierto de tela, pero mi corazón se hunde en mi interior.

Doy un respingo en la cama cuando oigo el sonido del mensaje. Cogí el teléfono y lo apreté entre las manos, sabiendo de algún modo exactamente de quién era el mensaje.

***Número desconocido:*** *Póntelo.*

Solo una palabra en el mensaje.

Me mordí el labio, intentando dar sentido al cóctel de adrenalina que burbujeaba en mi sangre. Volvieron a hormiguearme los dedos al darme cuenta de que, aunque el miedo seguía ahí, era de algún modo más fantasmal.

***Mía:*** *No.*

Contesté con un puñetazo y me apreté las palmas de las manos con las uñas, mirando fijamente la pantalla mientras aparecía un icono que indicaba que había leído el mensaje.

***Número desconocido:*** *Ponte la máscara, Mía. Ahora mismo. Para mí. Y hazme una foto.*

Sus órdenes son indignantes. ¡Qué insolente! Pero...

***Mía:*** *¿Por qué tengo que hacer esto?*

***Número desconocido:*** *Porque te daré algo a cambio.*

***Mía:*** *¿qué?*

***Número desconocido:*** *Protección contra Bernard.*

Tentador. Y necesario para mí. Pero no voy a pedirle a un acosador que rompa los huesos de Bernard, está mal.

***Mía:*** *¿Golpearle otra vez?*

***Número desconocido:*** *Eso sería preferible para mí. Pero hay otras opciones. Estoy esperando tu foto.*

Estoy intrigada. Después de todo, es solo una foto enmascarada. Sobre todo porque me ha visto sin ropa y…

Dejo caer la cara sobre las palmas de las manos y siento una oleada de calor por todo el cuerpo.

Soy yo quien no recuerda aquella noche, pero él sí. Me vio por todas partes, me tocó. Casi nos follamos. Y quién sabe cómo fue, si no me pararía. De acuerdo. Solo una foto mía con una máscara.

No creo que mienta para ayudarme a protegerme de Bernard y sus pegajosas patas de araña. Me pongo la máscara en la cara y ato las cintas en la parte de atrás. Respiro hondo y enciendo la cámara del móvil.

Pero entonces vuelve a sonar el mensaje.

***Número desconocido:*** *Y desnúdate los hombros.*

*Joder, ¿por qué no me quito la ropa?*

No me sorprendería que me lo pidiera ahora. Pero no lo va a conseguir.

***Número desconocido:*** *Solo los hombros, nada más. De momento.*

Hasta ahora… ¿Sabes qué? Que te jodan, psicópata. Me pongo la sudadera por encima de la cabeza y me quito los tirantes del sujetador de los hombros. Vuelvo a apuntar con la cámara para que solo se vean mi cara y mis hombros desnudos, y hago unas cuantas fotos. Envío una de ellas a Fantasma.

***Número desconocido:*** *¡Buena chica!*

Llega la respuesta, seguida inmediatamente de un mensaje con un vídeo adjunto.

—¡Oh! —exclamé al encenderlo.

Esta es la grabación de la cámara del pasillo donde hoy tuve mi encontronazo con Bernard. Y tiene sonido. Y eso es una noticia fantástica. Por mucho que a mamá le guste Bernard, no le va a gustar eso de chúpamela.

Incluso supongo que Bernard tendrá que mamar, como mínimo, de la seguridad de mi madre.

***Mía:*** *¡Gracias!*

Envío sobre las emociones a Fantasma.

***Número desconocido:*** *Ya me lo dirás en persona, grillo. Mientras tanto, piensa en una forma de utilizarlo. Y, en todo caso, siempre estoy a favor de la primera opción.*

El abonado desaparece de la red y yo dudo. Quiero correr enseguida y enseñarle el vídeo a mi padre, pero las palabras piénsatelo me frenan. Así que lo cojo y se lo envío a Bernard. Espero la respuesta con una sensación completamente distinta a la que tengo cuando espero la respuesta del acosador. Es extraño. Ambos me persiguen, ambos me asustan, pero… Hay gran deferencia.

***Bernard:*** *Eres una zorra, Mía*

Voló a decirme unos minutos después.

***Bernard:*** *¿Qué quieres?*

Te tengo, Bernard. Mamá tiene razón; es un buen negociador. El hombre es una mierda, pero es un profesional.

***Mía:*** *Mantén las manos quietas, Bernard, y en el vídeo nos quedamos los dos solos. Y sí, ahora estás discutiendo planes de repertorio conmigo, diciéndole a mamá que lo estoy haciendo bien y también escribiendo el próximo álbum con "Sunny", con cuatro temas como mínimo.*

No espero que lo diga, pero sé que lo hará. Sé que lo hará. Sabe perfectamente que ahora no puede mentir a mi madre y que se haría pedazos si se enterara.

Pero Fantasma tiene razón. Lo usaré. Estoy harta de ser una marioneta sin derechos, una marioneta en el capó. Esta es mi vida, mi arte. Me arrastro bajo la manta y me tapo los ojos. Por primera vez en mucho tiempo me siento tranquila y satisfecha. Me gustaría dormir bien y no pensar en aquella noche, intentando recordara ese chico del club.

# 14. Mía



Mía, bájala, tira —me dice Ron, guiándome con las llaves.

—Hagámoslo otra vez.

—Un momento, Ron.

Descorcho la botella de agua y bebo un par de sorbos. Ron pasa sus largos dedos por las teclas del kit y retoma la nota, pero una octava más baja.

Cojo aire y sigo cantando cuando, justo en ese momento, entran Mason y su batería.

—Bueno, si estas baquetas se rompen después de dos canciones, entonces no sé qué compañía coger —dice, y sacude la cabeza y se dirige a la batería.

—De todas formas, las de haya no me gustaron nada. Si las de roble tampoco, volveré a las de tejo.

—Oye, no te pongas pesado con los palos, cabrón.

—Ponte a trabajar. Mía, ¿estás cantando?

Asiento con la cabeza; todos toman asiento e intentan seguir el juego mientras Mason conecta los micrófonos y me entrega uno a mí.

El estudio de "Sunny" está en la planta baja de un pequeño edificio casi en el centro de la ciudad, y Mason vive en el primer piso. Tiene un piso allí.

He estado en su casa un par de veces. Es un sitio infernal. La colcha era negra, las ventanas eran vidrieras y todas las cerraduras eran electrónicas. Pero Mason es un tipo poco corriente.

Es un cantante popular, con talento y muy atractivo. Las chicas se vuelven locas por él en masa. Pero no se dan cuenta de cuánta oscuridad y dolor hay en su interior.

No ha sido muy abierto conmigo sobre su pasado, pero sé que sus padres murieron cuando él tenía cuatro años. Fue acogido por una familia y luego enviado a un internado en el distrito oeste.

A veces bastaba con mirarle a los ojos para sentir escalofríos. Y esta última semana, Mason ha estado raro. De hecho, incluso más que de costumbre.

Empezamos a trabajar en la canción y está saliendo muy bien. Los chicos están de buen humor; se ríen durante los descansos. Creo que me estoy drogando con mi arte otra vez. Probamos una nueva canción y estoy tan enganchada como siempre cuando Mason toma la iniciativa.

Es imposible no disfrutar de su voz, no ahogarse en eso. Y no creo ser la única mujer que escucha. Junto a la puerta, veo a una chica al acecho, una morena bajita con las piernas cruzadas. También está escuchando a Mason, pero me doy cuenta de que está tensa.

Ron asiente a Mason; se calla.

—Qué sorpresa, princesa, ¿a qué debo el honor?

Veo la espalda de la chica antinaturalmente rígida y ella responde, clara pero nerviosamente, que ha venido a recuperar su objeto.

Veo que Mason está jugando con ella, y ella parecía asustada de él. En realidad, tiene razón.

Después, le lanza una tarjeta-llave y le sugiere que vaya a buscar algo a su piso. Ella acepta estúpidamente. Quiero decirle que se largue, pero decido ocuparme de mis asuntos.

El ensayo acaba pronto.

Todo el mundo puede ver que Mason está impaciente por irse. Pido un taxi y, de camino a casa, recuerdo que me he dejado la bolsa de notas en el estudio. Le envío un mensaje de texto a Mason y él responde rápidamente diciendo que no está ocupado. Y puede abrir el estudio otra vez. Supongo que ha sido una suerte que la princesa se haya escapado.

Increíble, por cierto. Tomo el mismo taxi de vuelta. Mason se reúne conmigo en el estudio.

—¿Quieres un poco de cacao? —me ofrece.

Me hizo gracia enterarme de que a un tipo tan brutal le gusta el cacao. No la cerveza, el té o el café fuerte, sino el cacao.

—¿Has dicho a la princesita que no?

—Bueno —se estira con una sonrisa.

—Lo he intentado. Ahora se ha ido.

—Venga, ya me contarás.

Subimos a su piso en la primera planta. Mason pone la tetera a calentar y yo me subo al taburete de la barra. Mason cambia de tema y hablamos del reciente concierto.

Hace un cacao realmente bueno.

—Escucha —quiero volver a preguntarle por la chica, pero me quedo inmóvil cuando mi mirada se posa en la silla que hay junto al escritorio.

Hay vendas de color escarlata colgando. Me da un puñetazo en el pecho. Dejo de hablar y lo miro.

—¿Qué pasa, Mía? —pregunta, fijándose en mi mirada.

No puede ser él. Joder, no puede ser. Me salto de la silla y me acerco a la mesa para coger las vendas.

—¿Es tuyo?

—Es evidente —dice sarcásticamente, entornando los ojos.

—¿Te cabrea el escarlata?

—Enséñame tu mano derecha.

—Mía, estás actuando de una forma jodidamente rara.

—¡Mason! Enséñame la mano.

Veo cómo Mason aprieta la mandíbula y se le tensa la papada.

De repente, me doy cuenta de que si él es el acosador, estoy en graves problemas. Sobre todo aquí y ahora, en su piso, que parece un búnker. Veo que empieza a enfadarse.

Mason se quita el guante de cuero con los dedos cortados de la mano izquierda y luego coge la derecha. Ya puedo ver parte del tatuaje a través del cuero negro, y aprieto los puños. Veo ese maldito rayo. Pero cuando se quita el segundo guante, no es un rayo, sino fuego.

—¿También los pantalones? —Puedo oír el estilete a través del sonido de mi propia sangre en los oídos.

Exhalo aliviada y siento como si hubiera estado cargando trescientos kilos sobre los hombros y ahora los hubiera perdido. Abrazo a Mason con emoción, y él se pone rígido, pero luego vuelve a ser el de siempre.

—¿Y qué pasa con las bragas, Mía?

—Tonto —le doy un puñetazo en el hombro, aunque me doy cuenta de que me estoy pasando de la raya.

No puedes hacerle eso a Mason. Pero Mason me decepciona. Me tira de los hombros y me mira a los ojos con mucha atención.

—Ahora explícame ¿por qué era la idiotez, Mía?

Y se lo cuento todo. Ya no puedo contenerme. Incluso le cuento cosas sobre las que ni siquiera sé cómo me siento. Cosas que sin duda me dan miedo, pero eso no es todo. Estoy confusa y no sé qué hacer. Cuando termino, me doy cuenta de que Mason no me ha interrumpido ni una sola vez. Ahora me mira muy serio y atento.

Vendas rojas, un rayo en la mano y un don para llegar donde nadie parece poder. Lo resume todo.

—Sí, ¿qué te parece?

La voz me temblaba de emoción y me castañeteaban los dientes como si me estuviera congelando, pero no tenía frío; era la tensión.

—Creo que estás jodida, Mía —dice, moviendo las cejas con sonrisa malvada y sucesora—. Además, tú eres una virgen. Creo que sé quién es. Y si es él, es inútil resistirse.

***

Es difícil dormir. Me quedé mirando al techo durante la segunda hora, haciendo rodar la última carta del acosador entre los dedos y recordando la conversación que había mantenido con Mason ese día.

Mason me había asustado, pero no me había dicho gran cosa. Sin embargo, su expresión me lo dijo todo.

—Mason, me estás asustando —fruncí el ceño mientras él recogía las tazas vacías y retrocedía hasta el fregadero. —¿Quién es?

—No estoy seguro, Mía.

—Y, sin embargo.

Saltando del alto taburete de la barra, me acerqué a él, mirándole expectante, pero permaneció en silencio.

—Deja que intente averiguarlo por mí mismo primero. Pero sí, deberías tener miedo.

—¿Se encuentra enfermo?

—Todos estamos enfermos, Mía —sonrió Mason, pero su mirada seguía siendo seria.

—No más enfermo que yo.

Mason se rió, pero pude ver que estaba tenso. Casi podía atragantarme con el significado de las palabras.

—Lo siento, Mason, pero no es una comparación muy reconfortante.

—De acuerdo, Mimi, veré lo que puedo averiguar.

# 15. Mason



Hace cinco años. Se trata de un internado de élite cerrado en el que se alojaban adolescentes con problemas. Distrito occidental.

—Tienes que calmarte, Mason —oyó la suave voz de Hunter por encima de su hombro—. Le doblegarás, lo sabes, pero solo si haces lo que ese bastardo enfermo te enseñó a hacer: controlar tus emociones. Utiliza contra él lo que te ha machacado todos estos años.

Lo odio. El fuego corre por mis venas, bajo mi piel, quemándome hasta los huesos. Mis dedos se entumecen sobre la barra de madera a causa de la impaciencia y la expectación. Nadie más que Harnter sabe que estoy a punto de romper al bastardo que *me crió como a mi propio padre.* Romperle delante de todos.

Esta es mi graduación, y voy a dejaros un recuerdo imborrable, cabrones. Lleváis casi una década jugando con mi mente; ahora os voy a romper los huesos.

—Levántate —dice mi compañero, empujándome bruscamente hacia atrás.

Me doy la vuelta y, con un giro de la pértiga, ataco. Un paso adelante, uno más, uno más.

—¡No le presiones! Sabes que te lo está contando. —Deja que lo lea.

—¡Le voy a partir la cara!

Ron hace un bloqueo de anillo y me quita el palo de bambú “Bo” de las manos. Eso es raro en mí; no mucha gente puede desarmarme. Sobre todo porque Hunter tiene un perfil diferente. Eso significa una cosa. Que tiene razón. Demasiada emoción.

—No falta mucho, Mason, y seremos libres. Te aconsejo que esperes y salgas de aquí dentro de tres horas sin darte la vuelta. Pero tú no quieres hacer eso, ¿verdad?

—No quiero, ya lo sabes. No puedo esperar como tú. Ya he esperado demasiado.

—Buena suerte, entonces, hermano.

Juntamos las palmas de las manos y entrelazamos los dedos con fuerza. Tiene razón, solo un poco más. Solo un poco más y saldremos de este pozo negro. Y no volveremos jamás.

Motokatsu y otros profesores *favoritos* ya no podrán doblegarnos, y los padres obtendrán algo distinto de lo que se les prometió cuando pusieron aquí a sus hijos problemáticos. Es como con el fuego y el oxígeno. Si encierras un fuego en una habitación, es mejor no abrir la ventana. La nuestra está a punto de abrirse.

Hunter y yo, junto con otros dos, bajamos desde la entrada superior de la sala de conciertos del internado, uniéndonos a los demás. Llevamos americanas de cena en lugar de los uniformes grises sucios, y nos hemos bajado las mangas para que los profesores de escuela no vean la pequeña insignia que nos dieron esta noche cuando nos escapamos a la ciudad.

Un recordatorio de que nuestra infancia había sido reducida a polvo y esparcida al viento por la mano de Motokatsu y sus colegas. Elegí el fuego, a través de la mano y hasta el codo. Para recordar a mi maldito maestro. Hunter disecó un rayo, como penetrando en la cabeza de una víctima que no tiene tiempo de darse cuenta.

Para que no olvidara que le habían enseñado a sacarse la suya o acabaría con un morro. Owen le rodeó el brazo con una cadena y Ron le puso una rosa bajo la piel por alguna jodida razón. Tengo mis sospechas sobre a quién se la arrancó, pero por qué decidió guardarla en su memoria es una incógnita. Eso es asunto suyo.

También espero que los cuatro no volvamos a vernos. Nos aferramos el uno al otro en este infierno, pero ahí fuera, en la valla, quieres olvidarlo todo. Eso es lo que piensan los chicos.

La farsa de la graduación está a punto de empezar. Ya tenemos dieciocho años, ha terminado el último curso de ese maldito instituto. Sí, hemos aprendido mucho aquí. Matemáticas, física, química, incluso literatura y otras ciencias.

Y también artes marciales, entrenamiento cuerpo a cuerpo y con armas, prácticas orientales… Se suponía que nos enseñaría disciplina y obediencia. A la mayoría sí, pero no a nosotros. No obstante, hay que señalar que pudimos enseñar autocontrol.

—Sí, gracias, llega justo a tiempo para mí.

Mi queridísimo profesor está dando un discurso, pero incluso puedo contenerme de lanzar mi certificado con tanta fuerza que le vuele la cabeza. Vale, no lo haría, pero le arañaría bastante.

Y así Motokatsu acaba con el flamígero y siento un escalofrío de impaciencia recorriendo mi cuerpo.

—¿Estás preparado? —oigo la voz de Hunter.

—Ya lo creo.

—Pues vete.

El sádico educador termina con una conmovedora historia sobre lo mucho que nos echará de menos, y yo tomo aire y, en cuanto se hace el silencio en la sala, hablo en voz alta:

—¡Maestro!

Levanta la cabeza en nuestra dirección, apretando los labios.

—¿Qué tal un combate de despedida?

Oigo un susurro que flota por el pasillo. El director del internado y su adjunto quieren decir algo, pero Motokatsu les hace señas para que se callen.

—¿Estás seguro de lo que pides, muchacho? —me responde ecuánime.

Estoy jodidamente seguro de ello. Llevo mucho tiempo esperando. Bajo entre las filas y subo al escenario. Me quito la chaqueta y se la doy a mi compañero.

Saco el palo que tenía escondido entre bastidores. Motokatsu me mira fijamente durante un largo rato sin pestañear y, luego, asiente a alguien que está entre bastidores.

—Estás intentando saltar por encima de tus posibilidades, muchacho —me dice, apagando el micrófono—. Creo que nunca has madurado.

Una a una, las imágenes de mis recuerdos pasan ante mis ojos. Un dos para un dictado de quinto curso: sujetando un palo con los brazos extendidos.

¿No puedes? Ciento cincuenta flexiones.

¿No puedes? Guárdate un palo a lo largo de la columna vertebral, gamberro.

¿No estás llorando? Aguantalo otra vez.

Y otra vez.

Y otra vez.

Y no lloré. Porque no podía… desde que tenía cuatro años, desde que murieron mis padres.

¡Eso molestó mucho a Motokatsu! Romper lo irrompible es su estilo pedagógico. Aplastar de raíz el concepto de humanidad.

Para erradicar los últimos vestigios de luz en el alma. Desde lo más pequeño, desde la infancia. Lo hiciste, maestro. Lo has conseguido. Acepta el maldito combate.

El bastardo coge la pértiga que le han entregado, se inclina y se coloca frente a mí.

Ignoro la reverencia.

Lo hiciste, maestro. Lo has conseguido. Acepta el maldito trabajo. El bastardo coge la pértiga que le han entregado, se inclina y se coloca frente a mí. Ignoro la reverencia.

Sí, no según el libro, pero a la mierda el libro. Empujo primero. Intento respirar expulsando el aire caliente junto con la ira para que no controle mis músculos y mi cerebro. Paso a paso, y la

profesora se defiende. Me mira con desdén, como si me estuviera mirando una mierda. Como siempre hacía.

Hay un silencio absoluto en la sala. Todo el mundo nos observa. Ninguno de los profesores se atreve a interrumpirnos. El glorioso Motokatsu y su favorito. Pero puedo sentir el apoyo de los chicos. Están allí. Ellos también odian este lugar y a esta chusma de valientes tutores.

Soy un imbécil. Me distraigo. Una fracción de segundo después, me golpean en las costillas con un palo. El aire se me sale de los pulmones, pero no tengo tiempo de recuperar el aliento porque me dan otros dos: uno en el culo y otro, ensordecedor y doloroso, en los muslos por detrás, por encima de las rodillas. Duele muchísimo. Caigo al suelo, sintiendo la petulancia del gilipollas que me aprieta encima de mí.

—¿De verdad creías que podías tener la última palabra, hijo?

Y ese maldito hijo es el colmo del acoso.

—He tenido docenas de personas como tú a lo largo del camino. Y no serás el último, cachorro.

Y cada palabra está respaldada por un puñetazo que no me deja dormir. Duele, zorra. Quiero aullar. Desearía desatar mis colmillos y clavárselos a ese bastardo en la garganta. Aprieto los dientes y vuelvo a levantar los ojos hacia el pasillo. Veo a Hunter.

Me mira fijamente, completamente tranquilo, sin pestañear. Solo me doy cuenta de los puños apretados que tiene. No estoy solo. Y no soy la único a lo que ha sufrido a manos del sádico Motokatsu. Así que tampoco estoy solo aquí en el escenario.

Me estoy agrupando, cerrando, y el maestro está a punto de levantar victorioso la pértiga. Pero le van a meter la polla en un carro, gilipollas. El dolor se atenúa con un esfuerzo de voluntad, y me agarro a Shiro con las piernas y tiro bruscamente de mí.

Se tambalea hacia atrás, agarrando el mango, pero no le voy a quitar el arma. Te haré justicia, monstruo. Y lo siguiente que sé es que estoy apagando mis emociones. Funciona. Mi cuerpo actúa por sí solo y ya me ocuparé del cerebro más tarde.

Niebla. Hay algodón en mis oídos y silencio. Solo inhalación y exhalación y movimiento.

—¡Alto! —oí gritar a Hunter desde el vestíbulo en medio de un silencio absoluto, y detuve bruscamente la pértiga junto a Motokatsu, que estaba tendido en el suelo.

Chúpate eso, hijo de puta. Te he vencido. Y a toda tu puta camarilla. Ahora soy libre. Tiro el bastón y bajo del escenario, cojo mi chaqueta y mi certificado, y me alejo sin darme la vuelta.

Los chicos se van después de mí. Ahora solo nos queda pasar nuestros días en la ciudad y despedirnos para siempre.

# 16. Mía



Fue una pérdida de tiempo y de nervios conseguir algo de él cuando no tenía ninguna intención de hablar. Al día siguiente, le envié un mensaje de texto a Mason y recibí como respuesta:

***Mason:*** *Lo estoy investigando.*

Y ahí se acabó todo.

No creo que no le interese, sino que no quiere compartir sus pensamientos conmigo o no lo cree necesario. Ya me he dado cuenta. Intentar sacarlos es inútil.

La última semana fue muy ajetreada. Había dos exámenes parciales en la universidad y tuvimos que estudiar mucho y con detenimiento. En especial, fue difícil aprobar la lengua extranjera.

No sé por qué elegí japonés. Quizá por su melodía.

No se produjo ningún milagro, así que tuve que estudiar mucho. Sin embargo, de alguna manera, aprobé, e incluso con una puntuación perfecta. Escribí a mi madre para alegrarle. Por lo cual, inmediatamente recibí un mensaje en el que me decía que mi madre no tenía dudas sobre mí.

Bernard se mantenía distante durante los ensayos, lo que me complacía enormemente. Solo a veces me sorprendía mirándome con una expresión de rabia impotente. No me importaba que mantuviera las manos quietas y la lengua venenosa entre los dientes. Hace su trabajo, gana un buen dinero por eso y, si no, adiós.

Bernard no estaba participando en mis ensayos con Sunny, gracias a Dios. Si lo hubiera hecho, Mason lo habría echado de allí en un santiamén. Además, a Mason no le dictó nadie lo que tenía que hacer.

Tampoco oí nada del acosador. Empezaba a pensar que quizá Mason tenía algo que ver.

Pero era dudoso, porque, como él mismo me dijo, si era quien Mason creía que era, no era probable que me dejaran solo tan fácilmente.

Empecé a darme cuenta de que periódicamente entraba en nuestra correspondencia. No sé por qué. El punto, que significa que el abonado está en línea, nunca se ha iluminado durante este tiempo. Eso es ridículo. Debería alegrarme de que no me haya molestado durante una semana.

En vez de eso, ¿qué? No consigo entenderlo.

Pero hoy es viernes, los exámenes han terminado, no hay ensayos previstos para el fin de semana y no hay muchos preparativos para el fin de semana.

Mi madre ha escrito que volverá, probablemente hasta mañana o incluso mañana por la noche: está fuera con sus socios en las montañas.

Me cuesta imaginarla divirtiéndose entre las mujeres, filosofando sobre la maternidad y las últimas tendencias en cosmetología. Pero entre el sexo masculino está bastante familiar. Los negocios, los competidores, los ingresos y el dinero son sus temas de reflexión.

Yo, en cambio, decido relajarme después de una semana ajetreada y simplemente tumbarme en la cama. Ver un programa o una película. Tanto hoy como mañana. A veces hay que darse un fin de semana de pereza.

Cuando dejo marchar a Manuela, a eso de las siete de la tarde, pongo algo de comida en una bandeja y subo a mi habitación. Me pongo el pijama y tecleo el nombre de un programa que quiero ver.

Me tumbo en la cama, me suelto el pelo —después de un día cautiva con una goma apretada— y enciendo el reproductor con la serie. Llevo unos veinte minutos viendo la serie cuando suena mi teléfono y recibo un mensaje.

Podría ser cualquiera, pero de inmediato siento un ligero cosquilleo en los dedos y en algún lugar profundo del estómago. Pero resulta que son las chicas del equipo de baile. Me han etiquetado en el chat, por eso ha sonado el mensaje.

***Bea:*** *Mía, acompáñanos esta noche a "Heaven". ¡Lo hiciste genial la última vez! Hagamos otra vez.*

***Gato:*** *¡Sí! Y Mason actúa esta noche; va a ser increíble.*

***Mía:*** *Bueno, si es Mason, (desde luego que lo es :))*

Envío, y luego añado un par de caritas sonrientes más.

Y no es una exageración en absoluto.

***Bea:*** *Empieza a las nueve, Mía, muévete.*

En realidad, esta semana estaba cansada y quería descansar.

En realidad, no me van las discotecas.

En realidad, en mi caso, necesito tener mucho cuidado.

En realidad…

Quizá el acosador tenga razón y realmente me está subiendo a la aguja de la adrenalina para sentirme viva. Para dejar de hundirme y caer en un estado de anabiosis. Es como si solo pudiera respirar cuando estoy al borde de un precipicio.

Eso no es normal, ¿verdad?

Totalmente anormal. Pero les digo a las chicas que llegaré pronto y, cerrando de golpe el portátil, me meto a toda prisa en la ducha.

# 17. Mía

La actuación fue aún más ardiente que la última vez. Hace tiempo que no tenía tanta adrenalina y subidón. Para ser más precisos, la adrenalina y la emoción eran suficientes, y eso le ocurría de vez en cuando. “Heaven” es otro club conocido, pero con estilo menos pomposo.

Mason sabe realmente cómo rockear, ya sea en un concurso serio o, simplemente, como en esta actuación en un club para calentar al público.

Y, aunque me quedé rezagada en el baile, ocultando mi rostro bajo una máscara, me emocioné bastante. Después del espectáculo, camino con los demás hacia el bar.

Mi madre acababa de enviarme un mensaje para decirme que estaba bien y darme las buenas noches. Yo le envié a ella lo mismo.

Es horrible. En qué desastre me he convertido. De niña buena a una mentirosa. Y tengo la sensación de que su comportamiento sobreprotector tampoco me va a ayudar.

Pido un cóctel, que sorbo poco a poco, hablandome con las chicas. Vienen algunos compañeros de Mason y los chicos beben y se divierten.

Me siento bien, pero algo que me pica. La ansiedad me distrae. Tengo que salir urgentemente.

—¿Adónde vas, Mía? —pregunta Bea mientras salta del taburete de la barra.

—Voy a tomar el aire.

Es sofocante. Necesito respirar aire fresco. Estoy un poco mareada, pero no es por el alcohol; ni siquiera me he terminado un cóctel. Es emocional. Es como si la liberación no se hubiera producido del todo.

Sí, esta noche me estoy relajando y descansando, pero es como si no fuera del todo. Necesito algo más. Mis pies me llevan detrás del club hacia la oscuridad.

Me doy cuenta de que mi respiración se ha acelerado. Me cuesta admitir lo que quiero ahora, lo que espero, por qué muevo los pies paso a paso hacia las profundidades del callejón oscuro.

¿Por qué me paralizo cuando oigo un susurro silencioso a mi espalda?

—Sabía que vendrías, Grillo —me dice una voz suave detrás de mí cuando la luz del farol se está extinguiendo.

Me tapo los ojos, pero no me doy la vuelta. He venido de verdad. Por mi cuenta. Con el propósito expreso de encontrarme con él. Y ahora estoy aquí de pie, con miedo a darme la vuelta y sin saber qué decir.

Parezco como una idiota, si no, ¿cómo puedo explicar este acto?

—¿Me dirás tu nombre? —pregunté, sin atreverme a darme la vuelta.

—¿Qué tan importante es para ti?

Está hablando cerca y puedo oírlo, pero también puedo sentir el calor que emana de él. Está cerca, detrás de mí, y si me muevo, le tocaré. Y quiero hacerlo.

Pero no me atrevo. Sería el último paso hacia la locura.

¿Cómo podría justificarlo después?

—¿Qué esperas de este encuentro, Mía?

Ahora podía sentirlo de verdad: cuando hablaba, sus labios me rozaban la oreja, enviándome agudas sacudidas de electricidad por todo el cuerpo.

Dejo de respirar, mordiéndome el labio, y quiero tapar mis ojos. Saca lentamente la máscara dorada del bolsillo de la sudadera. Tengo miedo. Gran miedo de pensar en cómo me sentiría después, en cómo me sentiría por todo esto.

No puedo imaginar la locura que voy a cometer. Un acosador loco que me acecha y me envía terroríficos regalos.

¿Y yo? ¿Soy normal? Estoy loca. Me vienen en cabeza las palabras de Mason: *todos somos enfermos.*

Con la mano temblorosa, me acerco vacilante la máscara a la cara y me quedo inmóvil… Pero, unos segundos después, la mano del hombre apartó la máscara y, ante mis ojos, quedó una tira roja de tela que el acosador anudó en la nuca.

—Entendido —oí decir a una voz satisfecha, y entonces me dieron la vuelta por los hombros y apenas tuve tiempo de meter aire en los pulmones antes de que los labios de otra persona estuvieran sobre los míos.

# 18. Mía



Se me corta la respiración en ese mismo instante; tan inesperadamente poderosa es la respuesta en mi interior. Exhalo contra sus labios, y apenas tengo tiempo de volver a respirar hondo antes de que él vuelva a tomar cautivos mis labios.

No besa, se somete. Él marca las reglas, como hizo desde el principio. Desliza su lengua en mi boca con maestría, sin preguntar, sin probar, sino tomando.

Es como si tomara lo último de mis fuerzas, y me tiemblan las piernas. Me flaquean las rodillas y me habría deslizado hasta el suelo de no ser por la fuerte mano que me sujeta bajo la espalda.

Era una locura confiar así en un completo desconocido en medio de un callejón en plena noche. Y no se trataba de un desconocido cualquiera, sino de un psicópata, un acosador, un acosador loco obsesionado conmigo. Era una locura querer darle todo el control y dejar que se librara.

Las chicas buenas no hacen eso. No deberían hacerlo. Y lo interesante es que yo ya lo he hecho. Ya le he dado el control. Ya me he eximido de responsabilidad.

Entonces, ¿cuál es el problema si lo vuelvo a hacer?

Me doy cuenta de que estos pensamientos no son más que excusas. Quiero seguir siendo una buena chica: obedecer a mi madre, como una hija inteligente. Pero también quiero estar aquí, en sus brazos, para soltarme, para desprenderme de cualquier control. Ya me ocuparé de los aspectos morales más adelante.

Y si cambiara de opinión, ¿me dejaría marchar, como hizo la primera vez? ¿Me dejaría cambiar de opinión?

Mi cuerpo arde cuando sus palmas se deslizan hacia abajo y sus labios besan la suave piel de mi cuello. No sé muy bien lo que siento en este momento. Pero estoy harta de tener conflictos. Quiero que siga. Esto es la verdad.

Parece que pierdo la cabeza al rendirme a sus fuertes brazos. Mi piel se derrite por el tacto cuando mi acosador me da la vuelta y desliza las palmas de las manos bajo mi camiseta.

Sigue besándome el cuello, dejando estelas, mordiéndome el lóbulo de la oreja, haciéndome gemir suavemente.

—Dime —le pedí en voz baja—, dime cómo te llamas.

—¿Por qué tan importante es para ti?

Por alguna razón no sé qué responder, no sé qué decir. En este momento, sus manos y sus labios son más importantes para mí. Y creo que él se da cuenta, porque no responde, pero sigue besándome.

No me había dado cuenta de que la piel de la nuca, bajo el pelo, era tan sensible, y de que los nervios podían enviar impulsos desde allí hasta el fondo de mi estómago, envolviéndolo todo en un apretado ovillo.

Apoyo la cabeza en su hombro, exhalo y me relajo, dejando que explore mi piel bajo la camiseta, pero aún así me estremezco sin darme cuenta cuando sus largos dedos buscan la cinturilla de mis vaqueros. Pero mi movimiento nervioso se ve interrumpido inmediatamente por la mano que me agarra con fuerza la cintura.

—Suéltate, Mía —me susurró al oído, agitando mis nervios, ya tensos.

En mi memoria, nuestra primera vez está grabada en imágenes y fragmentos incomprensibles, pero ahora tengo otra imagen fugaz. O, mejor dicho, ni siquiera una imagen, sino una sensación. Una sensación breve y confusa que aún es difícil de identificar, pero quiero volver a experimentarla.

Cierro los dedos en los puños, pero mi cuerpo se relaja. Me concentro en el olor familiar del chocolate negro y en mi aliento.

Solo reacciono respirando hondo cuando unos hábiles dedos serpentean bajo el encaje de mi ropa interior. Noto con qué facilidad se deslizan hasta allí por la evidencia de mi excitación, y eso hace que me sonroje.

Es demasiado tarde para sonrojarse, Mía, demasiado tarde. Siento como si estuviera repasando un cúmulo de nervios con sus movimientos. Quiero moverme al compás de sus dedos que me acarician, pero tengo miedo de moverme, no me atrevo.

Me muerdo los labios con sangre mientras él mete el dedo dentro, en la carne caliente… Tirando y tocando mi intimidad, estirándola, moviendo los dedos, empujando suavemente.

Débil, vacilante, pero aún así… Puedo oír su respiración agitada, y eso me afecta igualmente. No puedo verle, pero la sensación es más intensa. Ya no puedo callarme, quiero gritar, gemir,

rogarle que me suelte inmediatamente y luego suplicarle que no se detenga.

El acosador me inclina bruscamente sobre su brazo, obligándome a apoyar las palmas de las manos contra la áspera pared, amontona su pecho sobre el mío y me aprieta la garganta con la otra mano, sin detener nunca sus movimientos allí. Por un momento, tengo miedo de no poder salir de este callejón y el fuerte apretón en la garganta es prueba de ello.

Pero, de algún modo, en este momento, ese pensamiento parece tan fantasmal y sin importancia. Es como un anuncio al azar que aparece durante una película.

Mi mano sube desde su garganta y siento su pulgar en mi boca. Es algo inesperado, extraño y, de repente, me gusta. Lo muerdo ligeramente con los dientes, envolviéndolo con los labios. Se me acumula la saliva en la boca e intento tragarla, pero me cuesta hacerlo porque me está apretando el pulgar contra los dientes.

Parece vulgar, explícito y, en cierto modo, prohibido. Es vergonzoso. Prohibido. Y deseable… Un fuerte espasmo recorrió mi cuerpo hasta los dedos de los pies, haciéndome gritar y arquear la espalda.

Los dedos del hombre se deslizan fuera de mí y aprietan bruscamente mi carne excitada. Es doloroso y dulce al mismo tiempo, y evita que el brillante orgasmo se desvanezca demasiado rápido. Me deja en estado de shock sensual. No tenía ni idea de que mi cuerpo fuera capaz de tales sensaciones. Es como un cable desnudo.

Sí, así es exactamente como me siento ahora. Un toque y es como una descarga. Sus manos abandonaron mi cuerpo y es como si me quedara sin apoyo. Siento las piernas débiles y quiero desplomarme en el suelo, apretar los muslos y recuperar el aliento.

—Hunter —oí una voz perfectamente firme detrás de mí, como si no hubiera pasado nada.

Es un contraste tan marcado con lo que siento ahora que me siento desanimada. También me doy cuenta de que estoy sola aquí. Me quito la venda de los ojos y me convenzo. Está oscuro, tranquilo y desierto. Se ha ido. Se ha ido.

—Encantada de conocerte, Hunter —susurro en voz baja, acicallándome.

Necesito un minuto para recuperarme.

# 19. Mía



Pensé que no podría dormir por la noche, pensando sin cesar en lo que había pasado y royéndome por dentro, torturándome con remordimientos. Pero, para mi propia sorpresa, eso no ocurrió.

Después de recuperar el aliento, volví a entrar en el club. Las chicas estaban en la pista de baile y el amigo de Mason estaba sentado detrás de la barra. Hizo un movimiento, pero enseguida se dio cuenta de que no me interesaba su atención.

Llamé un taxi y llegué a casa. Me metí bajo las sábanas solo con las zapatillas puestas y me desmayé inmediatamente. Dormí toda la noche sin despertarme ni soñar, y por la mañana pensé que todo lo que había pasado la noche anterior era solo un sueño. Pero no lo era.

Y la tira de tela con la que el acosador me había vendado los ojos era la prueba de ello. Por la mañana la saqué del bolsillo de mi chaqueta de cuero.

Es un tacto extraño. Paso los dedos por la tela lisa de color rojo oscuro y, de algún modo, imagino vívidamente que sus dedos la tocan. Y luego a mí…

Creo que aún puedo oler el leve olor a chocolate negro. No solo del vendaje, sino también de mi chaqueta. La tela olía a eso cuando me estrechó contra él. Incluso mi pelo parece haberlo absorbido, mezclado con el olor del club. Voy a ducharme.

Me pregunto si, si me lavo a conciencia y su olor desaparece, también lo hará su imagen de mis pensamientos.

Pero parece que el agua solo puede limpiar mi cuerpo hoy. Hunter... Ese nombre no tiene nada de raro, si es que realmente le pertenece. Pero ahora mismo, parece muy apropiado para él.

Estúpido, supongo, porque no tengo ni idea de cómo es. ¡Y luego me hago a la idea de que un nombre es algo! Sobre todo para alguien que tiene alguna idea al respecto.

Cojo el teléfono, busco mi correspondencia con Mason y, olvidándome incluso de saludarle, tecleo rápidamente:

**Mía:** *Se llama Hunter.*

Las marcas del mensaje se vuelven verdes casi de inmediato y la respuesta llega un par de segundos después.

**Mason:** *Lo sé.*

Lo sabe, ¡genial! ¿No querías compartir tus descubrimientos conmigo?

**Mía:** *¿Por qué no me lo dijiste?*

**Mason:** *¿Y qué te aportaría saber su nombre, Mía?*

No sé qué decirle.

**Mason:** *Relájate y disfruta, chica. No puedes cambiar nada.*

Y una carita sonriente al final.

Guardo el teléfono. Estoy confusa. No, no estoy confusa, ¡estoy enfadada con Mason!

¿Qué clase de consejo es ese?

¡Le he pedido ayuda! Al diablo contigo, gilipollas. Ya me ocuparé yo de esto.

Estaba enfadada con Mason y con todo lo que me rodeaba, así que encendí el programa, me puse los auriculares y volví a meterme bajo las sábanas.

Pasé el resto del fin de semana así, saliendo solo para reponer la comida. Mamá no aprueba que me quede así, pero estaba cansada y quería dormir, así que prescindimos de las charlas y conferencias.

El lunes por la mañana hacía un tiempo agradable, con viento frío y lluvia prolongada. No quiero ir a la universidad, quiero quedarme en la cama. Pero tarde o temprano tengo que salir, así que me arrastro desde debajo de la manta con un esfuerzo inhumano.

Me ducho, me arrastro hasta la cocina, me como el desayuno, contenta de que mi madre ya se haya ido a la oficina, y llamo a un taxi para ir a la universidad.

Las chicas resultan ser tan aburridas como el tiempo. Incluso mi amiga Catherine no gorjea como de costumbre, sino que bosteza hoscosamente.

—Cuando volví a Los Ángeles, pensé que aquí el verano era eterno, no esto —murmura mientras salimos al porche de la universidad después de la última clase.

—Entonces deberías haberte instalado en las islas, donde siempre es verano.

Sonreí, pero de algún modo automático, sin muchas ganas de bromear, ni siquiera de hablar, para el caso.

—Cuando vivía en Nueva York el invierno pasado, me levanté una mañana y me congelé. Tenía que ir a la universidad y mis zapatos más calientes eran unas zapatillas para correr. Y la nieve es así —señala su espinilla con la palma de la mano—. —Quizá un poco menos. Y empezó la búsqueda de dónde comprar botas inmediatamente. Después de eso, decidí que Nueva York no es mi ciudad.

De hablar del tiempo, paramos un taxi y conducimos juntos hasta el cruce con la calle 66, donde nos despedimos. Cat abre el paraguas y corre a la parada del autobús, mientras yo me voy a casa. Cat es una chica genial, tiene proyectos de música social y es muy solicitada.

El pesado cielo oscuro hace que parezca que está a punto de oscurecer. Está oscuro y viscoso. Estoy cansada y vuelvo a soñar con meterme bajo las sábanas lo antes posible. Después de tomar un tentempié, subo a mi habitación.

La habitación está fresca, y eso es porque la ventana está abierta. El viento agita la cortina, lo que parece una película de suspense de segunda categoría.

Paso y cierro de golpe la ventana, ajusto la cortina y me quedo inmóvil cuando, de repente, oigo una voz suave detrás de mí:

—Tu familia debería despedir a los guardias. No hace bien su trabajo.

Me doy la vuelta bruscamente y siento que el corazón se me sale del pecho. El acosador está sentado en mi escritorio, en la esquina más alejada de la habitación. Lleva ropa oscura, la parte inferior de la cara oculta por un pañuelo de tela oscura, los ojos oscurecidos por la sombra de la capucha.

—¿Qué haces aquí? —pregunté para romper el silencio.

—¿Qué te parece?

Sonrió y me di cuenta de que era la primera vez que le oía reír.

Y es agradable. Es una especie de murmullo profundo. De repente, me alejo. Deja de ser una estatua de sal, Mía. Estás en tu propia casa, así que compórtate como una anfitriona.

—Enséñame la cara —dije con firmeza, cruzando los brazos sobre el pecho. —¿Qué sentido tiene esconderse?

Di un paso valiente hacia él, pero me di cuenta de que me había precipitado cuando se levantó de la mesa. Apenas pude evitar tropezarme hacia atrás.

—Ya te he dado mi nombre, Mía —me rodea lentamente y yo me doy la vuelta sin dejarle entrar por detrás—. Es suficiente por ahora.

Pero Hunter no tiene intención de acercarse por detrás. Camina tranquilo y relajadamente hacia la puerta y gira la cerradura, encerrándonos desde dentro.

En mi interior, resuena una extraña sensación, una aguda mezcla de miedo y anticipación.

Trago saliva cuando da unos pasos hacia mí, acercándose. Pienso en quitarle la máscara o la capucha, pero me quedo paralizada. Vuelvo a estar frente a él, respirando el aroma a chocolate negro que me resulta familiar e incluso necesario, y no puedo moverme.

Es como una araña que me ha enredado en su tela y me ha inyectado veneno. Mi corazón late rápido y fuerte, mareándome.

Cierro los dedos en puños para evitar que tiemblen mientras el acosador saca una venda familiar de su bolsillo y se la pasa por la palma de la mano. La había encontrado en mi escritorio, donde la había dejado esa misma mañana.

—¿Continuamos? —pregunta, pero no espera respuesta.

No la necesita, porque obedientemente cierro los ojos, dejando que la tela oscura me robe la capacidad de volver a ver.

# 20. Mía



Con los ojos vendados, permanece detrás de mí. Sus manos están lejos de mí, sin tocarme, pero aún puedo sentir su presencia. Me paralizo de anticipación, de deseo y de miedo.

—Quítate la blusa —me ordenó con suavidad, y aquel sonido me hizo estremecer.

Tragué saliva, levanté las manos y desabroché lentamente los botones con dedos obstinados.

No puedo ir más rápido, porque tengo los dedos agarrotados. Cuando termino con el último, me quedo inmóvil, dejando que el acosador dirija el baile.

—Bien por ti —me elogia con voz satisfecha y, suavemente, sin apenas tocarme, me quita la blusa de los hombros.

No siento frío, pero tengo la piel de gallina. Quiero rodearme con los brazos, pero no me atrevo. Sin duda es la araña que me ha paralizado; no hay duda. Exhalo bruscamente, cuando Hunter me recorre la espalda con el dorso de las dos manos.

En cierto modo, me sorprende agradablemente que estén calientes en él. La esperaba un poco más tarde, así que me sorprende un poco cuando engancha el cierre de mi sujetador y lo desabrocha. El sujetador cae a mis pies y ahora definitivamente me siento completamente desprotegida.

El aire frío de la habitación hace que mis pezones se aprieten casi hasta el punto de dolerme. O quizá no sea el frescor en absoluto…

Hunter rodea mis pechos con las palmas, los toca suavemente, los levanta un poco y acerca la nariz al cuello.

Fue increíblemente excitante y estimulante. Me hizo respirar más hondo. Y entonces dejé escapar un gemido bajo cuando trazó su dedo alrededor del pezón derecho, lo apartó con dos dedos, lo hizo rodar suavemente y empezó con el otro.

Le agarré las muñecas y apreté, sin saber si intentaba detenerle o le pedía que continuara. Sentí que el estómago se me hacía pesado cuando el acosador me pasó los labios calientes por el hombro y su lengua húmeda y afilada trazó un camino por mi cuello.

—¿Te has tocado después de mí, Mía? —me susurró al oído, acariciándome los muslos por debajo de los pantalones y presionando ligeramente las nalgas con los pulgares.

—No...

Mi voz suena extraña, como si la oyera desde muy lejos. Es un poco ronca, con notas que no había notado antes.

—Bien por ti. Guárdamelo —me muerde el lóbulo de la oreja—. Pero querías hacerlo, ¿verdad? Reconócelo.

—Quería.

No sé cómo lo hice. Y lo más importante, ¿por qué?

Mi confesión sería el silencio. Él lo entendería. De repente, me doy cuenta de que no quiero aceptar pasivamente sus caricias. Yo también quiero saborearlo. Me doy la vuelta y empujo las manos hacia delante con determinación.

Quiero quitarme la venda de los ojos y mirar a Hunter a la cara, pero no me deja. O al menos no tocarlo. Encuentro su cara y deslizo los dedos suavemente por sus pómulos, tirando de la máscara hacia abajo. El acosador se queda inmóvil, pero no me quita las manos de encima.

Le toco las mejillas, los labios y la ligera barba incipiente de la barbilla, y le oigo tragar. Y entonces, con valentía, me pongo de puntillas, me inclino hacia delante y rozo mis labios con los suyos.

Debió de ser una sorpresa para él, porque durante los primeros segundos no me contestó. Pero entonces, como si se sintiera impulsado a la acción, me rodea la cintura con el brazo y me acerca a él, hunde los dedos en mi pelo, agarrándome la nuca, y toma la iniciativa en el beso, haciéndome caer en sus brazos.

Y dentro del beso, y dentro del acosador… En algún lugar muy profundo, aún palpitaba el pensamiento de que estaba haciendo una locura, pero lo acallé, cerrando y soltando la última de mis dudas.

Hunter me coge por las caderas y me lleva a la cama, sin dejar de besarme.

Me baja suavemente sobre la cama; se cierne sobre mí. Puedo oler su aroma, sentir el calor de su cuerpo y la suavidad de su piel desnuda bajo mis dedos. Deseo locamente verlo, pero como ya he decidido, dejo que él dirija y él decidirá cuándo sería.

Vuelve a acariciarme los pechos, ahora con la boca.

Tira de un pezón y luego del otro con los labios, lamiendo, burlándose de ellos con la lengua, excitándolos, mordiéndolos suavemente con los dientes.

Hunter me baja los pantalones y los calzoncillos, y me quedo sin aliento, con el pecho oprimido al darme cuenta de que estoy completamente desnuda delante de él. Lo único que me salva es que tengo los ojos cerrados, como si quisiera esconderme, apartarme.

Sus manos empiezan a acariciarme y yo me muerdo los labios y relajo los muslos, dejándome acariciar.

Estoy húmeda y cachonda, y sus dedos vuelven a deslizarse fácilmente dentro de mí. Noto su erección en el muslo y es excitante y aterrador al mismo tiempo.

Será mi primero. Es el único. Sigo sintiendo que ya ha pasado, y que no es nuestra primera vez hasta ese punto de relaciones.

¿Por qué tiembla todo mi interior de una excitación increíble?

—Más ancho, Mía —me ordena en voz baja, amontonándose encima de mí y empujándome ligeramente la rodilla derecha hacia arriba.

Me inclino hacia atrás y separo más los muslos, jadeando bajo él por la sensación y la emoción. La persistente anticipación y el miedo natural femenino a la intrusión de un hombre.

—Llevo dos años esperando a que seas mía; Mía es mía, es mi grillo —susurra en mi cuello, mordiéndome suavemente la piel—. Espero que te des cuenta de lo inevitable que era.

Y entonces siento una presión. Extraña, desconocida, bastante incómoda. Intento mover las rodillas por inercia, pero por supuesto no ocurre nada.

—Ten paciencia conmigo.

Los labios suaves se deslizaron por mi mejilla y rozaron los míos labios.

Me estoy acostumbrando a esta extraña sensación, pero lo quiero dentro de mí. Supongo que nota que se me está pasando la tensión y entonces hace un movimiento brusco que me obliga a apretarme. Y un grito suave salió de mi boca. Su lengua se desliza en mi boca y me relajo, saboreándolo.

Hunter empieza a moverse lentamente. Al principio, empuja dentro de mí suavemente, pero luego los movimientos se vuelven más bruscos y profundos.

En algún lugar lejano, surge el pensamiento fantasmal de que mi madre podría estar a punto de llegar y me muerdo la palma de la mano para contener los gemidos que estallan con cada movimiento del hombre. Es como si una llama se propagara en mi interior.

Se arrastró lentamente por mis venas, apoderándose de todo mi cuerpo. Me arqueé, echando la cabeza hacia atrás, con las manos agarrando sus fuertes hombros, clavando las uñas en ellos.

Estaba increíblemente excitada, tratando de empujar mis caderas hacia él.

Al principio no parece ir bien, pero Hunter me ayuda a coger el ritmo. Y entonces, cuando sus movimientos se vuelven aún más bruscos y rápidos para que me adapte, me quedo inmóvil y dejo que me folle como él quiere. Me entrego a mi loco acosador sin vergüenza ni miedo.

No pienso, no analizo. No me resisto a él ni quiero hacerlo. Sigo el consejo que me dio Mason. Y antes de desplomarme en un orgasmo que me abrasa el cuerpo y el alma, recuerdo las líneas de su nota:

***Arderás en mis brazos. Amor y lujuria, tu admirador.***

Ya. Es pura locura. Pero me siento fantástico.

# 21. Hunter



La primera vez que conocí a Mía, me di cuenta inmediatamente de que era una chica especial. No solo era guapa: su energía, su risa, sus movimientos me atraían como un imán. La observaba, la tocaba con mis ojos; en mi cabeza yo acariciaba todo su cuerpo.

La verdadera atracción está desde el primer encuentro.

Cuando la ayudé a levantarse, su piel era tan suave y aquel roce fugaz despertó en mí sentimientos desconocidos… Era tan tierna. Quería protegerla. Sus dedos rodearon los míos y sentí que el calor me penetraba hasta el corazón. En ese momento supe que la deseaba.

Aquella noche, cuando estábamos juntos en el baño del club, sentí cada una de sus respiraciones, cada suspiro. Estaba tan cerca; su cuerpo me atraía. Quería hacerlo. Pero yo me paré.

Cada caricia, cada beso, era como una explosión de emociones que ya no podía controlar. Su olor, su voz, todo se convirtió en una droga que no podía rechazar.

Siempre vienen a la memoria los recuerdos de aquella noche en el club, hace dos años.

Esa noche Mía estaba borracha y drogada; sus movimientos eran erráticos, pero incluso entonces era irresistible. Recuerdo sus labios acercándose a los míos, nuestro aliento mezclándose. Estuvimos a punto de hacer sexo, pero la detuve.

Quería que recordara ese momento, que lo hiciera especial. No podía permitirme aprovecharme de su estado. Quería que me recordara.

Después de todo este tiempo, Mía se ha convertido en algo más que una atracción para mí. Su imagen me persigue en cada sueño, su voz en mi cabeza a cada minuto. Puedo sentirla incluso cuando no está cerca. No es solo un deseo, es una necesidad que no puedo saciar.

Cada vez que cierro los ojos, la veo. La veo sonriendo, mirándome con sus grandes ojos. Los recuerdos de su tacto, de su cuerpo moviéndose junto al mío, hacen que mi corazón lata más deprisa.

Y ahora cuando por fin nos fundimos, sentí que ella llenaba el vacío que había en mi interior. Este momento es algo especial en mi vida.

Ella es mi obsesión, mi droga más fuerte.

# 22. Mía



Parece como si el tiempo se hubiera detenido. Congelado, como una imagen fija arrancada de un vídeo. Se detuvo en un espasmo de músculos y un vacío de sensaciones.

—Respira, Mía —me recuerda una voz suave y ronca, y unos labios suaves tocan primero mis labios, luego rodean suavemente mi barbilla y vuelven a mis labios.

Estoy respirando. Ahora mismo no puedo hacer nada más. Estoy esperando a que la ola de arrepentimiento y vergüenza se desborde, inunde y se lleve esta dicha para no apresurarme a moverme y dejarla marchar.

—¿Vas a desaparecer ahora? —pregunté en voz baja, sintiendo cómo se deslizaba fuera de mi cuerpo.

—¿Te gustaría despertarte por la mañana y desayunar juntos: yo, tú y tu madre?

Habla riendo y, por segunda vez, me di cuenta de que me gusta mucho su voz real, cuando no está amortiguada artificialmente.

Y me gusta reír, aunque solo sea un momento.

—Eso sería bastante raro —respondí con tono burlón. —Sobre todo si aún llevas la máscara y yo tengo los ojos vendados.

Todavía se cierne sobre mí. Puedo sentirle, sentirle. Alargo la mano hacia la venda, pero Hunter intercepta mi mano, me aprieta la muñeca, y entonces siento el roce de sus labios en mis dedos.

Aún no me he enfriado tras el tsunami de sensaciones. Mi cuerpo, mi piel, son demasiado sensibles, y este contacto es como una descarga eléctrica que me hace estremecer y me entrecorta la respiración.

—No hay prisa, Mía.

—Quiero ver tu cara.

—Ya lo has visto.

—¡Pero no me acuerdo!

—Lo recordarás —dice con seguridad y firmeza, cortando toda discusión. —Ahora levanta las manos, agarra el respaldo de la cama por encima de la cabeza con las palmas y cuenta lentamente hasta diez.

Es inútil preguntar por qué tengo que hacer esto. Ya he aceptado las reglas de su juego, sobre todo porque yo la misma juego con el placer. Así que sigo las instrucciones y cuento. Un momento después, siento frío y me doy cuenta de que Hunter ya no está allí.

—Cuatro...

¿Tiene sentido seguir contando? Probablemente ya ni siquiera esté en la habitación.

—Sigue contando, Mía —suena de repente junto a mi oído y me estremezco.

¿Cómo consigue ser tan silencioso, tan intangible?

Cuando una persona está en la habitación, de un modo u otro, siempre puedes sentirla u oírla. Y yo tengo buen oído. Pero a este tipo es difícil oírle.

—¿O qué? —De repente me atrevo a provocar.

En realidad, ¿quién va a detenerme?

Sorprendentemente, aún le tengo miedo. Incluso después de todo lo que acaba de pasar entre nosotros. No sé qué piensa, ni por qué está jugando a este juego. No sé de qué es capaz, pero por la reacción de Mason supongo que es capaz de mucho.

Todo esto con él es como caminar sobre una navaja. Y tengo mucho miedo. Es como si me absorbiera un lodazal. Estoy cayendo sin resistirme, hundiéndome suavemente pero de forma inevitable en las arenas movedizas. Creo que ya estoy dentro. Con la cabeza.

—¿Ahora me provocas? —dice de nuevo con una ligera risita, mezclada con sorpresa.

No digo nada en respuesta. Mis labios se secan por la excitación y me los chupo, sin darme cuenta inmediatamente de lo que parece. Sobre todo en respuesta a su pregunta.

—Quiero verte. Deja que te quite la venda —volví a decir.

Tenía muchas ganas de verle, tanto que me parecía vital.

—No, Mía, ahora no.

—¿Por qué?

—Porque lo necesitas, estar con los ojos cerrados. —Pasó la punta de la lengua por el contorno de mi barbilla—. Estás atrapada en la rutina. Necesitas agudizar tus sentidos.

—¡Oh, cuánto más nítida!

—Suena, toca suavemente con sus labios el lóbulo de mi oreja, provocándome un extraño cosquilleo… Huele… ¿Puedes oler nuestra excitación, Mía?

Pero no podía averiguar qué era lo que captaba mi sentido del olfato. No parecía un olor cualquiera, sino algo evasivo. He oído que el sexo tiene un olor. Me pregunto si será eso.

—Tocar…

Cada una de sus palabras está respaldada por una acción que hace que todo mi interior se estremezca de necesidad.

Necesitándole. Me arqueo de nuevo en cuanto su boca cubre mi pezón. La llama que acababa de apagarse vuelve a encenderse.

Nadie me ha atado las manos, pero sigo teniéndolas extendidas hacia arriba, aferradas al cabecero, abriéndome a los besos húmedos que viajan cada vez más abajo, hasta la piel sensible de mi vientre.

Creo que estoy tan cachonda que no puedo estar más caliente. Pero me lo estoy imaginando, porque cuando Hunter empieza a acariciar mi sensible carne con la boca, un extraño cosquilleo se extiende por mi cuerpo.

Me paralizo, esperando otro orgasmo alucinante e imparable, ansiosa y dispuesta a suplicar, pero el acusador me tumba boca abajo, tira ligeramente de mis caderas hacia arriba y me empala.

Apoyo la frente contra la cama, me relajo, me dejo llevar y le permito que me coja. Y me coge más fuerte que unos minutos antes. Y eso también me gusta. Y cuando me ciega por segunda vez, caigo en un extraño estado de agotamiento o de dicha tras el fogonazo.

—Cuenta hasta las diez, mía Mía —oigo la orden como a través de una columna de agua, mientras me cubren hasta los hombros con una manta.

Pero no puedo ni contar hasta tres porque me quedo dormida.

# 23. Mía



Me despierto a última hora de la tarde. Mi cuerpo se siente pesado y cansado, pero también, de algún modo, lleno. Ahora no siento ese agujero succionador dentro de mí. Está en silencio, no respira su frío sepulcral. Y no le tengo miedo.

Por primera vez en mucho tiempo, no tengo miedo de esa aterradora sensación de vacío crudo que surge en mí de vez en cuando sin motivo. Me siento plena.

Quizá el acosador tenga razón.

Eso es exactamente lo que necesito, una sacudida, una sensación máxima. Tras la venda no se oculta de mí, sino que me empuja a salir de la anabiosis. Y debo decir que lo está consiguiendo.

Los pensamientos y los sentimientos se agitan en mi interior, burbujean, se hinchan y se expanden. Los colores vuelven a mi vida. Es como si estuviera siguiendo este proceso en tiempo real, observando, y parece que incluso puedo tocarlo.

—Hoy estás sonriente —comenta mi madre durante una cena tardía a la que decido unirme. —¿Va todo bien?

—¿Sonríes cuando va mal?

—Lo eres. Pero de otra manera.

Me encojo de hombros y bajo los ojos a mi plato bajo el escrutinio de mi madre. Apenas puedo contener la risa al recordar la sugerencia de Hunter de que desayunáramos los tres juntos.

Aquello podría haber sido muy divertido. O no tan divertido, o no tan divertido en absoluto.

Terminamos de cenar y nos decimos las buenas noches. No recuerdo ningún momento en el que nos hayamos ido a la cama tan tranquilos. Yo también me levanto por la mañana de buen humor. Los músculos de mi interior tiran, pero también es excitante porque me lo recuerda.

Ahora esa extraña sensación de arrastrarme desde la garganta hasta el estómago, la sensación que me venía cada vez que pensaba en mi acosador, está cambiando un poco. Se transforma de solo miedo a miedo mezclado con excitación. Un cóctel salvaje pero sabroso.

Mis clases en la universidad también van sobre ruedas. Decidí ir directamente al ensayo en el estudio Sunny para no dar un rodeo hasta casa. Salgo del taxi que ha parado detrás del edificio del estudio. He decidido no dar la vuelta, porque desde el otro lado nos habríamos metido en un atasco, y camino junto a la pared. De repente, oigo un ruido agudo de frenos detrás de mí.

No tengo tiempo de darme la vuelta, porque un segundo después me tiran una bolsa oscura por la cabeza. Me agarran y me arrastran al interior del coche. Al principio, mi corazón empieza a latir frenéticamente asustado, pero inmediatamente quiero enfadarme por haberme asustado tanto. Lo extremo es excitante, pero no quiero que me dé un infarto.

Sin embargo, al cabo de unos segundos, cuando el coche arranca y recibo un doloroso pinchazo en el costado, que me hace exhalar bruscamente y gemir, me doy cuenta de que algo va mal. Hay dos hombres sentados a mi lado.

Hunter es un solitario. Y, en realidad, no me haría daño. No creo que lo hiciera. Y no huele a chocolate. Lo que significa que no es Hunter, no es él. Creo que me he metido en un buen lío. El pánico se levanta.

# 24. Mía



¡Vamos!

Me sacaron del coche sin miramientos y me empujaron bruscamente hacia atrás.

Muevo los pies, pero se me enredan y tropiezo y caigo, golpeándome dolorosamente las rodillas y las palmas de las manos contra la grava.

Estoy asustada y completamente desorientada, así que no es de extrañar que mis piernas no aguanten. Condujimos durante unos treinta minutos y luego me quedé encerrada en el coche. No sé cuánto tiempo estuve allí sentada. Quizá una hora, quizá más.

Me quitaron el teléfono, así que es difícil saberlo. Solo puedo hacer una estimación, dado que el sol ya casi se había puesto.

—Levántate, ¡vamos!

Tiró bruscamente de mi brazo, apretándolo dolorosamente por encima del codo.

El moratón se queda, pero, desde luego, no es mi mayor problema. Supongo que mi captor se da cuenta de que mis propias piernas ya no me sostienen bien, así que me coge del brazo y me lleva hacia delante, empujándome delante de él.

Creo que estamos entrando en un edificio, a juzgar por el hecho de que el suelo se vuelve plano bajo mis pies después de las pequeñas piedras.

El olor también ha cambiado, del aire fresco a un olor ligeramente dulzón que recuerda a la madera húmeda o al serrín.

—Aquí está —me empujan hacia delante, pero consigo mantenerme en pie.

Y entonces me sacan la bolsa. Tengo que parpadear para que mis ojos se adapten a la luz después de la bolsa oscura y sin luz. Por último, tengo que respirar hondo, porque me cuesta un poco respirar abajo de la tela.

Estoy de pie en medio del gran salón de una casa con paneles de madera. Es como una casa pequeña. Hay un hombre de unos cincuenta años sentado en un sofá de cuero negro frente a mí, y me resulta vagamente familiar. No lo recuerdo, pero estoy segura de haberlo visto en alguna parte.

Hay otros hombres grandes con trajes negros a un lado y detrás de mí, que deben de ser los guardias de seguridad. Me mira sin mucho interés y luego suspira, como si yo hubiera pedido estar aquí para molestarle.

Tengo miedo de hablar primera, así que la miro fijamente en silencio, esperando a que me explique por qué me secuestraron a plena luz del día y me arrastraron hasta aquí.

—¿Eres Mía Brown? —pregunta haciendo una mueca.

—La soy —respondí con voz coja.

No pude decir más, porque me daba miedo.

—Tu madre y yo tenemos algunos asuntos pendientes en los que no nos ponemos de acuerdo. Si Linda coopera, recuperará a su hija; si no, lo recuperará, pero por partes.

Siento que la barbilla me empieza a temblar y que me ha salido piel de gallina. Se me acumula un sudor frío y pegajoso en las palmas de las manos y siento el cuerpo tan tenso que no puedo ni moverme.

Ante mis ojos pasa la horrible imagen de cómo me cortan los dedos y los meten en una caja para regalárselos a mi madre.

—Tu trabajo no causa problemas. Entonces quizá vivas para reunirte con tu madre. ¿Entendido?

Asentí espasmódicamente y continué allí de pie como un arma clavada. Siento el estómago lleno de piedras y tengo ganas de mear. Tengo miedo. Tengo mucho miedo. El hombre se dirige a sus hombres, continuando su conversación con ellos. Uno de ellos es claramente un cerrador.

—Graba un vídeo y envíaselo a Linda. Cuando te llame, contacta conmigo.

—¿Y la chica? —pregunta el otro. —¿Se la doy a tu cachorro para que la cuide?

Paso la mirada de uno a otro, sintiendo cómo la sangre latía frenéticamente en mis sienes.

—Dálale. Solo dime que no haga ninguna estupidez. Aún tenemos que guardarla a salvo. Probablemente.

La última frase va dirigida a mí, al igual que la mirada aguda y fulminante.

—Ven aquí —me agarra dolorosamente del pelo y me tira de mí hacia él, obligándome a levantar más la cabeza, antes de cambiar el teléfono a la cámara frontal y hacer una foto.

Pobre mamá. Da miedo imaginar lo que le pasará cuando vea esos selfies de pesadilla.

—Ahora vete —me empujaron de nuevo, solo que en dirección a las escaleras del primer piso. —Te espera un bonito baron.

Obviamente, lo “bonito” debe ir entre comillas. El tono del hombretón lo deja claro como la luz del día. Subo al primer piso con mi acompañante, dándome un puñetazo en la espalda. El hombre golpea un par de veces con el puño una de las puertas, luego la empuja y me arrastra al interior.

Un tipo alto, vestido solo con pantalones y con una toalla echada sobre el brazo, acaba de salir del baño cuando mi acompañante me arroja literalmente a sus brazos.

—Toma, Hudson, esto es para ti. Un regalo de tu padre. ¡Pero es solo temporal! Puedes jugar con ella, pero no la mates.

El tipo me coge con una mano envuelta en la toalla justo por debajo de la garganta y me tira contra él. Siento otra oleada de miedo. No parece simpático ni amable. Por la forma en que lo tratan su padre y este otro hombre, el tipo parece una especie de bicho raro.

Quizá sea un chiflado o un psicópata. O simplemente un bastardo despiadado que cree que puede hacer cualquier cosa. Asiente en silencio a mi acompañante y se marcha, dejándome a solas con ese tipo.

De repente, me agarra el brazo, me desenvuelve por él, antes de agarrarme los pómulos con los dedos e inclinarse hacia mí, entrecerrando los ojos. Apenas respiro y le devuelvo la mirada.

Pelo oscuro despeinado, ahora mojado, tras probablemente una ducha. Los contornos de su pecho y sus brazos son musculosos. Probablemente también en el vientre, pero no miro hacia allí.

Una mirada aguda, de ojos oscuros, casi negros. Incluso podría decirse que es hermosa, si no fuera por el hielo y una especie de pesadez apremiante y aterradora que desprende su mirada. Y luego estaba la gran cicatriz que tenía en la mejilla derecha, como una marca de fuego, aferrada a parte del pómulo y de la sien hasta el ojo…

—Siéntate —dice bruscamente y me empuja hacia la cama.

Me tambaleo hacia atrás, me tumbo en el suelo junto a la cama y subo las piernas debajo de mí. Los escalofríos se intensifican y quiero echarme a llorar. Quiero decirle a Hudson que no me toque, que me deje en paz, pero no puedo emitir sonido alguno: estoy muy asustada. Se me hiela el pecho cuando veo que el tipo saca de la estantería que hay sobre el escritorio del ordenador…

¡Es una pistola! Con una rápida manipulación, salta algo, se estremece y se mete la pistola en el bolsillo. Y cómo anhelo experimentar un tipo diferente de miedo. Otro tipo de tacto. También sería aterrador, como otro.

No puedo imaginar lo que me pasaría si este loco decidiera jugar conmigo por consejo de su padre y de su compañero. Y no sería una partida de cartas o una pelea en una consola.

—Primero tengo que comer y luego te lo haré a ti —me espetó—. Quédate aquí. Si te mueves, te despellejare de tres maneras hasta el domingo.

Y le creo. Me creo cada palabra. Así que cuando sale y cierra la puerta, ni siquiera intento huir o buscar algo para protegerme. Simplemente agacho la cabeza y dejo que me caigan las lágrimas.

Tras unos cinco minutos llorando, me levanto. Tengo una sed insoportable. No he comido desde esta mañana, lo que me ha causado retortijones y ardor de estómago. Así que, al menos, tomaré un poco de agua. No creo que Hudson tenga a bien traerme algo de comer.

Me asomo cautelosamente detrás de la puerta por la que había entrado cuando me trajeron. El cuarto de baño. Es pequeño, con una ducha, un lavabo, un retrete y un armario alto y estrecho con una puerta transparente.

—¡Hudson, te lo advertí! —Oigo una voz fuerte al final del pasillo.

No oigo lo que el chico le dice a su padre. Empiezo a temblar de miedo otra vez.

Decido volver rápidamente a la habitación, para no enfadarle, pero tropiezo de repente con algo oscuro y exalo asustada.

—Calla, grillo —una palma enguantada de negro me tapa la boca—. Voy a sacarte de aquí.

# 25. Mía



Fuera está casi oscuro y la única luz de la habitación procede del monitor del portátil que hay sobre el escritorio. Hunter lleva máscara y capucha como antes, pero eso no me importa mucho ahora. Es él; eso es lo único que importa.

—Vamos —dice casi en un susurro, cogiéndome de la mano y tirando de mí hacia la ventana.

Vi de lo que era capaz cuando saltó desde el balcón de mi primer piso. Me lo imagino entrando en mis camerinos, en mi habitación. Y por eso me revuelve el estómago tener que hacer lo mismo con él.

—¿Vamos a saltar? —le susurré.

—No hay otra salida. Yo te ayudaré.

En realidad, no hay ningún sitio adonde ir. Hunter abre la ventana con cuidado, pero se oyen pasos no muy lejos de la puerta. Probablemente el tipo volvía. Me estremecí y me agarré a la chaqueta de mi acosador.

—Tiene una pistola, Hunter —susurró temerosa.

Asiente como respuesta y, abriendo la ventana, salta al alféizar con tanta facilidad como si la gravedad no actuara sobre él como sobre todas las demás personas. Se sienta, me levanta y me tira de mí hacia él.

—Cierra los ojos, Mía, y levanta las rodillas —me ordenó al oído, tomándome por el torso—. —Intenta relajarte para que el aterrizaje sea suave.

—Aterriza...

Después de decir eso, miro involuntariamente hacia abajo. Aunque está oscuro, me doy cuenta de que estamos en lo alto. Parece que es el primer piso de la casa, pero también parecen altos los cimientos. La cabeza me empieza a dar vueltas y suspiro convulsivamente. Oigo cómo se cierra

la puerta de la habitación que hay detrás de mí y Hunter me aprieta más contra su costado con el brazo izquierdo.

Y entonces, el momento se extiende a través de mi percepción del tiempo durante un tiempo anormalmente largo. Sentí cómo su cuerpo se tensaba, se tensaba como un resorte, y entonces apreté los dientes. Un instante después percibí la extraña y enfermiza sensación de la ingravidez y el vuelo.

Termina rápidamente. El ruido sordo de sus suelas al golpear el suelo me frena una fracción de segundo. Cae sobre su rodilla, tirando de mí hacia su lado, y amortigua mi aterrizaje.

Pero no me deja recuperar el aliento ni volver en mí; me empuja y, agarrándome con fuerza la palma de la mano, se aleja corriendo.

Nunca he tenido que correr tan deprisa. Es como si no sintiera el suelo debajo de mí.

—No te pares y salta cuando te lo diga —me lanza a la carrera.

Supongo que si me hubieran dicho que hiciera esto en una situación diferente, nunca lo habría hecho. Simplemente porque no es realista.

Saltar de una fuga a una alta valla de ladrillos es una locura total. Pero cuando te persiguen guardias armados y un psicópata con una pistola, y un tipo completamente intrépido y loco, cuya cara ni siquiera has visto, pero que es tu única esperanza, te ofrece saltar, harás incluso cosas absolutamente locas.

No sé cómo lo hace Hunter, pero antes de que yo golpeara la valla, él empujaba con el pie el soporte de la valla y volaba hacia arriba, agarrando el borde con la mano y levantándome en vuelo para que yo pudiera cogerme con la mano libre.

Me dolía, se me rompían las uñas y la piel de los dedos se raspaba contra las rocas, pero aguanté. En ese momento, Hunter tenía los pies en el borde de la valla y me tiraba hacia arriba. Y en unos segundos saltamos al otro lado.

—Estás loco —grité, jadeando—. ¿Acaso eres humano?

—Solo es parkour, Mía —me vuelve a agarrar del brazo y me arrastra más lejos, de nuevo sin darme un segundo de tiempo.

—No es nada sobrenatural.

Sí, claro. Solo es la capacidad de saltar muros y llegar donde no se puede. Corremos por un callejón entre grandes casas particulares. Me arden los pulmones y el corazón se me acelera, pero una mano fuerte me sujeta con fuerza la muñeca, impidiendo que me quede atrás o tropiece. Ya no tengo los ojos vendados, pero sigo dejándome llevar por él, cediéndole todo el control.

Estábamos a punto de llegar a la esquina de un edificio alto que parecía un almacén o algún tipo de estructura técnica cuando sonó un disparo detrás de nosotros. Hunter se tambaleó hacia atrás y luego cayó sobre una rodilla, agarrándose el costado con las manos. Reduje la velocidad mientras él caía de rodillas, y se agarró el costado con las manos.

—¡Corre, Mía!

—¡Dios mío! —grité y corrí hacia él.

—¡Corre, he dicho! ¡Todo recto!

Empieza a toser y a gemir, y creo perder el contacto con la realidad cuando veo que sus dedos se vuelven escarlata por la sangre. Se oye cerca el sonido agudo de neumáticos frenando y más disparos por detrás. Hunter se levanta y me empuja.

—¡Vamos, Mía! ¡Al coche! ¡Ya!

Estaba en una especie de estupor, pero obedecí su orden y corrí hacia el coche, que giró bruscamente hacia mí con la puerta del pasajero abierta. Me subo al coche y el conductor pisa el acelerador.

—¡Cierra las puertas!

Lo hago y luego me giro para ver quién conduce. Resulta ser Mason.

—Mason, ¡vuelve por él! —Le agarro del codo cuando veo que pisa el pedal, girando la rueda en la otra dirección—. ¡Está herido! ¡Van a matarle!

—Se sobrevivirá.

El coche coge velocidad y yo tiemblo las lágrimas empiezan a brotar.

—Le dejamos. ¡Vuelve, Mason!

—Mía, cálmate —me aparta los dedos enroscados de la chaqueta.

—Saldrá por sí mismo. Confía en mí y en él.

—¡Mason!

—¡Silencio!

Mason me calla con un grito, sacándome la histeria, pero yo sigo palpitando. Me cubro la cara con las manos mientras él acelera por la carretera, incapaz de contener las emociones y las lágrimas.

Cuando llegamos a mi casa, me siento completamente desolada. No sé quién se esconde bajo esa capucha oscura, pero sé con certeza que no quiero que le ocurra nada malo.

Es difícil describir lo que siento por él. Ahora mismo, estoy muy preocupada por su vida.

—Me avisarás si averiguas algo, ¿verdad, Mason?

Miro a Mason a los ojos.

Asiente con la cabeza y abre las puertas del coche. Salgo y camino hacia la casa. Siento las piernas débiles, como si me fueran a fallar, y el cuerpo me tiembla, como si estuviera en camiseta y a la intemperie, a pesar de que el ambiente es tranquilo y bastante cálido.

Todas las ventanas de la casa están iluminadas y hay un guardia delante de la puerta. Me deja entrar, diciendo algo por su walkie-talkie.

Entro y me quedo paralizada en el umbral del salón. Hay dos guardias más y mi madre en la habitación. Mi madre no parece ella misma: su rostro está demacrado y los botones superiores de su blusa están descuidadamente desabrochados.

Hay fragmentos de un jarrón roto en el suelo, cerca de la pared. Se ha quedado paralizada al verme y no he podido resistirme a lanzarme a su cuello. Me abraza con fuerza, con la nariz en mi pelo.

—¿Todo bien, hija?

—Estoy bien, mamá. Me ayudaron a escapar —respondí con la voz ronca por las nuevas lágrimas.

—Los mataré a todos —me apartó la madre y me cogió la cara mojada de lágrimas entre las palmas de al lado suyo, Mía. A pedazos. Que se ahoguen en sus propias tripas.

Miro a mi madre y me doy cuenta de que no está bromeando. Es la primera vez que la veo desenfrenada delante de extraños. Es la primera vez que la oigo decir cosas tan horribles.

También me doy cuenta de que tengo miedo porque mi propia madre es capaz del mismo horror que las personas que me secuestraron.

# 26.Mía.



Mamá deja marchar a los guardias, o mejor dicho, los aparta de la puerta, y envía a uno de ellos a montar guardia en el pasillo, fuera de mi habitación.

Me tomo el té y me preparo un bocadillo. No me apetece comer, pero tengo hambre desde esta mañana, así que me obligo, consciente de que si no lo hago, mi cuerpo no tendrá energía suficiente para soportar el estrés.

Después de abrazar a mi madre, subí a mi habitación. Sigo mirando la pantalla del teléfono, esperando un mensaje de Hunter, o al menos de Mason. Incluso me llevo el teléfono a la ducha. Pero permanece obstinadamente en silencio.

Después de ducharme, me envolví en una bata de rizo, me subí la capucha y me desplomé sobre la cama deshecha. Me puse de rodillas y me rodeé con los brazos para intentar relajarme y calmar los escalofríos nerviosos. No pude relajarme del todo, pero caí en un sueño pesado.

Me desperté en mitad de la noche de una sacudida, en la misma posición. Tengo el cuerpo rígido; me duelen los músculos con un desagradable dolor de tirón. Pero mi cerebro pita de inmediato y cojo el móvil: ¡un mensaje de Mason!

¿Cómo no lo he oído?

En mi sueño, tenía el teléfono en la mano, justo al lado de la cabeza. Con dedos temblorosos, desbloqueo la pantalla y abro el mensaje.

Su respiración se acelera ligeramente, provocando un ligero mareo. El mensaje llegó hace dos minutos. Debió de despertarme, pero no me di cuenta enseguida.

***Mason:*** *Él está bien. Duerme.*

Exhalé bruscamente, aliviada, y me desplomé sobre la almohada, como si hubiera relajado un poco los músculos. Pero entonces me invadió una oleada de ira.

*¡Mason! ¿No puedes escribir algo más concreto? ¿Dónde está Hunter, cuán mal está herido y cómo contactar con él?*

No, solo dijo dos palabras y me dijo lo que tenía que hacer. Cogí el teléfono con rabia y marqué el número de Mason, pero sonó y luego se descolgó.

Aún así, me siento mucho más tranquilo. Estoy en casa. Hunter está vivo. Mañana nos ocuparemos del resto. Volví a dormirme y, esta vez, el sueño fue mucho más reparador.

Pero no hay mañana. Mason sigue incomunicado y yo no puedo ir al ensayo porque a mi madre de repente se le ocurre no dejarme ir. No acepta ni mi indignación ni mis argumentos tranquilos ni mi acuerdo con la seguridad. Mi madre se va y deja a sus perros para que me vigilen en casa.

Esta vez no podré salir sin ser visto, porque las cámaras han sido revisadas de nuevo y ya no quedan lugares ciegos, y mi madre ha despedido al antiguo guardia y ha contratado a otro al que no le importan mis peticiones y amenazas.

—Mía, no tardaré mucho —dijo mamá al marcharse—. Ten paciencia durante un par de días o tres. Yo me ocuparé del problema y tú podrás decidir de nuevo adónde quieres ir y por qué. Con una conexión, por supuesto.

No puedo decir que esté enfadada.

¡Ni siquiera puedo ir a la universidad!

Le dije a mi madre que me escapé sola y luego llamé a Mason por el camino y me trajo de vuelta.

Bueno, ¿qué se supone que tenía que decir?

¿Que llevo tanto tiempo acosada por un tipo que trepa por las paredes como Spiderman y se cuela por donde ningún mosquito puede entrar?

Y que estuvo a punto de quitarme la virginidad hace dos años, pero yo estaba borracha y no me acuerdo.

Y nos acostamos hace poco. Por fin perdí la virginidad.

Pero nunca vi su cara. También me salvó de unos secuestradores. Le dispararon y no tengo ni idea de dónde está ni de qué le ha pasado. Mi madre me encerraría en una manicomía por admitirlo.

Estoy todo el día enfadada y alucinando; tampoco puedo concentrarme en clase. Al día siguiente es lo mismo, y por la noche mi madre llega ceñuda y enfadada.

Por lo visto, no fue tan fácil enfrentarse a su enemigo, pero, naturalmente, no quiere decirme nada.

Y llega el tercer día, en el que nada cambia. Por aburrimiento, ansiedad y desesperanza, vuelvo a escuchar las últimas canciones que voy a grabar en el nuevo disco, las reúno en Sunny y apunto en mi cuaderno los momentos en los que debo trabajar un poco en la regrabación para terminar.

Y recuerdo que Owen debía haberme enviado una versión del acuerdo hace dos días. Marqué su teléfono, pero por alguna razón no contestó. Ni la primera vez, ni la segunda, ni la tercera un par de horas después. Escribo a una de sus compañeras en un grupo de redes sociales y su respuesta me alarma.

Owen no ha ido a la universidad en tres días. Por supuesto, podría haber ocurrido cualquier cosa. No se sabe qué trama un hombre.

Pero… sus compañeros no saben dónde está y tampoco pueden llamarle. Owen faltó al trabajo en el estudio. Solo Owen vio entonces a Bernard acosándome en el estudio y, después, a Hunter dándole una paliza a Bernard. ¿Hunter… es Owen?

¿Qué le impidió dar un nombre falso?

La cabeza me da vueltas con especulaciones y conjeturas.

¿Quiero o no quiero que mi acosador resulte ser alguien a quien conozco desde hace tiempo?

No sé… En mi percepción, el chico simpático del curso paralelo y el hombre misterioso cuyas manos me hacían temblar y cuyos labios se curvaban y gemían eran personas diferentes. No puedo explicarlo. Simplemente siento que no son la misma persona.

# 27. Mía



El tiempo pasa y, poco a poco, voy entrando en el proceso de estudios. Día tras día, el silencio de Hunter me envuelve. Dos semanas. ¿No es eso un marcador? Supongo que consiguió el suyo, me rescató heroicamente y decidió que ya había tenido bastante. Porque no veo qué le impide ponerse en contacto conmigo o incluso escribirme unas palabras.

Y lo hago. En lugar de relajarme porque ya no me persigue, empiezo a caer de nuevo en el vacío húmedo sin sentimientos.

Le echo de menos.

Echo de menos la emoción asociada a él, el patetismo.

Echo de menos la adrenalina que me inyectaba en el torrente sanguíneo con cada recuerdo suyo.

Diablos, ¡ni siquiera se trata de eso!

Me acabo de enamorar. Estoy enamorada de no sé quién. Bien hecho, Mía, como siempre has dado en el clavo. Y si puedo volver a mis estudios, no estoy de humor para la escritura creativa. Y no solo mi alma.

Simplemente se me ha ido la voz, aunque el médico no ve ningún problema en los ligamentos ni ninguna infección. Me dijo que probablemente la culpa era del estrés y que debería esperar un poco más.

Pero no parecía que me molestara demasiado. No hacía falta ir a los ensayos ni intentar comunicarme con Mason, que aún no ha dicho dónde está Hunter ni qué le pasa. O, mejor dicho, ha dicho que no lo sabe.

Owen, por cierto, tampoco apareció por la universidad. Alguien dijo que se fue, alguien que fue expulsado por algo. Pero en realidad nadie sabe nada.

—Bea, hoy no vuelvo al ensayo, todavía me duele la garganta —le digo a mi amiga por teléfono cuando salgo después del vapor.

Y Bea se ha saltado la clase de hoy. Se ha quedado dormida.

—Bueno, ¿por qué no damos un paseo por el centro comercial? Llevo tiempo echándole el ojo a una camiseta. Quiero que le eches un vistazo.

—Vamos. Te espero allí. Hay diez minutos andando desde la universidad hasta el centro comercial y Bea está a unos veinte minutos, así que no tengo prisa.

Me paseo, observando a los transeúntes desde debajo de la capucha bajada. Llamo a mi madre, diciendo que todo bien y estaré con una amiga en el centro comercial. Mi madre, después de mi secuestro, inverte más mañatica. Puse unos programas en mi telefono, saber donde estoy, un hombre que sigue a mí y un conductor. Pero hoy, por alguna razón, el hombre que me acompaniaba, no está aquí.

El tiempo es estúpido. Ayer llovió todo el día y hoy hay charcos. En el centro comercial, decido subir a la tercera planta y esperar a Bea en la cafetería.

Subo al ascensor de cristal; llego al primer piso, donde se detiene para recoger pasajeros. De repente, me pongo rígida cuando un tipo entra en el ascensor.

Me quedo paralizada, helada de miedo, cuando me doy cuenta de que es Hudson, el hijo del enemigo de mi madre, que me secuestró, delante de mí. Él también me reconoce. El tipo entra en el ascensor y yo le devuelvo la mirada. Su mirada se clava en mis ojos, haciendo que mi corazón se acelere de miedo.

- Tú... —exhalo y me precipito hacia la salida, intentando apartarle de un empujón.

Le empujo contra su costado con las palmas de las manos, y el tipo exhala de repente con un gemido, como si le doliera. Y entonces me agarra el codo con la mano. Una mano con un rayo escrito en ella que me atraviesa mi corazón y mi cabeza.

# 28. Mía



Tú… —dije de nuevo conmocionada. —Eres tú.

Pulsa el botón de parada del ascensor con la palma de la mano. Las puertas se cierran, aislándonos del resto del mundo, y quedamos suspendidos en una caja de cristal entre la segunda y la tercera planta del centro comercial. Justo enfrente de la renovación que se está llevando a cabo, donde realmente no se nos puede ver.

—Mía —se acerca un paso y yo aprieto la espalda contra la pared de cristal. —Mira...

—No quiero oírte —sentencia con la voz, pero ya no me importa—. —No quiero oírte. Tampoco quiero verte. Esto ya no es un juego.

Me cubro la cara con las palmas de las manos, pero él me aprieta las muñecas, obligándome a apartar las manos y a mirarle.

—Nunca fue un juego, Mía. Un cortejo poco convencional, pero no un juego.

—¿De qué estamos hablando ahora, Hunter? O cómo te llames, Hudson, ¿verdad? Tú, tu padre… ¡Toda la pesadilla! ¿Por qué no me lo dijiste en la habitación? ¿Por qué me hiciste pasar tanto miedo? Aunque no es la primera vez que me asustas, ¿verdad?

Tengo mucho miedo. Lo hubo cuando me acosaba, sí, pero luego las cosas cambiaron. Y ahora también era muy, muy complicado.

—Mírame, Mía —me exige, sacudiéndome suavemente las muñecas—. —Mírame con atención.

No entiendo cuáles son sus exigencias. Quería verle, le he visto. Pero debo admitir que me hubiera gustado que mantuviera la cara oculta bajo la capucha.

—Vamos —vuelve a exigir.

Levanto los ojos hacia su cara y veo al tipo que tanto me asustó. Su mirada en sus ojos… No era una actuación. Era salvaje y aterrador, el tipo de hombre que sin duda me haría daño y lo disfrutaría al máximo.

Pero...

—Una quemadura… —susurro dubitativa.

Parece que me falla la memoria. Estaba segura de que la mancha estaba a la derecha y era más pequeña, pero me ha salpicado el pómulo derecho, me ha rozado la frente por encima de la ceja, me ha recorrido la banda del cuello de la sudadera y me ha dejado una marca en la piel del cuello.

No es tan brillante como pensé que sería, menos pronunciado, aunque su superficie es mayor. Me miro la muñeca derecha y froto el pañuelo azul grisáceo que me dio Lauren. Los ojos se me llenan de lágrimas.

—Buena chica —dice suavemente, mirándome a los ojos, y me doy cuenta de que percibo un olor familiar con un toque de chocolate negro que no olía en la habitación de aquella casa.

—Te he dado mi nombre. Me llamo Hunter. Mi padre pensó que sería divertido llamar a sus hijos gemelos, el uno como el otro, los nombres parecidos. En eso nos convertimos: en opuestos. Raro, ¿eh?, para ser gemelos.

Me quedo paralizada, mirándole fijamente a los ojos. Reproduzco frenéticamente el recuerdo de aquella noche y del encuentro con Hudson en su habitación.

La quemadura estaba, sin duda, en el otro lado. El pelo de Hunter es un poco más largo: se puede cortar, pero no volverá a crecer en quince días. El aspecto es diferente. Tampoco huele a chocolate negro. Si su ropa oliera así, me contagiaría en algún lugar de la habitación.

—Ven conmigo, Mía, te lo contaré todo.

Siento desconfianza, pero también siento que todas mis entrañas le anhelan, que me extiendo para ir a averiguarlo. Pero tengo miedo.

—Mi amiga me está esperando —dije, percibiendo la molestia en mi voz.

—Te espero en el parque detrás del centro comercial dentro de una hora y media.

Hunter pulsa un botón, el ascensor se abre, se pone la sudadera con capucha y sale rápidamente, dejándome sola y casi en estado de shock.

Apoyo la nuca contra la pared de cristal del ascensor y me tapo los ojos. Ignoro unos pitidos del teléfono antes de recomponerme y responder a Bea.

—Mimi, te espero en la joyería del primero. —Ha sido rápido, ¿verdad?

Mi amiga soltó una risita, y yo respiré hondo y exhalé lentamente para contestarle de la forma más uniforme posible.

—Ahora mismo voy.

Quedamos con Bea y vamos de compras. Pero no puedo concentrarme en absoluto en su historia sobre sus decisiones, ni en su elección de blusa…

—¿Azul o verde? —Bea sostiene la ropa entre las manos después de probarse las dos, intentando elegir.

—Los dos te quedan bien.

Respondo de manera universal, porque ahora mismo ni siquiera recuerdo cómo le quedaban hace diez minutos. Mi cerebro está ocupado contando los minutos que faltan para que acabe la hora.

—Bea, lo siento, tengo que irme.

—Vale… —se estira mientras me da un beso en la mejilla y me alejo a toda prisa.

No puedo contárselo todo. Y aún no quiero hacerlo. Ella entiende que me pasa algo, pero no se entromete en mi alma. Sabe que soy muy cerrada y así me siento cómoda. Supongo que por eso la valoro como amiga.

Es la única que lo entiende. Salí del centro comercial y me dirigí al parque. Sentí que me hormigueaban los dedos de emoción, deseando volver a verle. Quería escuchar lo que tenía que decir, creerle y no tener más dudas.

Apenas hay gente en el parque. Al final del callejón, veo a Hunter en uno de los bancos. Está sentado con las piernas estiradas y los pies cruzados. Sin la capucha ni la máscara, está descubierto.

—Estoy aquí —me dice cuando me acerco.

—Estoy aquí —asiento y me quedo inmóvil, sin saber qué decir o hacer a continuación.

Me había acostumbrado, a lo largo de los meses, a tenerle miedo y, después, a sentir deseo mezclado con miedo y sensación de peligro. Y ahora, de repente, me siento confusa.

—¿Damos un paseo? Él señala con la cabeza el callejón desierto, y yo acepto.

Caminamos en silencio. Percibo el ligero aroma de su perfume flotando en la tenue brisa y me doy cuenta de que deseo desesperadamente tocarle. Quiero que me toque.

—Dime —me sacudo la obsesión—. —¿Tu hermano? ¿Es malo?

—No, Mía —Hunter sonrió tristemente y empezó a hablar en voz baja—. Mi hermano era bueno. Más bueno que yo, más obediente, más capaz, pero de algún modo se subestimaba a sí mismo. En nuestra pareja de gemelos, yo era el espejo torcido. Yo era la que hacía cosas malas,

las que mis padres no alababan. Él no me juzgaba. Me cubría delante de mis padres y de la escuela.

Me dice cosas, y me imagino a dos hermanos gemelos de unos ocho o diez años. Parecidos en apariencia y diferentes en carácter.

—Realmente no fui un buen chico, Mía. En absoluto. Malas compañías, fiestas de pijamas sin avisar en casa de amigos, otras travesuras, si es que se pueden llamar así. Mi madre y yo no éramos precisamente amigos y yo también mantenía las distancias con ella. Y entonces, cuando Hudson y yo teníamos catorce años, mi madre dio a luz a una hermana, Olivia. En ese momento me di cuenta. No sé por qué, pero desde el primer día me había encantado ese pequeño bulto chillón.

Hunter me había tirado hacia un banco a la sombra de los árboles que había frente al parque infantil.

—Mi madre tenía problemas con salud, lo estaba pasando mal y yo intenté estar a su lado. Dejé de faltar a clase y de ser grosero, e incluso empecé a estudiar mejor. Solo que a Hudson no parecía gustarlo. A mí no me dijo nada, estaba celoso en silencio, pero a mi madre… Mi padre tenía otra amante, nuestra ama de llaves, y Hudson se lo contó diligentemente a mi madre, acompañando la noticia con un reportaje fotográfico. Los padres se pelearon, se divorciaron. Mi madre se mudó y consiguió la custodia de Olivia, pero no pudo conseguir la nuestra. Sí, quizá ella no quería.

Hunter se quedó en silencio, mirándose la punta de los zapatos, con las piernas estiradas de nuevo, igual que antes. Y tengo la impresión de que ahora, delante de mí, está volviendo su alma del revés por primera vez. Y solo yo le entiendo, porque yo misma me quedé sin padre.

—Y entonces me golpeó de nuevo, pero de otra manera —dice Hunter—. Le odiaba Hudson por eso. Tuve una fuerte discusión con mi padre y luego… quemé la casa.

—Las emociones no siempre están bajo nuestro control —le atrevo a taparle los dedos, y él aprieta los míos a cambio.

—Solo que casi fue una tragedia. Resulta que Hudson estaba durmiendo en casa, aunque yo pensaba que estaba en el colegio. Y cuando me di cuenta, era demasiado tarde. Había demasiado humo. Ni siquiera pude llegar a su habitación cuando me desmayé al inhalar. Me desperté en el hospital. Hudson nos sacó a los dos. De ahí mis quemaduras. Y él también tiene. ¡Gemelos somos, compartimos todo!

Es probable que la otra estuviera huyendo con los talones encendidos. Hunter no era precisamente un chico alegre, pero… tenía que ser sincera: no puedo huir de él y de mí misma.

—Luego llegó el tratamiento y mi padre decidió enviarme a un internado para chicos con problemas, donde conocí a Mason, Owen y Ron. Mi padre quería que dejara de influir en Hudson, pero cuando volví del internado, me di cuenta de que Hudson ya no era…

—Conseguí lo que siempre quise —terminé por él. —Le convirtió en ti.

—Peor aún, Mía —volvió a sonreír Hunter—. —Sé lo que soy, sobre todo después de un internado que se parece más a una prisión para animales rabiosos, pero Hudson me sorprendió más cuando volví.

Tenía tantas preguntas que hacerle.

Quería saber lo grave que era su herida. Era un buen punto de partida.

Quería saber si estaba en contacto con su madre y su hermana, dónde vivía, por qué llevaba quince días sin hablar.

Quería hacerle mil preguntas. Pero no esperaba eso. Me está dejando elegir.

Hunter levanta los ojos hacia mí, atrapa y sostiene mi mirada. Y de repente recuerdo la forma en que me miró aquella primera noche, la que se ha borrado de mi memoria.

Primero me miró con asombro y luego con deseo.

Es salvaje.

Es extraño y peligroso.

Está roto. Tiene mucho dolor y muchos secretos. Podría haberme hecho cualquier cosa cuando me tropecé con él de forma descuidada hace dos años y me atreví a jugar con él.

Mamá diría que es totalmente inapropiado para mí. Pero Mía Brown ya es mayorcita y puede decidir por sí misma. Puede tomar sus propias decisiones. Y así es.

—Es un buen momento para huir, Mía —sonrió Hunter con ironía—. —Te prometo que no volveré a perseguirte.

—Y no tienes por qué hacerlo —le tocó suavemente la cicatriz del pómulo, que no estropeaba en absoluto el atractivo rostro de Hunter—. No quiero huir a ninguna parte.

Confirmo mi elección y mi decisión de estar con este chico con un beso. Primero busqué sus labios, dándome cuenta de que lo deseaba con todas mis fuerzas. Exhalo un pequeño suspiro de alivio y, entonces, Hunter se convierte en mí, y ya no soy yo misma, disolviéndome en el poder de su beso.

# 29. Mía



¿Vives aquí?

Entro en el piso mientras Hunter abre la puerta con su llave y me hace un gesto para que pase.

-Sería más exacto decir morada —sonríe, quitándose las zapatillas.

Miro a mi alrededor con interés.

Es un piso pequeño, a juzgar por el número de puertas del pasillo: una habitación. Desde el pasillo se ve el salón con un sofá, un televisor en la pared, un armario y un saco de boxeo colgado en un rincón. El pasillo tiene un armario, un perchero y un torniquete más cerca del techo. Típico. Papel pintado neutro, muebles oscuros y un gran espejo frente a la puerta principal.

—¿Tienes hambre? —pregunta Hunter, mientras cuelgo mi chaqueta de cuero en el gancho del perchero.

—Sí diré que sí —asiento.

No es que tenga hambre, pero necesitamos algo que hacer, algo de qué hablar e interactuar. Necesito un poco de tiempo para averiguar qué siento ahora mismo y qué debo hacer al respecto. Mientras miro a mi alrededor, sigo a Hunter hasta la cocina. También es sencilla, sin florituras, pero cómoda.

Los muebles de la cocina también son oscuros. La mesa es de comedor de cristal, transparente, con patas cromadas. Las sillas son blancas, de plástico y con respaldo, y el frigorífico es de acero inoxidable. Me siento a la mesa y veo cómo Hunter saca del frigorífico un jarrón con lechuga, queso y salchichas, y mete un recipiente de cristal en el microondas. En un minuto, percibo el tentador olor a asado.

—¿Cocinas tu propia comida? —pregunté, para romper un poco el silencio.

—No —sonríe. —Los compro en la cafetería de enfrente o los encargo.

De repente, me imagino a mi acosador, encapuchado y embozado, pidiéndome que le venda un paquete de alitas fritas y medio kilo de tomates. Y galletas y mermelada.

Es tan disonante con cómo lo he percibido todo este tiempo que de repente me divierte.

—¿Qué? —levanta las cejas, reorganizando la ensalada, el asado y los bocadillos de la mesa.

—¿No te gusta la comida de restaurante?

—No, no es eso, lo siento. Es que… No sé cómo explicarle mis sentimientos. Necesito aceptar que eres humano.

—Sí, así es.

Fui capaz de articularlo no solo con él, sino también conmigo misma. No era una sombra, ni miedo, ni la misteriosa criatura que me había estado siguiendo; sino un hombre. Y eso era exactamente lo que me parecía: algo sobrenatural.

No, con mi cerebro y mi lógica sabía que era de carne y hueso, pero con mis emociones y sensaciones lo percibía de otro modo.

Misterioso, aterrador, enigmático, capaz de aparecer donde parecía imposible. Pero era humano. Al escucharme, me doy cuenta de que no me decepciona conocerle mejor. Es diferente, sí, pero me emociona igualmente.

—¿Te pareció diferente?

A Hunter pareció divertirlo mi afirmación.

Se sienta frente a mí en la mesa y toma un trozo de queso. Sonríe. Y… esa sonrisa me hipnotiza. Cautiva y excita tanto como su tacto en la oscuridad, con los ojos vendados.

—Es posible.

Yo también tomo un bocado de queso y le doy un mordisco, sosteniéndole la mirada. Ya no nos limitamos a comer. Empieza a ser un juego, en el que las palabras ya no importan. Pero sí importan las miradas, la respiración, el deseo.

—Come, Mía.

La voz era la misma que la de debajo de la capucha, solo que ahora tenía rostro y una mirada aguda y penetrante.

—Tienes hambre y necesitas reponer fuerzas.

—¿Tendré que gastármelo? Me muerdo el labio para contener una sonrisa.

—Inequívocamente.

Por supuesto, ya no tengo apetito. Bueno, yo sí tengo hambre, pero no tiene nada que ver con la comida. Me tomo un trozo de queso, pero los dos estamos demasiado excitados para comer más.

Me levanto primero de un salto y Hunter se sacude hacia mí. El calor de la excitación recorre mi cuerpo en una ola aplastante cuando me encuentro entre sus brazos.

Me encanta verle, observarle cuando se inclina y me acaricia el cuello con los labios. Me encanta ver el deseo en sus ojos. Su mirada es nueva para mí. Ya conozco sus manos, sus labios, pero no sus ojos.

Y me excita increíblemente la forma en que me mira, el brillo de sus ojos cuando me quita la ropa, la forma en que está envuelto cuando me arrodillo aquí, en la cocina, junto a la mesa. Quiero hacerlo.

No solo quiero que él me pruebe, sino también yo a él. Es algo desconocido, picante, extraño y muy excitante. Me gusta darle placer, me gusta sentir su reacción. Me gusta sentir su erección dura en mis manos y saborearla. Pero no me deja terminar.

Me levanta, me quita los vaqueros y la ropa interior, y me sienta en la mesa. Pasan unos segundos hasta que Hunter está dentro de mí, y me estremezco de placer por todo el cuerpo.

—¡Qué bien sienta! —le susurré, pasándole los dedos por el pelo y echando la cabeza hacia atrás cuando Hunter empieza a moverse.

Es bueno. Se está muy bien con él. Nunca he estado con nadie más, pero eso no me impide darme cuenta de que me siento bien con este hombre. Me ha despertado. Estaba ahogada en mi humedad del alma, grave, desconectada del mundo, a veces en los momentos más inoportunos.

Me hizo ver la vida de otra manera, aunque de un modo bastante extraño, incluso salvaje. Inyectó color a mi percepción del mundo. De alguna manera, comprendió lo que necesitaba. Y sí, me siento bien con él ahora que estamos abiertos. Sin capuchas, sin máscaras, sin callejones oscuros.

En la luz. Me siento bien. El orgasmo me envuelve sólo una fracción de segundo antes que a mi acosador. Me aprieta, exhala un poco más fuerte de lo que esperaba ante su explosión de placer y entonces, para mi horrible vergüenza, sólo ahora recuerdo que tiene una herida sin cicatrizar. ¡Una herida de bala!

-¿Te duele algo?

Le cojo la cara entre las manos y le miro a los ojos.

Sí, ya me estoy acostumbrando a poder verlos.

-Si doliera -dice respirando roncamente-, a los hombres no les gustaría tanto el sexo.

-¡No me refiero a eso! -me reí entre dientes, dándole un golpecito juguetón en el hombro húmedo de sudor.

-No te preocupes por lo demás, grillo. ¿Has recuperado el aliento? Ven aquí -dijo, como había hecho en mi habitación.

Mi acosador no parece necesitar mucho descanso, porque me da la vuelta, tumbándome de pecho sobre la fría mesa de cristal, y entonces nuestros cuerpos vuelven a ser uno.

# 30. Hunter



Desde el primer momento, supe que Mia era diferente. Algo en su mirada, en su manera de moverse, me atrajo. Ella era inocente y pura. Yo era un chico malo con fea reputación. La atracción entre nosotros era innegable.

Parecía que no teníamos nada en común. Ella era dulce y tímida. Yo, el rebelde. Pero Mia no se dejó intimidar. Con el tiempo, la curiosidad se convirtió en algo más.

Esa noche estábamos tranquilos en mi apartamento. Estábamos sin esperar si alguien nos interrumpiera a nosotros. Y la tensión era palpable.

—Mía -susurré, acercándome—. Ven aquí.

Ella me miró, con sus grandes ojos. Asintió, con los labios temblorosos.

Tomé su mano.

—Confío en ti.

Esas palabras significaban todo. La atraje hacia mí y la besé suavemente al principio. Rápidamente, el beso se volvió urgente. Aunque no, estamos por primera vez hoy. Pero eso solo hacía mi deseo más intenso.

Mia me miraba, llena de confianza y vulnerabilidad. Me sentí responsable de hacerla sentir especial.

Tomé mi tiempo explorando su cuerpo. Sus suspiros y gemidos me decían que disfrutaba. Aunque también estaba nerviosa.

—Todo está bien —le susurré, besando su cuello—. Voy a ir despacio.

Ella asintió, clavándome los dedos en los hombros mientras bajaba sus pantalones. La miré a los ojos para asegurarme de que se sintiera cómoda.

—Te amo, Mia —dije, sorprendiéndome con la intensidad de mis palabras.

Nunca antes lo había dicho. Con ella, todo era diferente.

—Yo también te amo, Hunter —respondió, apenas un susurro.

Nos movimos juntos con cuidado. Sus movimientos estaban llenos de pasión. Su cuerpo estaba tenso al principio, pero se fue relajando poco a poco.

La guié con paciencia, con cada caricia y beso que la hacían sentir segura.

Finalmente, cuando estábamos completamente unidos, vi cómo una lágrima resbalaba por su mejilla.

—¿Estás bien? —pregunté, preocupado.

—Sí —respondió, sonriendo a través de las lágrimas.

La besé con ternura, moviéndome lentamente. Mia respondió con un suspiro de placer, moviendo sus caderas al unísono con las mías. Nos movimos juntos, nuestras respiraciones se sincronizan y creamos una conexión más allá de lo físico.

Esa noche hicimos el amor de una manera única. No era su primera vez, pero sentí que estábamos explorando una parte nueva de nuestra relación. Cada movimiento, suspiro y caricia nos acercaba más.

Supe que Mia había cambiado mi vida. No solo era mi amor, sino la razón por la que quería ser mejor. Ella me había mostrado una parte de mí que no conocía. Por ella, estaba dispuesto a cambiar. Mia era mi ancla, mi razón. Haría cualquier cosa por mantenerla a mi lado.

# 31. Mía



¿Cómo saliste?

Me tumbé sobre el pecho de mi acosador, acariciándome la oreja y escuchando el fuerte latido de mi corazón.

—De ninguna manera —me puso la mano en la nuca mientras me pasaba el dedo por la cicatriz morada del costado, apenas rozándola—. No me hui, sino que salí a su encuentro. Hudson es un buen tirador y, si me hubiera herido, podría haber recibido otra bala. O, peor aún, podría haber disparado al coche en el que te llevó Mason.

Siento un escalofrío que me recorre la espalda solo de imaginar que todo esto podría haberse hecho realidad. Hunter lo nota y me estrecha más contra él.

—¿Y? ¿Cómo reaccionó tu padre? Hace mucho que no le ves, ¿verdad?

Hunter sonrió, y sentí que mi oreja vibraba contra su pecho. No pude resistirme a volver a presionar mis labios contra la piel suave y caliente.

—¿Tú qué crees? Estaba… sorprendido y desanimado, y luego, como de costumbre, explotó de ira. Pero llamó a un médico para que me cosiera y me recetara un tratamiento. La bala, afortunadamente, me atravesó sin golpear nada. Como he dicho, Hudson es un buen tirador. No tenía intención de matarme, aunque no sabía que era yo.

—¿Y luego qué pasó? ¿Te dejaron marchar cuando mejoraste?

—Me fui por mi cuenta. A mi padre no le gustó mucho, supongo, pero a mí no me importa.

Tiene mucho que hacer. Ojalá pudiera ayudar, pero no tengo ni idea de cómo.

—¿Y mamá? ¿La viste a ella y a tu hermana cuando volviste del internado?

Apoyé la cabeza en su hombro y le miré a la cara.

Quiero volver a apretar mis labios contra los suyos.

*¿Cómo ha ocurrido?*

Apenas nos quedamos sin aliento después de estrujarnos mutuamente. He perdido la noción del tiempo. Y ahora, mientras yacemos allí, exhaustos, abrazados, desnudos y abiertos, nuestras almas expuestas la una a la otra, quiero volver a besarle.

*¿Es posible que el cuerpo de otra persona despierte tanto deseo?*

—¿Por qué iba a hacer eso, Mía? Ella y Olivia están bien.

—¿Estás observando a ellos? ¿Cómo si me estuvieras observando a mí?

—A veces —me recorre la espalda con los dedos, provocándome un ligero escalofrío.

—¿Y tú? ¿Te has puesto en contacto con tu hermana?

Esto es lo que tenemos en común. Realmente soy yo como es él.

—No —me sorprendí al notar que se me acumulaba amargura en la garganta, aunque hacía tiempo que había aprendido a recordarla sin aquella sensación acre.

—Probablemente mi hermana también esté bien sin mí. Lo he intentado en su boda. Pero… Me da igual.

Hunter se da la vuelta y se cierne sobre mí, mirándome seriamente a los ojos.

—Eso no es cierto, Grillo. Te importa. No deberías, porque… Es tu crisis. Podía sentirlo. Algo no funcionaba. Aquella vez en el club cuando te me insinuaste, colocada y tan inexperta que querías tener sexo.

—Colocada suena ofensivo. Cambié, ignorando deliberadamente su comentario sobre la avería. —Estaba borracha.

—No, no estaba borracha. Esos dos te drogaron y esperaban como hienas a que te desmayaras para follarte. Decidí alejarte de ellos.

—¿Para follarme? —arquea una ceja, cambiando el tono de la conversación.

No es una queja contra él, es más bien un juego, porque siento que lo quiero de nuevo. Otra vez. Por enésima vez en las últimas horas. Me pregunto si podré sentarme sin molestias.

—Pues no —se ríe de repente, y luego me presiona el labio inferior con la yema del pulgar, provocándome una excitante vibración en el estómago.

—Quería llevarte a casa, para que durmieras la mona y siguieras tu camino. Pero empezaste a hacer guarradas, así que cedí. Pero luego decidí que no te quería así. Pensé que quería que te acordaras de mí de buena manera.

—¿Es así?

—Exactamente. No tuve elección.

Ahora los dos nos reímos e incluso chocamos los dientes en un beso divertido, pero en unos instantes la rodilla de Hunter se incrusta entre las mías, separándolas, y yo arqueo la espalda, anticipando más placer.

No puedo alejarme de Hunter ni él puede alejarlo de mí. Pero tengo que volver a casa antes de que mi madre organice una búsqueda a gran escala. Sobre todo después del reciente secuestro. Así que nos obligamos a salir de la cama, nos duchamos y Hunter me acompaña a casa. No exactamente hasta casa, por supuesto, eso sería muy peligroso, pero me gustaría tanto que pudiéramos llegar libres y abiertamente a mi casa o, al menos, pararnos en el patio.

Pero ya sería difícil imaginar, teniendo en cuenta a mi madre, qué decir sobre nuestra situación. Tarde o temprano habrá que resolverlo, pero aún no hemos descubierto cómo.

—Nos vemos mañana después de clase.

Hunter me atrae hacia él por la cintura y me besa, primero en los labios y luego en el cuello.

Mi piel está inusualmente sensible después de un maratón sexual como este, y su tacto me deja sin aliento.

—Estaré esperando.

Vuelvo a casa con ánimo. Claro, a mi madre he dicho antes que estoy con mi amiga, que no preocupa. Que pasemos por su casa.

Sí, ahora tenemos dificultades, ¡pero es tan maravilloso estar enamorados el uno del otro! Incluso quiero volver a cantar. Pero no delante de un público, sino en voz baja, para mí misma. Encerrarme en la ducha, coger un bote de gel de ducha en lugar de un micrófono y cantar sinceramente y desde el corazón en una cabina llena de vapor. Resulta que los libros no mienten.

El amor realmente te eleva. Se instala en tu pecho una extraña sensación de cosquilleo, como un globo. Es estimulante, inquietante y agradable al mismo tiempo. Mi madre llega unos cuarenta minutos después que yo y cenamos, intercambiando algunas palabras.

Parece congelada y va directamente a la oficina a trabajar.

¿Cuánto tiempo puede trabajar? ¿Y cuándo va a vivir?

Sería feliz si consiguiera un amante y sonriera más a menudo.

Subo a mi habitación. Me doy otra ducha, dejando la canción de éxito para la próxima vez, porque estoy increíblemente cansada. El agua caliente me quema el cuerpo. Mis muslos, donde la delicada piel había sido torturada más de una vez por una ligera barba incipiente; mis nalgas, donde aún quedaban un par de marcas oscuras que Hunter había hecho en el calor de la pasión.

Y… hmmm… Entre mis piernas, no digo nada de nada. Espero que mañana no me duela tanto.

Estoy durmiendo muy bien. No me he despertado ni una sola vez en toda la noche.

Por la mañana me siento arrugada, pero bastante descansada. Tengo los músculos tensos, y no solo por dentro, pero tolerable.

El chófer de mi madre me lleva a mis clases en la universidad y le advierto que no me recoja y que le diga a mi madre que voy a hacer un proyecto con una compañera.

Miento, por supuesto, otra vez. Me doy cuenta de que el amor no solo es estimulante, sino que también ahoga el cerebro en un jarabe viscoso, porque me cuesta concentrarme en los estudios. Mi mente sigue vagando de vuelta a ayer y entonces empiezo a soñar y a esperar con impaciencia la reunión de hoy.

Se me pone la carne de gallina y siento un ligero escalofrío cada vez que imagino que Hunter vuelve a tocarme hoy. Y me lo imagino mucho. En conjunto, esta jornada escolar parece increíblemente larga, incluso interminable. Pero se está acabando.

***Hunter:*** *Esperando*

El mensaje llega unos diez minutos antes del final de la última clase, y esos diez minutos entran en el récord de la duración más increíble que he experimentado nunca. Lo curioso es que nunca cambié mi nombre en mis contactos.

Sigo teniendo a Hunter como Fantasma en sombra. En cierto modo, me gusta.

Cuando termina la clase, me apresuro como un rayo. Me despido rápidamente de mis compañeros, me peino en el pasillo y me voy.

Me despido rápidamente de mis compañeros, me peino en el pasillo, me meto en la boca un chicle de fresa y camino deprisa hacia la salida. Un coche extranjero rojo oscuro me pita desde el borde del aparcamiento en cuanto me voy.

Hunter está conduciendo y me saluda. Vaya, está haciendo una buena recogida. Ya estoy anticipando la noticia de que mañana tengo novio en los blogs locales. Es bueno para los índices de audiencia, pero no tanto para mi madre.

Los pensamientos son inquietantes, por supuesto, y me provocan una sensación de desasosiego en el estómago, pero echo tanto de menos a mi acosador que decido dejar esas preocupaciones para más tarde. Incluso se ha puesto pensativamente la capucha. Como en los viejos tiempos, como suele decirse.

—Hola.

Me pongo en el asiento de al lado y cierro las puertas de golpe.

—Qué bonito coche tienes. No sabía que tuvieras coche.

—Claro que sí —sonríe, y siento una punzada en el pecho cuando me baja la capucha. —Te tengo, Pajarito.

La cicatriz de la quemadura… Está al otro lado. Pero me doy cuenta demasiado tarde, solo cuando oigo el chasquido de las cerraduras de las puertas y el coche se aleja.

# 32. Mía



Clavo los dedos en el asiento del coche con toda la fuerza que puedo, rompiéndome las uñas y sintiendo que el corazón me late frenéticamente en el pecho y que el sudor se me acumula bajo el pelo.

*¡Idiota! ¡Qué idiota soy!*

*¿Hunter y un deportivo rojo?*

¿El tipo que prefiere estar en las sombras, mimetizándose con las paredes, vigilando desde la oscuridad y sin mostrar su rostro a nadie, acaba de seguirme hasta la universidad en un coche como ese?

Sobre todo porque hemos decidido salir tranquilamente a decidir algo hasta que podamos solucionar todo.

*¿Y cómo es que mi cerebro ahogado en jarabe de amor no reconoció una señal de peligro tan fuerte y brillante?*

*¡Eres un idiota, Brown! ¡Una completa idiota!*

—Deberías ponerte el cinturón, cariño, o te vas a dar contra el parabrisas en alguna curva —dijo el tipo, como de pasada, sin mirarme siquiera.

Agarré frenéticamente mi cinturón, tirando de él con fuerza y atascándolo en la cerradura. Estaba paralizado por el miedo, con las piernas rígidas, las manos entumecidas y temblorosas, y un nudo amargo en la garganta.

—¿Qué quieres? -pregunté con tono firme.

—¿Qué quieres? ¿Qué?

El tipo hace un giro brusco, los neumáticos chirrían y mi pregunta se pierde en ese horrible sonido que rasga la piel y los nervios.

- ¿Qué quieres de mí?

Esta vez grito, con la garganta desgarrada.

- Oh, de eso estás hablando, pajarito -sonrió Hudson de forma malsana-. Iremos más despacio y hablaremos de eso.

Ahora no podía intentar preguntarle nada, y no valía la pena correr el riesgo de distraerle, porque iba a toda velocidad por la carretera, casi a la deriva. Y entonces frenó bruscamente, entrando en el callejón.

Estaba tan abrochado que salí despedido hacia delante por la inercia, y el cinturón de seguridad me golpeó dolorosamente el hombro.

Si no me hubiera abrochado el cinturón, habría atravesado el parabrisas, rompiéndome la cabeza contra él. Intento recuperar el aliento, todavía agarrada con fuerza al cinturón de seguridad, y sólo ahora me doy cuenta de que estamos en el mismo callejón donde había conocido a Hunter.

No exactamente por primera vez, claro, sino más exactamente cuando me encontré por primera vez con mi acosador. Por mi mente pasó la idea de que Hudson también me había traído aquí por una razón.

¿Y si lo ha sabido y observado todo durante mucho tiempo?

¿Y si… todos mis encuentros aquí han sido específicamente con Hunter?

Las estremecedoras suposiciones y el miedo de la situación en aquel momento empezaban a marearme. Quería agarrarme las sienes con las palmas de las manos, cerrar los ojos y desaparecer, desvanecerme, y luego materializarme mágicamente en los brazos de Hunter, a salvo. Esconder la cara en su fuerte pecho, respirar el aroma del chocolate negro y relajarme.

-¿Qué quieres de mí? -pregunto con un temblor en la voz, no puedo ocultarlo, no puedo ocultarlo. -Mi madre…

- No me importa tu madre -interrumpió, riéndose entre dientes-. Tampoco me importa mi padre. Quiero a mi hermano, escabulléndome otra vez. Él y yo no estábamos de terminar un acuerdo.

—¿Qué tiene eso que ver conmigo?

—Mientras él y yo tengamos una excusa para vernos y charlar…

Por ahora, cállate y siéntate en silencio. Me rodeo con los brazos y me alejo de la ventana, mirando las paredes húmedas y oscuras de la parte trasera del club. Callejuelas. Sucias e inseguras, incluso de día, y yo soy la tonta que ha estado aquí de noche.

¿En qué estaba pensando?

¿Y si no tuviera mi propio acosador guardián?

Estoy en ascuas, pero a mi captor no parece importarle. Fuma tranquilamente con el codo fuera de la ventanilla y da golpecitos con los dedos en el volante, marcando algún ritmo que solo conoce en su interior. Pero no pasa mucho tiempo cuando, de repente, algo cae sobre el coche con un fuerte estruendo.

Chillo y doy un respingo del susto y la sorpresa; se me corta la respiración, y entonces el sonido se repite, pero no tan ensordecedor, y se ven unas piernas de hombre con vaqueros y zapatillas deportivas en el parabrisas del capó.

—Ahí está tu saltador —observó Hudson sin sorpresa—. Lo esperaba tres minutos antes, pero no quería venir por ti, ¿verdad, Pajarito?

Ignoro el comentario del tipo con una risita, pero no puedo ignorar su siguiente movimiento, porque Hudson saca su pistola y la gira hacia mí.

Me retuerzo en el asiento, pero él me agarra del cuello con la otra mano y me empuja con el pie a través del asiento del conductor, abriendo de una patada la puerta del coche. Me tiemblan las piernas y casi me caigo. Hudson me sujeta con fuerza por la chaqueta vaquera. Miro a Hudson y apenas puedo evitar sollozar.

—¿La tuya? —Hudson sonrió con satisfacción.

—La mía —asiente Hunter.

Su rostro parecía tallado en piedra, pero su mirada ardía de furia, fuego y oscuridad aterradores. Salta del capó del coche y se detiene a tres metros de distancia. Desplaza lentamente la mirada de Hudson a la pistola, luego a mí y de nuevo a su hermano.

—¿Qué quieres? —pregunta con voz ronca.

—Hermano —escupió Hudson, y pude oír el dolor y el resentimiento en su voz, pero no sentí lástima por él, no con una pistola apuntándome a la cabeza.

—¿Así que decidiste secuestrar a mi novia delante de mis narices y amenazarla con una pistola?

Hudson no responde enseguida. Es un maestro en eso.

—Bueno —responde por fin lentamente—, habla, hermano.

—Deja que Mimi se vaya y podremos hablar de qué es eso tan importante que quieres contarme.

Hudson se paraliza. Siento su inseguridad ante su hermano, su rabia, su resentimiento, sus ganas de decirlo todo. Me doy cuenta de que, después de todo, no quiere vengarse ni pelearse, o me habría hecho daño antes.

De alguna manera, creo que Hudson sabía que Hunter y yo estábamos conectados. Pero creo que no es “a mí” lo que quiere, sino a su hermano.

—Entra en el coche —me empuja hacia el coche, todavía sujetándome a punta de pistola.

Decido no discutir. No es el momento ni el lugar. Tras echar una rápida mirada a Hunter, que asiente en señal de reconocimiento, doy la vuelta al coche lentamente, sintiendo aún el escalofrío en la espalda por saber que hay una pistola apuntándole, y vuelvo a subirme al asiento del copiloto.

Veo cómo Hudson se mete la pistola detrás de la cintura del vaquero y cómo Hunter cruza los brazos sobre el pecho y levanta la barbilla, entrecerrando ligeramente los ojos.

Mientras cuento los latidos de mi corazón, me doy cuenta de que estoy a punto de presenciar una conversación muy importante que podría afectar a muchas cosas en el futuro. Y, a pesar del miedo que había sentido por Hudson, ahora quería que esos dos dieran un paso el uno hacia el otro.

# 33. Mía



Son más de las dos de la madrugada y sigo sin poder dormir. Miro fijamente al techo y repasando los acontecimientos del día. Pienso en lo complicadas que pueden llegar a ser las cosas. Hoy, cuando he subido al coche, me he quedado helada. No podía imaginar cómo acabarían hablando los dos hermanos.

Y podría haber acabado en cualquier cosa, desde un tiroteo hasta un abrazo. Pero no ocurrió ninguna de esas cosas. No podía oír lo que decían, pero no perdía de vista sus expresiones corporales.

Sus expresiones faciales, sus posturas tensas y sus movimientos involuntarios dejaban claro que la conversación no iba a ser fácil.

Hudson parecía acusador, y Hunter parecía estar dejando fuera a su hermano con su impasibilidad. Levantó una barrera y se quedó tras ella. Parecía que debería odiar a Hudson y desear que mi acosador se deshiciera de él para que pudiéramos irnos, pero, en contra de mi buen criterio, sentí lástima por Hudson.

Me había apuntado con una pistola a la cabeza solo cinco minutos antes. Al cabo de unos diez minutos, Hunter se dirigió al coche, abrió la puerta y me indicó con la cabeza que saliera. Luego me cogió de la mano y me alejó del callejón, dejando que mi hermano se quedara allí de pie en silencio. No hice ninguna pregunta mientras caminábamos de vuelta; solo apreté con fuerza los dedos calientes del hombre. Lo compartiría cuando quisiera. Si quería, claro.

—Necesito un par de días, Mía —dijo, deteniéndose justo delante de mi casa. Me miró con pesar y me pasó suavemente el pulgar por la línea de la barbilla hasta el labio. Asentí en silencio.

—Necesito ordenar mis pensamientos y también quiero ver si mi hermano dice la verdad. No me creo lo que ha dicho y necesito asegurarme de que realmente actúa por su cuenta y no por

orden de mi padre.

—Bien —asentí de nuevo, aunque sentí que un bulto incómodo y aplastante se me acumulaba en el esternón.

—Y no puedo pensar contigo cerca.

Sonrió y se inclinó hacia mí, y luego rozó sus labios con los míos.

Hunter nunca me había besado con tanta ternura y reverencia. Podía sentir cómo mi alma vibraba con su tacto.

Y ahora, tumbada en la cama boca arriba y mirando al techo durante una hora, con mis pensamientos dando vueltas y vueltas, llegué a la conclusión de que estaba enamorada. No, antes lo había comprendido y aceptado como un hecho, pero ahora me daba cuenta de que era real.

Profunda e irrevocablemente. Sabiendo tan poco del hombre, lo absorbí; me empapé de él. No se trata solo de un sentimiento agudo de estar enamorado, es algo más. Algo más profundo. Supongo que solo cuando me di cuenta exactamente de lo que sentía por Hunter pude relajarme y, por fin, conciliar el sueño.

Dormí toda la mañana sin sueños y me desperté sintiendo que echaba de menos a mi acosador. Pero me pidió que le diera tiempo. Dos días nunca se me hicieron tan largos, pero debo respetar sus deseos. Decido ocuparme para que el tiempo pase más deprisa.

Ordeno mi habitación y me siento a estudiar. Intento ponerme a ello, pero no consigo concentrarme en la historia de la composición alemana. Algo se interpone en mi camino. Me pican los dedos, me vibran los pensamientos y tengo una sensación familiar, pero casi olvidada, de ligero ardor en la garganta.

Tengo ganas de cantar. Sí, es exactamente eso: inspiración. Hacía mucho tiempo que no la sentía. He estado en racha y ese agradable cosquilleo se ha difuminado, olvidado. Y ahora parece que vuelve.

Me pongo el albornoz, bajo la cremallera de mi piano eléctrico y me hundo en la silla frente a las teclas. Los dedos me hormiguean al colocarlos suavemente sobre las teclas y, en algún lugar profundo de mi vientre, los sonidos resuenan acariciadores.

Mugía bajo ellas, preparando mis ligamentos. Parece como si semanas de ronquera, que los médicos nunca han sabido interpretar, me hubieran dejado las cuerdas vocales completamente rígidas. Pero ahora las notas y los sentimientos me desgarran tanto que en pocos cantos consigo controlar la voz. No puedes llegar a ser igual, pero puedes ser igual en las heridas, para que al menos en esto puedas tener razón.

(Versículo 1)

Tú dices: cruel, malvado y directo.
Las balas se le clavaron en el pecho.
Las palabras caen solas, tan extrañas.
Y en el silencio me ahogo y me quedo un poco sorda.
(Coro)
¿Susurrar o gritar?
No sé qué elegir para mí.
Porque fuiste capaz de hacerme.
Aprecia este aire, esta luz en la ventana.
(Couplet 2)
Un par de respiraciones y te asustarás.
Noches oscuras, días fríos…
Estoy en este mundo en el que la luz es tan importante.
Querré vivir cuando llegue al final del camino.
(Coro)
¿Susurrar o gritar?
No sé qué elegir para mí.
Porque fuiste capaz de hacerme.
Aprecia este aire, esta luz en la ventana.
(Puente)
Hay muchos en el mundo y necesitamos uno: la luz de la cuña.
No es rival para mí, ni siquiera lo es por asomo.
Pero una palabra y te la devuelvo.
Como arcilla en las palmas de Dios, caliente y maleable, en este momento.
(Coro)
¿Susurrar o gritar?
No sé qué elegir para mí.
Porque fuiste capaz de hacerme.
Aprecia este aire, esta luz en la ventana.
(Final)
¿Susurrar o gritar?
Me hiciste
Quería vivir y respirar.

En este mundo hay mucha luz.

Susurro las últimas palabras con los ojos cerrados. Es una emoción creativa increíble. Creo que nunca antes la había sentido. Tanto poder… Mi poder.

Una vez vi a Mason coger una botella de whisky después de un concierto e irse a algún sitio. Me fijé en él acurrucado entre la pared y el altavoz mientras todo el mundo se lo estaba pasando bien. Parecía como si nada en la vida le afectara en ese momento.

Ron había dicho entonces que Mason había tenido algo y que estaba escribiendo letras o música, probablemente. No le importaba el ruido a su alrededor, ni la gente, ni nada.

Y sentí una especie de envidia. Yo también quería eso. Solo yo y mis pensamientos, y que todo lo demás esperara. Y ahora ha sucedido. Salió de mí. Salió disparado y salpicó el texto. Para algunas personas es complicado e incomprensible, pero para mí es importante. Llaman a la puerta y me estremezco.

—Está abierto —respondí.

Es mi madre. Es raro que esté en casa, pero, para ser sincero, no tengo ni idea de qué hora es. No he mirado.

—Buenos días, hija —dice mi madre mientras abre la puerta, pero no entra.

Permanece de pie en el pasillo, con el hombro apoyado en el marco de la puerta.

—Hola, mamá. Te he oído cantar —mi madre me mira con una mirada cómplice.

Ella me quiere, aunque las cosas no sean perfectas entre nosotros. Me asusté mucho cuando me secuestraron.

—Quería hacerlo —me encogí de hombros, sonriendo.

—No podía oír las palabras, pero escuché la voz. Esta noche has cantado de forma muy diferente, Mía. Me ha gustado.

—Gracias.

Las conversaciones familiares agradables siempre han sido difíciles para mi madre y para mí. Pero a veces, como ahora, conseguimos sacar algo en claro.

—De acuerdo —tosió mamá. —Tengo que irme. No te molestaré. Asentí, y ella me devolvió el gesto y se marchó, cerrando la puerta tras de sí.

Cerca de él, el teléfono tembló con un mensaje en cuanto sonó el chasquido de la cerradura.

***Hunter:*** *No cierres la ventana esta noche.*

Todo en mi interior se agitó y tembló dulcemente.

***Mía:*** *Me había preparado para esperar dos días interminables.*

***Hunter:*** *No necesito dos días sin ti.*

***Mía:*** *¿Te va a detener una ventana cerrada?*

***Hunter:*** *No, estoy intentando ser educado.*

Mi educado y ya no misterioso acosador.

*¿Ahora cómo puedo esperar a la noche?*

# 34. Mía



No es mi primera cita con Hunter, pero por alguna razón me preparo para ella con sumo cuidado. Incluso las cosas que probablemente él no notará. Me hago la manicura al natural, me arreglo las cejas, aprieto los dientes y me depilo. De alguna manera, quiero que esta cita sea especial.

Todo el día transcurre entre la expectación y el dulce anhelo. Incluso durante la comida, sigo mirando el reloj, aunque soy consciente de que aún falta mucho para la noche. Y también tengo la cabeza hecha un lio. Es como si todas las ideas para letras de canciones que habían estado en algún lugar de mi subconsciente se hubieran hinchado, se hubieran abierto de golpe y ahora estuvieran dando vueltas, intentando llamar mi atención.

Hacia las siete siento una verdadera emoción. Me siento excitada solo con la idea de esperar a que suceda. Hago lo impensable: busco películas para adultos en Internet y estudio cómo dar placer a un hombre con caricias orales.

He intentado hacer esto antes, pero dudo mucho que saliera bien. Ojalá fuera así. Solo para él. No solo me gusta disfrutar de las caricias de mi acosador, sino también dárselas. Me gusta sentir que él también se siente bien conmigo.

No soy una joven romántica del siglo XVIII y comprendo perfectamente que el placer para un hombre en la cama no se reduce a la presencia del cuerpo de una mujer. Aunque sea deseable.

Dos personas tienen sexo, lo que significa que dos personas no solo deben recibir, sino también dar. Después de ver el vídeo, cierro el portátil y veo mi reflejo en el espejo de enfrente: tengo las mejillas sonrosadas y los ojos brillantes. Son casi las siete. ¡Cuánto tiempo ha pasado!

Llamo a mi madre para saber cuándo vendrá. Mamá dice que estará allí hoy sobre las diez: se acerca el periodo de presentación de informes y hay mucho que comprobar y conciliar.

Decido dejar de preocuparme y esperar a Hunter. Busco un libro que acabo de descargar en el teléfono e intento concentrarme en la lectura.

El principio es incluso adictivo, aunque me distraigo constantemente, divagando en mis propios pensamientos. Luego se vuelve algo aburrido y ni siquiera me doy cuenta de cómo caigo en un sopor del que luego trato de recuperar la línea argumental del texto. O, mejor dicho, caigo en él y luego vuelvo a salir e intento captar de nuevo la línea del texto. Y, en uno de esos momentos, mientras intento volver al significado del texto escrito desde el viscoso sopor, me doy cuenta de que algo ha cambiado en la habitación.

El olor. Es él. Un momento después, unos labios tocan suavemente mi hombro desnudo desde atrás.

—Has venido…

Me tapo los ojos e inclino la cabeza hacia atrás, apoyando la nuca en su hombro.

Me siento tan bien. Llevaba todo el día esperándole, preparándome, cepillándome los dientes cinco veces, depilándome a fondo, rozándome el pelo con suero varias veces para dejarlo liso y brillante. Y entró cuando acababa de salir de la cama, con el pelo revuelto, la camiseta arrugada y mi caro y precioso sujetador hecho un manojo y fuera de su sitio.

¡Pero me siento tan bien!

Me sentí bien al recibir breves besos húmedos en la columna vertebral, al arquear la espalda bajo sus suaves manos que me acariciaban los pechos, al frotar y presionar las nalgas contra la dura carne.

—¿Me estabas esperando, grillo? —preguntó con voz vibrante en su oído, y luego le mordió el lóbulo, enviando una miríada de salpicaduras multicolores de placer por todo su cuerpo.

—Todo el día...

La respiración se hace difícil cuando sus dedos se meten bajo la banda elástica de mis calzoncillos.

—¿Tan fuerte que te quedaste dormida?

Oí una risita apenas audible en mi voz, y eso hizo que todo fuera ligero y juguetón.

—Llegaste demasiado tarde. Así que vi películas… Y luego me dormí.

—¿Qué tipo de películas?

Hunter parece desconcertado, porque los movimientos de sus dedos se ralentizan e incluso se detienen por un momento.

—De aprendizaje…

Cada vez me cuesta más respirar. Noto que mi ropa interior está mojada y me la noto en el interior de los muslos.

—¿Y qué has aprendido?

Puedo oír las notas murmurantes de anticipación en su voz, mezcladas con impaciencia y excitación. Estoy impaciente por probar lo que he aprendido de las hábiles actrices porno.

—Es difícil decirlo sin práctica. Tengo que enseñar.

Me pongo sobre un costado y nos encontramos frente a frente. Hunter va vestido, como de costumbre, con unos vaqueros negros y una camiseta negra. Tiene la cara descubierta, y es algo a lo que no consigo acostumbrarme. Alargo la mano para besarle, acerco mis labios a los suyos y lo saboreo primero con la lengua.

Está delicioso. Es mío. Quiero saborearlo por todas partes. Me pongo de rodillas, le echo una pierna por encima y subo. Hunter me mira con expectación, y siento una verdadera emoción por el fuego que baila en su mirada.

—Desnúdate —le pide, pero suena como una orden, y él se lleva las manos a la nuca y traga saliva.

Cojo el borde inferior de la camiseta y me la quito lentamente. Me doy cuenta de que estoy atractiva y de que yo también estoy disfrutando de la experiencia. Me sacudo suavemente el pelo para que sea una manta uniforme sobre mis hombros y tiro de la camiseta de Hunter hacia arriba. Él cede y se congela de nuevo, cediendome la iniciativa. Estoy nerviosa.

Me convenzo de que le gustará y, si hago algo mal.

—Impresionante —susurra y me pasa las manos por los muslos, apretandolos un poco mientras me inclino y le beso el cuello y luego el pecho.

Contiene la respiración mientras baja, besando la línea de mi cuerpo.

Y entonces cierro los ojos y actúo más por instinto que por las instrucciones que he visto. Me relajo e intento disfrutar. Y puedo hacerlo. Me palpitó el estómago cuando Hunter respiró con fuerza y me pasó los dedos por el pelo en un torrente de sensaciones.

Lo hizo con suavidad y cuidado, como si temiera hacerme daño. Me apretó un poco el pelo, tirando de él con más fuerza, y aquello me excitó tanto como parecía excitarle a él.

—Más —dice con los labios resecos—. Tira un poco más fuerte…

Me cae un chorro caliente y ácido por la garganta y me doy cuenta de que tengo que parar porque Hunter se queda paralizado. Durante unos segundos no sé qué hacer con su semen en la boca, pero luego me decido y trago.

Y entonces me fijo en la mirada de Hunter. Hay algo extraordinario en él. Salvaje. Me invade una oleada de profunda satisfacción. Alarga la mano y presiona suavemente el labio inferior con el dedo.

—Definitivamente me gusta que te autoeduques —dice bruscamente.

—Ten en cuenta que yo tengo el monopolio de la parte práctica.

—Claro que lo tienes —dijo, sonriendo y sonrojándome tardíamente.

Y tras un breve respiro, Hunter me puso boca arriba, me prohibió moverme y me devolvió el esfuerzo. Tanto es así que, cuando está dentro de mí, creo que perderé la capacidad de moverme por completo, tan relajada por el placer. Pero mi acosador no tarda en convencerme de lo contrario.

Cada paso que daba sentía como si estuviera caminando hacia una parte nueva de mí misma. Me sentía vulnerable y expuesta, pero también emocionada.

—Quiero que te sientas bien —dijo, acercándose.

Sus manos acariciaron mi rostro antes de inclinarse y besarme. Al principio, sus labios eran suaves, exploratorios. Luego, el beso se volvió más profundo, más urgente.

Me dejé llevar por las sensaciones. El calor de su cuerpo contra el mío, sus manos moviéndose con seguridad. Sentí cómo mis nervios se desvanecían, reemplazados por una necesidad creciente. Cada caricia, cada beso, encendía algo en mí que nunca antes había sentido.

Hunter se movía con una mezcla de gentileza y pasión que me hacía sentir segura y deseada. Sus manos recorrieron mi cuerpo, despojándose de mis miedos. Me quedé allí, vulnerable pero sin miedo.

—Hazme sentir bien.

Sus ojos brillaron con intensidad.

Hunter empezó a explorar mi cuerpo con una dedicación que me sorprendió. Sus labios y manos encontraron cada punto sensible, cada lugar que me hacía suspirar y gemir. Nunca antes había sentido algo así. Era como si cada caricia, cada beso, despertara una parte dormida de mí.

Cuando finalmente me hizo suya, me sentí completa de una manera que no podía explicar. Nos movimos juntos, sincronizados con un ritmo que era a la vez suave y urgente. Sentía cada movimiento, cada susurro de placer, como una ola que me envolvía.

Él dijo mi nombre, su voz ronca de emoción.

—Sí, Hunter —respondí, y lo sentí en cada fibra de mi ser.

Nos movimos al unísono, nuestras respiraciones y corazones sincronizados. El placer fue creciendo. Se fue acumulando hasta que no pude contenerlo más. Cuando finalmente llegué al

clímax, sentí como si el mundo entero se desvaneciera, dejando solo el placer puro y la conexión entre nosotros.

Esa vez, Hunter no solo me hizo sentir placer. Me hizo sentir viva, segura y libre de una manera que nunca antes había experimentado. Mientras yacía en sus brazos, supe que esto era solo el comienzo. Con Hunter, estaba lista para explorar todas las partes de mí misma, sin miedo y con la libertad abierta.

***

—¡Mamá ha vuelto!

Me levanto de un salto y le doy un empujón en el costado, dormitando.

—¡Son las once!

Hunter abre un ojo perezosamente y, luego, me coge en brazos y me atrae contra él. Hundió la nariz en mi cuello y aspiró una profunda y satisfactoria bocanada de aire.

—¡Hunter!

—¿Me estás echando? —parece un gato ronroneante y dormilón—. Dormimos muy bien.

—Hunter, por favor, estoy muy nerviosa. No deberías estar aquí cuando mi madre está en casa.

—Mierda —suspira mientras se sienta y tira del cuello hacia delante y hacia atrás.

—Estoy harto de dejarte, Grillo. Tengo que hacer algo al respecto.

Tardo un momento en asimilar sus palabras y me doy la vuelta para arreglarme la ropa y el pelo. Pero, cuando lo hago, el corazón me da un vuelco.

—Hasta mañana —me besa el cuello, mordiéndolo suavemente, y luego desaparece en la oscuridad de la ventana.

Corro las cortinas y me quedo inmóvil en medio de la habitación, rodeándome con los brazos. Siento un escalofrío en mi interior. ¡Eso es lo que puede hacer una frase!

Fui al baño y me miré en el espejo para ver si tenía señales del tormentoso encuentro. Me limpio el rímel embadurnado y me hago una trenza. Tengo que bajar a saludar a mi madre. Me pongo una bata de algodón y bajo.

—Mamá —la llamo, al no encontrarla en la cocina. Salgo al salón, pero enseguida me sobresalto.

La puerta del estudio de mi madre está abierta. Mi madre está de pie en una postura tensa, con dos de los nuevos guardias a su lado. Uno de ellos apunta con una pistola al hombre arrodillado que tienen delante. Es Hunter.

# 35. Mía



Vuelve a tu habitación, Mía —me ladró mi madre, pero yo no le iba a hacer caso ahora.

Corrí hacia el despacho, apartando la mano de uno de los guardias que había intentado bloquearme el paso. Me detuve junto a mi madre y volví la mirada, aturdida, hacia Hunter, con el corazón exprimiéndome dolorosamente en el pecho.

Tenía sangre en la cara. Tenía el labio inferior partido y un hilillo rojo le corría por la barbilla, empapando el cuello de la camiseta. Hunter me lanzó una mirada corta y brusca y asintió débilmente con la cabeza en señal de advertencia. No, no voy a quedarme al margen.

Quizá estos nuevos guardias le mutilen o le disparen. Ya está harto de las heridas que sufrió recientemente. O incluso… No quiero ni pensar que mi madre pueda dar una orden así. Pero ya no estoy tan segura de nada.

—¿Qué pasa, mamá?

Me tiembla la voz al volverme hacia mi madre.

—El cachorro de Canon ha vuelto a intentar entrar en nuestra casa —le espetó su madre con odio—. Los guardias lo atraparon en la puerta. No lo consiguió Zorrito. No tuvo tiempo de escapar.

Simplemente no se escapó a tiempo. En ese momento, me fijé en la porra corta de goma que llevaba mi madre en la mano; el tipo de porra que llevan los agentes de policía. Da un tirón con el brazo, con la clara intención de golpear a Hunter. Me impacta la imagen de la madre.

Actúo por instinto. No pienso en eso. No tengo tiempo de darme cuenta e imaginar lo doloroso que será el golpe. El impulso de proteger a mi querido está en algún lugar de mi subconsciente, eludiendo mi consciencia.

—¡Para, mamá! Me abalancé entre él y Hunter, con los brazos extendidos y los ojos muy abiertos en previsión del golpe.

Pero no pasa nada. Mi madre consigue pararse y me mira sorprendida.

—No lo entiendo, Mía… ¿Le estás protegiendo? ¿Al gilipollas cuyo padre te secuestró?

—Te lo explicaré todo, mamá —me tiemblan las rodillas.

Madre es terrible en su cólera, y esa cólera nunca antes se había abatido sobre mí con tanta fuerza.

—¿Qué hay que explicar? ¿No reconoces a este cabrón?

Aprieto los puños, intentando recomponerme y hacer que mi voz suene más segura. Hunter no dirá ni una palabra. No se involucraría. No dirá ni un sonido. Uno de los guardias sigue apuntándole con una pistola.

—No es él, mamá —dije, mirando a mi madre a los ojos—. Son dos, gemelos. Así que este también es hijo de Canon, pero es el otro.

—Entonces qué coño importa si también se presentó en nuestra casa; está claro que no era para bien.

Hunter tosió suavemente detrás de mí y me entraron ganas de abofetearle. Se las había arreglado para mirarme mal en una situación tan difícil y peligrosa.

—Son dos, mamá, como te he dicho, son gemelos. —Y están enfrentados, ¿cómo decirlo correctamente? Como el bien y el mal, ¿comprendes?

—¿Me tomas por idiota, Mía?

Mi madre cruzó los brazos sobre el pecho y desvió la mirada de mí al Hunter arrodillado y viceversa.

—No, claro que no. El otro es Hudson. Y ese es Hunter. Él es el que me ayudó a escapar de su casa. Él está en contra de las acciones de su padre y de su hermano, ¿lo sabías, mamá? Es un buen chico. ¡Y me salvó!

Sé que mi madre me quiere y digo las últimas palabras con esperanza, creyendo que funcione.

—Me ayudó a escapar, ¡pero recibió un balazo!

Mamá guarda silencio durante un minuto entero, sin dejar de escrutarnos a Hunter y a mí. Por fin, le hace un gesto con la cabeza a su perro de presa, que guarda el arma, y este mismo pone a Hunter en pie de un tirón y le corta las ataduras de las muñecas.

—Te salvó, entonces… —se estiró mamá, entornando los ojos.

—Ajá.

—Incluso atrapé una bala. Gracias, Hunter.

Ella parece expresar gratitud, pero yo no estoy tan contenta. No me gusta cómo ha pronunciado mi madre el nombre de Hunter.

—Pero déjame preguntarte, salvador, ¿qué hacías hoy en nuestra casa? ¿Por qué has entrado a hurtadillas?

El tono de la pregunta me produce escalofríos. A mamá esto no le va a gustar nada. Y quién sabe ante qué reaccionará con más temor: ante el hecho de que Hunter pueda haber estado implicado en mi secuestro o ante el hecho de que lo hayan atrapado después de salir de mi dormitorio.

—Mamá… —se le cortó la voz. —Mira, mamá… Tengoveintiún años años, soy adulta…

—Ah, has crecido…

La madre da un paso hacia Hunter, luego otro y otro, hasta que se detiene a escasos centímetros de él. Hunter no se mueve, ni siquiera baja la mirada. Las palmas de mis manos están húmedas de miedo.

—Te volveré a ver aquí —siseó su madre, enfatizando cada palabra—. —Te cortaré los testículos. ¿Entiendes, salvador?

Tomo aire y, mirando atónita, observo la escena que se desarrolla. Estoy asustada y, en cierto modo, avergonzada por mi madre. Quiero caer al suelo.

Quiero volver a la defensiva, pero Hunter me lanza una segunda mirada en mi dirección y me advierte de nuevo que no me involucre. Y esta vez le obedezco.

—Entendido —responde a mi madre con suavidad y tranquilidad.

—Es bueno saberlo. Ahora vete de aquí.

Los guardias cogen a mi acosador por los brazos y lo arrastran fuera del despacho de mi madre. Mi madre y yo nos quedamos solas. Mi madre me lanza una dura mirada que no puedo soportar y me veo obligada a bajar la vista.

—Mi hija y… el degenerado de Canon —escupió con disgusto, como si viera nuestra conexión con Hunter como lo peor que le podía pasar. —Me dan ganas de lavarme solo de pensarlo. Es horrible. Es humillante.

Me escandalizan las palabras de mi madre.

—¿Qué te pasa, mamá? —le miré—. Tú y el padre de Hunter sois enemigos, pero ¿qué tiene eso que ver con nosotros? Estamos en el siglo XXI, y vosotros estáis jugando en la Edad Media con su vindicta.

—Vete, Mía —responde apretando los dientes—. Tengo que acostumbrarme a la idea de que mi hija está tan manchada.

Incapaz de soportar por más tiempo aquella horrible inmundicia, expulso con rabia el aire de mis pulmones y luego me doy la vuelta y huyo de mi madre.

# 36. Mía



No vas a decir nada, ¿verdad?

Mi madre cruza los brazos sobre el pecho y se queda con la mirada perdida, mientras yo miro fijamente mi teléfono, desplazándome sin pensar por mi feed y le doy a me gusta a todo.

La ignoro. Puede tenerme encerrada, permitirme moverme sola bajo el escrutinio implacable de sus perros de cadena, tener cámaras por todo el patio y la casa, pero no puede obligarme a ser amable con ella.

—Mía —me llamó exigente, pero pude oír que últimamente había bajado el tono.

*Sí, mamá, yo también puedo ser cabezota.*

*¿Adivinas de dónde lo he sacado?*

—Ya ha pasado un mes, Mía. ¿Quieres parar?

—Sí, mamá —dejé caer el teléfono sobre la mesa con un ruido seco y miré fijamente a mi madre, arqueando una ceja—. Ya ha pasado un mes. ¿Quieres parar? Envidiaba a Lauren, que había escapado de ese infierno. Últimamente la recuerdo mucho a ella.

Aprieta los labios y hace una mueca. Entrecierra los ojos y me mira fijamente. Pero no le tengo miedo.

—Eres detestable. Consideraré mi deseo de que te cases con el pretendiente elegido. No debería haber jugado con las costumbres, que son centenarias y verdaderas. Fue culpa mía, fui la primera en romperlas al casarme con tu padre. Y ahora tengo que dirigir yo sola un enorme holding. Y corregir los errores del pasado.

—Te gustan tus costumbres, mamá —dije mientras me levantaba y sacudía desafiante las migas del suelo—. Y ellos no tienen nada que ver conmigo. Puedes arriesgarte a venderme a tus

socios o a quien quieras; ya veré qué hago. Pero tengo otra pregunta para tí: *¿Es todo más importante que la felicidad de tu hoja?*

—¡No deberías pensar que puedes hacer lo que te dé la gana!

La madre también se levanta, en un tono de voz bajo.

—Llego tarde —interrumpí la conversación, sabiendo que eso no le gustaba.

Y entonces me di la vuelta, tiré la mochila detrás de mí y caminé hacia la salida sin volverme, sabiendo perfectamente lo enfadada que se estaba poniendo mi madre. Muy bien.

Ya no salen lágrimas. Luché durante un mes con mis emociones. Lo intenté todo a nivel psicológico: lloré, pedí, supliqué y expliqué que no estaba permitido, apelando al hecho de que vivimos en el siglo XXI. Pero mi madre se mantenía inflexible.

Tiene una especie de vendetta con el padre de Hunter que se remonta a nuestros abuelos. Y somos nosotros los que tenemos que sufrir. Es exasperante. Pero por mucho que la complazcas, no puedes hacer que tu madre cambie de opinión. Eso significa que tenemos que encontrar la otra manera.

El coche me lleva a la universidad y el conductor me observa atentamente hasta que subo los escalones y atravieso las puertas. El guardia de la entrada también está sospechosamente atento a mí, aunque intenta disimularlo.

Sospecho que su madre le paga por la vigilancia y que tiene vídeos de docenas de cámaras por toda la universidad. No hay donde esconderse del ojo que todo lo ve, de los ojos de Linda Brown. Pero no lo olvides, mamá, la sangre no es agua, es la manzana del árbol, como se suele decir. Soy tu hija y he aprendido mucho de ti.

¿Pero cuando ella se ha convertido en un monstruo o ella estaba siempre así? Solo yo no me había dado cuenta. Si es el último, entiendo el comportamiento de mi padre.

***

Entro en el aula de historia de la música general con todos los alumnos. Me siento durante las dos primeras clases y, cuando suena el timbre y todos empiezan a salir del aula para hacer un descanso, me cuelo por la estrecha puerta de la sala de profesores, desde la que hay otra puerta que da a un pequeño almacén de instrumentos musicales y bustos de personajes de la cultura que ya no se utilizan.

Está oscuro porque las ventanas están cubiertas por cortinas oscuras y pesadas. Un poco polvoriento y un poco mohoso, pero no me molesta.

Cierro las puertas en silencio tras de mí y me arrojo a los brazos de Hunter, que ya me está esperando, encaramado a la tapa cerrada del viejo piano. Se acerca a mí, me atrapa y me estrecha

contra él.

—Hola —susurré, y apreté mis labios contra los suyos, cubriéndome los ojos de placer—. Te echaba de menos.

—Hola —responde contra mis labios—. Yo también.

Y luego nos besamos. Durante un minuto, dos, tres… Solo labios y aliento. Solo labios y aliento, el tierno y embriagador contacto que hemos estado privados durante demasiado tiempo: veinticuatro horas enteras. No me atrevo a separarme de él hasta que la falta de oxígeno casi me marea.

No podemos respirar, pero ambos no podemos dejar de besarnos. Nos respiramos el uno al otro. Hunter se separa de mis labios y me permite llenar los pulmones de oxígeno. Me acaricia el cuello. Presiona sus labios contra él con avidez, pero con firmeza, humedad y cuidado para no dejar marcas.

Se da cuenta de las consecuencias de jugar así. Volveremos a hacerlo, pero no ahora. Nos arrancaremos la ropa mutuamente y disfrutaremos el uno del otro hasta la extenuación. Pero ahora no.

—¿Alguna vez tendré suficiente de ti? —murmura, aspirando el aroma de mi piel con la nariz —. ¿Dejaré alguna vez de colocarme contigo? ¿Qué clase de chica eres, Mía, que me coloco tanto solo con tu olor?

Su susurro caliente me hizo vibrar por dentro. La misma voz apagada que antes me hacía estremecer de miedo y ponerme pegajosa me excita ahora a media velocidad. Lo deseo con todas mis fuerzas.

Ahora mismo, aquí mismo, en la universidad. ¡Un mes sin sus caricias profundas! No puedo soportarlo más.

—No puedo soportarlo más —expresé mis deseos más íntimos y deslicé la palma de la mano por su pecho hasta su cinturón.

—Paciencia, mi grillo, ya falta poco. Ya casi está.

—Tengo tanto miedo de que algo vaya mal. Es como si mi madre se volviera loca cuando se trata de tu familia. ¿Qué pasó entre ellos, nuestros padres?

—Nunca he podido averiguarlo —dijo encogiéndose de hombros, pasándome cariñosamente los nudillos por la mejilla. —Y Hudson tampoco lo sabe. Está en el misterio.

—¿Cómo es la relación entre vosotros dos ahora? ¿Confías en él?

—Lo intento —suspiró Hunter—. Quiero hacerlo.

No hay mucho donde elegir. Pero es duro para los dos después de tantos años.

***

Una semana después de que mi madre se enterara de Hunter, volvió a dejarme ir a la universidad. Ya no eran cuatro paredes, pero no estaba contenta.

Lo único que quería era ver a Hunter. Era lo único que ansiaba. Me ardían las tripas y me resistía al control de mi madre. Me devolvió el teléfono, pero descubrí que tenía los contactos limitados y que solo podía acceder a Internet a sitios de estudio.

Me enfadé, pero no pude hacer nada.

Pero unos días después, mi profesora de historia de la música me pidió que trajera dos violines del almacén que había detrás de la sala de profesores. En cuanto entré en aquella habitación polvorienta y semioscura, mi corazón dio un salto y se aceleró, calentando y acelerando mi sangre.

Incluso sentí cómo las manos se me calentaban por primera vez en semanas. Era porque podía oler el aroma familiar del chocolate negro.

¡Sabía que estaba ahí!

Mi acosador estaba de pie junto a la ventana, con la capucha y la máscara cubriéndole la mitad inferior de la cara, apenas distinguible sobre el fondo oscuro de alguna pantalla que habían metido allí después de uno de los conciertos y olvidado para siempre.

Me abalancé sobre su cuello y me eché a llorar, y Hunter me acarició el pelo y me dijo que no sollozara, porque a Mason ya le costaba bastante que su profesora lo hiciera.

A mí también me sorprendió mucho, porque María era una estricta profesora-librera en edad de prejubilación. Pero resultó que a ella no le importaba lo loco y temerario que fuera Mason; en su opinión, era un músico brillante. Había participado en cursos en la universidad hacía unos años y había infundido amor musical en el corazón de la estricta profesora con su talento. Desde entonces, ella se había decantado por él.

Y ahora María era el ángel de la guarda de Hunter y mí para nuestras reuniones secretas. Solo que ella puso como condición que no profanamos la bóveda de viejas herramientas con diversiones carnales.

No nos creerían. Pero nuestra gratitud hacia ella no tenía límites. La primera vez que nos reunimos en esta sala, Hunter me preguntó directamente si estaba dispuesta a huir. Dijo que podía tomarme unos días para pensarlo.

Sabía que de un modo u otro quería a mi madre, pero ahora me había enfadado mucho y no me dejaba otra opción. Así que declaré con confianza que sí y que no necesitaba tiempo para pensármelo en absoluto.

Quería huir con él, con Hunter. A cualquier sitio. Me daba igual. Simplemente juntos. Y entonces me dijo que su hermano había acudido a él y se había ofrecido a ayudarle. Después de todo, era difícil creerle, pero Hunter sentía que tenía razón. Decidieron no decírmelo sobre cómo y qué estaban preparando.

—Todo más tarde. Espera, Grillo.

Y esperé. Durante tres semanas estuve nerviosa esperando, pero esperé. Porque sabía que no era un juego y no podía engañar a mi madre. Pero Hunter no era un simplón y lo había experimentado de primera mano.

—¿Sigues sin decirme cuándo es el día X? —arqueo las cejas y le miro con recelo.

—No —sonríe y me besa suavemente la punta de la nariz—. Ya te lo he explicado, Mía. Cuanto más se acerque la fecha de la escapada, más nerviosa te pondrás y más atención habrá sobre ti. Espera.

Tiene razón, lo sé. Soy demasiado emocional, sobre todo últimamente. Pero al menos quiero saber cuándo podré ser libre y estar cerca de la persona que amo. Porque la espera parece que me está destruyendo.

—Prepárate. Iré a buscarte cuando llegue el momento. Hablando de tiempo…

No tenemos mucho tiempo, pero estamos agradecidos por el poco que tenemos. Así que ya no lo malgastamos hablando. Preferimos besarnos.

# 37. Mía

La espera se me hace increíblemente larga y difícil. Estoy dispuesta a mirar el reloj cada minuto y contar las manecillas. Creo que Hunter se equivocaba. Habría sido mejor saber la fecha y la hora exactas de la escapada, y no saberlo me pone aún más tensa.

Salto ante cada crujido; me congelo con el corazón palpitante ante cada chirrido. Ni siquiera puedo dormir bien. Además, ahora estoy de vacaciones en la universidad y no puedo ver y contactar con el Hunter.

Y aquí estaba de nuevo: literalmente volando de la cama donde estaba tumbada y leyendo.

O debería decir intentando leer. Como las letras no querían alinearse en líneas coherentes, sino que flotaban y saltaban, mi cerebro no asimilaba la información en absoluto y mi imaginación no funcionaba. Ya había hojeado cinco páginas de una novela de fantasía, pero no entendía de qué trataba y no recordaba nada.

Inhalando fuerte y exhalando lentamente en cuatro tiempos, me volví a tumbar y apreté la cara contra la almohada. Estoy impaciente.

Dios, no puedo esperar a que termine y Hunter me recoja. Le echo muchísimo de menos. Me duele y aullo, y rechino los dientes. Quiero abrazarlo y estrecharlo durante mucho, mucho tiempo, quiero respirar su olor y tomarme mi tiempo. Disfrutar la vida con él. Sentir a él. Entregarme a él.

¡Le deseo! Hago un intento más de distraerme, voy a Internet y entonces me encuentro con un artículo.

**Mía Brown ya no canta: la estrella se ha apagado y ha caído en una depresión.**

Que os jodan a todos. Que un artista se tome un descanso no significa que esté deprimido.

¡No estoy deprimida, joder! ¡Estoy encerrada en una jaula de oro!

Y prefiero no abrir el artículo, minimizar la ventana y seguir adelante, pero sigo abriendo el enlace. Bueno, naturalmente, hay una columna grande de prensa y una pequeña llena de suciedad y suposiciones estúpidas.

Incluso incluyen mi ligue no programado con el líder de Sunny, Mason, y un trastorno alimentario.

Ja, ja. Idiotas. Creo que Mason también se estaba riendo, si es que ha leído esa tontería. Vuelvo a apoyar la cabeza en la almohada y me tapo los ojos.

Una especie de somnolencia pegajosa empieza a envolverme casi de inmediato. Creo que estoy a punto de sufrir una parálisis del sueño, pero masoquistamente no la interrumpo y continúo cayendo entre las telarañas mientras el teléfono pita de repente. Es extraño.

Mi madre ha puesto filtros en mis comunicaciones y sólo mi supervisor universitario y mis compañeros de clase pueden enviarme mensajes o llamarme.

Lo que parece aún más extraño es que el mensaje es de… Owen. Me pregunto dónde ha estado todo este tiempo.

***Owen:*** *¡Hola, Mía! No sé nada de ti.*

***Mía:*** *¿Y tú? ¿Cómo estás, Owen? ¿Adónde has desaparecido?*

***Owen****: Pero echaba de menos tus canciones. Tienes que seguir cantando, Mía.*

***Mía:*** *Por desgracia, ahora mismo no dispongo de recursos.*

***Owen:*** *TIENES QUE CANTAR, Mía. Es importante, ¿sabes? Para MUCHA GENTE. Reanuda los conciertos. Yo estaré allí. Escuchándote, Grillo.*

*¿Grillo?*

Ahora todo está claro. Es un diálogo muy extraño. No parece propio de Owen. Sobre todo, el momento con las palabras en mayúsculas.

¡No es Owen! O lo es, ¡pero consciente de ello! El panorama se aclara.

Hunter y él se conocen. Si no, ¿cómo iba a enterarse mi acosador de la asquerosa broma de Bernard? Owen estaba allí. Y Hunter se enteró en cuestión de segundos.

Incluso llegué a pensar que mi compañero era un acosador. Allá vamos. Además, resulta que la fecha dependerá de mí. Me senté en la cama, apreté las sienes con los dedos y empecé a pensar febrilmente. Mi madre no me prohibió cantar ni actuar.

Sí, me dejó fuera de casa, pero fui yo quien le gritó que no haría ningún movimiento en el escenario. Y Bernard no es mi representante.

*¡Genial!* —me gritó entonces.

Ahora tengo que volver. Y tengo que anunciar el concierto a tanta gente como sea posible. Así me resultará más fácil ejecutar el plan de fuga con Hunter.

Me levanto y empiezo a pasearme por la habitación. Tengo que pensar cómo hacer todo esto. No puedo ir y decirle tranquilamente a mi madre que he decidido volver a actuar.

Podría parecer sospechoso.

Tengo que ser fiel a mí misma. Cojo el teléfono, bajo apresuradamente a la planta baja y camino a paso ligero hacia el comedor. Sé que mamá está allí. Ya casi nunca se queda en la oficina, prefiere trabajar desde casa. Entro volando en la cocina y golpeo el teléfono contra la mesa, delante de él.

—Toma, ¡mira esto! —digo histérica—. ¡Es culpa tuya, mamá!

—¿Qué ocurre? —arqueó las cejas y cogió mi smartphone.

—¡Mira qué tonterías se inventan! ¡Estoy deprimida! ¡Deprimida! ¡Están soltando basura que no puedo cantar! ¿Por qué no les decimos la verdad?

—¿Por qué te pones histérica? ¿Qué vamos a decir?

—¡Qué me tienes encerrada!

—No te he prohibido cantar y actuar, Mía —mi madre me guarda el teléfono y yo me alegro interiormente de que todo parezca ir según lo previsto.

—Llevo mucho tiempo ofreciéndote un representante para sustituir a Bernard. Si él no te gusta. O puedes elegir tú misma, pero por seguridad quiero hablar primero. Y deja de ponerte histérica. Estoy harta.

Cojo el teléfono y me lo meto en el bolsillo.

—Llama a Carol. Hace tiempo que quiere trabajar contigo. O, si quieres, ¿la llamo yo?

—Me las arreglaré sola —dije enfadada y me fui a mi habitación.

Ocultando una sonrisa mientras iba de camino. Ya lo tengo. Voy a llamar a Carol y a fijar una fecha para el concierto. Una fecha que esperaré con tantas ganas como nunca he esperado nada en mi vida.

# 38. Hunter



Hoy estoy teniendo un día perfecto. Realmente es un buen día. Me siento bien, con energía. No puedo evitar sonreír mientras camino por la ciudad.

Yo soy ayudante extraoficial de un investigador privado. Por eso, cuando salí del instituto para niños problemáticos, no tenía que preocuparse por el dinero. Consigo cualquier información que necesita. Y además tenía acceso a todo: el tráfico, en pantallas de teléfonos de otros, las conversaciones privadas…

Gracias a ese maldito instituto, aprendí algunas habilidades valiosas. Ahí estudié prácticas orientales. Es un lugar donde los límites los ponen otros. Fue una experiencia inolvidable, o lo mejor decir no tener en mi vida. Pero estoy agradecido, me enseñaron las cosas que ahora estoy usando para protegerme a mí y a mi familia.

Después de que mi madre y mi hermana Olivia abandonaran a nuestro padre, él hizo todo lo posible para que no pudiera comunicarme con ellas. Y la vida de mi madre lo ha hecho imposible. Pero yo no obedecí. Yo ayudaba como podía. Hudsen, se puso de lado nuestro padre. Siempre tan obediente.

Cuando volví del instituto, lo primero que hice fue buscar a mamá. No fue fácil. Mi padre había puesto obstáculos en cada rincón. Mamá no pudo establecerse en ningún sitio. Cambiaba de ciudad y de nombre, constantemente. Pero cuando finalmente las cosas empezaron a mejorar, yo lo descubrí todo. Y ella logró encontrar un poco de paz con nuevo nombre. Yo la ayudo sin decir a ella.

Guardo un enorme rencor a mi padre, pero aún más a Hudsen.

Nos encontramos por casualidad en un campo de tiro, donde él practica regularmente. Yo lo descubrí donde estaba Hudsen sin padre y fui a enfrentarme a él. Nuestras personalidades

explosivas nunca nos permitieron hablar correctamente. Antes de que me enviaran a ese maldito instituto, le robé una chica a Hudsen, sin saber que le gustaba. Y yo le recrimino por qué mi madre estaba mal, por qué no cuidó de ellas.

Y de verdad, no entendía por qué se hizo gángster y se convirtió en un chico malo. Antes era todo al revés.

Con la aparición de Olivia, Hudsen se puso celoso. Le contó a mamá que papá tenía una amante, así que se separaron gracias a Hudson.

Papá tampoco podía perdonar el incendio provocado de mi parte que dejó las feas marcas en mi cara y la de mi hermano.

Fue otro momento tenso entre nosotros. No podemos hablar como hermanos normales. Yo solo le echaba en cara que a Olivia, como a él, le gustaran las ciencias exactas, especialmente, matemáticas. Me aferré a eso y nos separamos en silencio.

Cuido de mamá desde lejos, sin mostrarme. Le conseguí un buen trabajo. Conseguí que Olivia fuera a un buen colegio. Me sentía culpable de mí mismo, por eso no aparecía en su vida. No quería que mamá se sintiera avergonzada por su triste situación.

Pero hoy es un buen día. Encontré a Olivia y a mamá. Un encuentro muy emotivo. Nos abrazamos. Por fin, después de tanto tiempo, estamos juntos. Es un buen día, de verdad. Y luego sacar a mi princesa de la jaula de oro.

# 39. Mía



¿Qué tipo de look quieres? ¿Quizá un poco de glamour? ¿O un estilo más rústico?

Carol llevaba mucho tiempo intentando llegar a mi madre, a mí y a la ayudante de Bernard.

Tenía muchas ganas de trabajar conmigo, porque sería un buen impulso para su carrera. Mi madre pensaba que era una prometedora directora de relaciones públicas. Bernard la rechazara de todas las maneras posibles, intentando por todos los medios alejarla de mí. Significaba que la veía como una competidora para su puesto.

Me molestó un poco que quisiera que fuéramos amigas. Ya sabes, como amigas, más mi madre. En cierto modo, me halagaba; en cierto modo intentaba brillar con sus ideas y su capacidad de organización, pero yo sentía que era la típica piraña que quería hacerse con un pedazo más grande del mundo del show.

—¿Qué tal si nos ponemos en plan muñeca? Ya sabes, como una colegiala japonesa.

Antes dejaba pasar sus brillantes ideas. No me importan las imágenes y esas cosas, solo pienso en la escapada. Y el concierto es una excusa. Pero ahora miro a Carol con sorpresa.

—¿Colegiadas japonesas? ¿Pongamos tentáculos en el decorado y luego nos pondremos hentai?

—Mimi, vamos —apretó los labios, un poco como una novia ofendida y un poco como una actriz mala—. Solo estoy esbozando opciones. Una lluvia de ideas.

—Empecemos a trabajar en el cambio de mi personaje escénico con Bernard.

Lo traigo a colación, sobre todo, para fastidiar a la Carol. Eso le cabrea. Carol odia a Bernard. Yo tampoco le soporto, pero esa no es la cuestión. Es curioso cómo se calló y saltó sobre sus patas traseras cuando Hunter me dio el vídeo del estudio.

—Y ya se estaba añadiendo un poco de sabor al jaleo. Si no, ¿cómo puedes imaginarme actuando con Mason?

Ante la mención de Mason, Carol palidece. Uy. Parece que alguien intentó convertirse en mánager de “Sunny”; la fallaron y la echaron. Y si Carol realmente intentó entrar en su equipo, es una tonta.

Mason no reconoce a ningún promotor ni a otros aprovechados. Y luego está Carol. Je, je. Bueno, lo siento, Carol, ha sido una perorata involuntaria.

—Vale, ahora vamos a repasar otra vez el repertorio —sacó un portapapeles.

Y en mi cabeza: *vale, Mía, una lista más de cosas: pasaporte, carné, libreta, foto de papá y Lauren. Zapatillas cómodas y vaqueros en la mochila.*

—Quita “Mango” —dije, con toda mi atención puesta en el crepitar del motor del Carol. —Ya no quiero cantar esa mierda.

—Mía —Carol me lanza una mirada de sorpresa y me dan ganas de pinchar el labio carnoso con la punta afilada de un lápiz y ver si baja con el aire o si se le escapa algún tipo de relleno…

—¡Es tu mejor canción! No puedes perderla. Tienes que cantar “Mango”.

—Así que cantas tú —me levanté y me colgué la mochila al hombro.

No le debo nada a nadie.

—Hasta mañana, Carol.

Sé que soy una zorra, pero ya no pueden hacer nada. Mis nervios están tensos como cuerdas tensas, hormigueando con la menor fluctuación del aire a mi alrededor.

*“Has madurado, Mía. Y la zorra que hay en ti, también”*, me dijo el otro día Bea cuando le hice una puya a una persona que no era bloguera y que había decidido difundir otra ictericia sobre mí por la universidad.

Pero a mí no me gusta estar así. Tengo miedo, me siento incómoda y tengo frío. El pozo que respira frío empezó a arrastrarme de vez en cuando. Y quería a Hunter, el que disipaba ese frío, el que lo ahuyentaba, el que me mostraba que podía haber calidez y consuelo en la vida. Que era posible ser amada y amar sin miedo al abandono.

*"Todos esos psicólogos son basura"*, me dijo una vez Mason cuando le conté que mi madre me había enviado a un psicólogo para tratar mi depresión cuando le hablé de "la fosa".

*“Hay muy pocos inteligentes. La mayoría se dedican a joder con gilipolleces incomprensibles, autocomplacientes consigo mismos, y tú te revuelcas en tu propia mierda, y sigues revolcándote".*

Y estoy de acuerdo con él. No podía permitir que un terapeuta entrara en mi cabeza y la explorara. Pasábamos una hora dos veces a la semana dibujando círculos y triángulos por una tarifa decente que pagaba mi madre.

*¿Qué sentido tenía?*

Y Hunter era el único que me entendía. Entendía lo que yo necesitaba: adrenalina. Primero me enganchó a ella con su acecho y luego me hizo apreciar la diferencia entre el límite y la vida.

Se metió en mi piel; me inyectó su veneno, que resultó ser un antídoto contra el pozo y su grave aliento.

El conductor-supervisor me recoge en el estudio y me lleva a casa. La visión de mi propia valla me produce náuseas.

No puedo esperar al día siguiente, no puedo esperar al concierto. Tiene que funcionar. Si no lo hace, no sobreviviré.

—¿Cómo van los preparativos del concierto? —pregunta mi madre mientras preparo té en la cocina.

En silencio, como siempre últimamente.

—Normalmente: Carol intenta ser profesional y yo intento ser yo.

—¿En conflicto? —pregunta la madre con voz de "*Mía, estás como siempre"*.

—No, mamá, ¡vamos! Somos las mejores amigas. ¿No te ha informado?

No me cabe la menor duda de que le da un informe completo a mi madre.

—No me gusta nada que el acto se celebre en el club.

—¿Estás sugiriendo que cante en la habitación cerrada solo para avergonzarme?

—¿Cómo te estoy avergonzando, Mía?

¡Oh! Realmente no lo entiende, ¿verdad?

—¡Manteniendo encerrada a tu hija de veintiún años y prohibiendo salir con el hombre al que ama!

Me doy la vuelta, dejo la taza en la mesa junto al fregadero y miro a mi madre, que está sentada a la mesa del comedor.

—Mía, ya te lo he dicho. Eres joven, tendrás un joven decente y de verdad en tu vida, no este… quién.

—¿A quién? —Levanto las cejas. ¿Este quién? ¿Qué le pasa a Hunter? ¿El hecho de que sea el hijo de tu enemigo? Dios mío, mamá, mira esto: ¡El siglo XXI!

Es hora de que vaya más despacio. Esta conversación se ha repetido muchas veces y ahora no es el momento de mantenerla. No quiero que se estropee por mi intemperancia y por otra pelea

con mi madre.

—Tengo que ensayar. Cojo la taza y salgo de la cocina sin esperar la respuesta de mi madre.

Y no la habrá. No habrá una respuesta clara. He intentado preguntar con calma y con presión, pero se niega a darme una razón. Y no me importa.

Pronto estaremos juntos con Hunter y las razones de la locura de mi madre no me importarán. Subo a mi habitación, me bebo el té de un trago, me enchufo los auriculares en los oídos y me dejo caer en la cama.

Mañana, Mía. Mañana.

# 40. Mía

Se me entumecen un poco los dedos cuando agarro desde dentro el tirador de la puerta del coche y me detengo delante del club. Solo llevo conmigo una pequeña mochila en la que he metido el dinero en efectivo, mi pasaporte, me he arremangado los pantalones de deporte e incluso me he metido las zapatillas de ballet.

Habría estado bien llevar algunas cosas más, pero mamá habría sospechado si hubiera metido una bolsa de camping entera. En cuanto salí del coche, Carol vino corriendo hacia mí.

—Mía, el camerino está listo, he vaporizado el traje y lo he colgado allí. Ahora traerán café y bocadillos.

—Bien.

—Pues vamos rápido. Hoy hace mucho viento, que no destruya tu pelo.

Es tan cariñosa, casi como una madre. Al parecer, la madre ha pagado el primer plazo.

—Vamos.

—¿Dame tu bolso?

—¿Por qué? —la miré sorprendida—. ¿Eres un chico enamorado de mí y quieres llevar maletines?

—Bueno, solo quería…

—Sigue ya, Carol.

Entramos en el club por una discreta puerta trasera. Ahora solo está aquí el personal. Aún es pronto para la gente. Hay luces brillantes encendidas en los pasillos, muchas puertas están abiertas y los técnicos llevan equipos: todo se está preparando para la noche.

—Es por aquí —dijo Carol, señalando una esquina de uno de los pasillos, y apunté en mi cabeza qué pasillo era y adónde conducía, por si podía ser útil durante la huida.

El vestuario estaba bien organizado. El vigilante de mi madre estaba de guardia en la puerta. Eso no es sorprendente; siempre tenía vigilantes en los conciertos. Sin embargo, eso no impidió que mi acosador me dejara tulipanes y mensajes.

Dentro de la habitación hay sofás de cuero, varios espejos de maquillaje, un perchero, mesas cómodas y una nevera. Mi traje para escena ya está desempaquetado y colgado en el perchero.

—Mía, el estilista llegará en unos cinco minutos. Tienes tiempo.

—Será mejor que voy al baño primero.

Necesito ver si hay una ventana y por dónde escapar. Me doy cuenta de que parece una superproducción de Hollywood, pero, en realidad, el cuarto de baño es el único lugar donde puedo estar sola un rato sin levantar sospechas.

Me miré el pañuelo atado al brazo que Lauren me había regalado en su boda. Realmente me traía suerte. Recordé que cuando había actuado en el club de enmascarados, lo había llevado puesto, y entonces había conocido a Hunter. Y hoy, por alguna razón, decidí que debía estar conmigo.

¡Todo va a salir bien!

No encuentro una ventana en el inodoro. El conducto de ventilación también es estrecho. Empiezo a preocuparme, pero me recuerdo a mí misma que Hunter dijo que pensaría en todo él solo; lo único que tengo que hacer es llegar al concierto.

—No sabía que habías decidido completar el disfraz —me dice Carol cuando vuelvo a entrar en el camerino.

—¡Pero va a ser impresionante! Ya has actuado antes con una máscara y me gustó el aspecto.

Al principio no sé muy bien a qué se refiere, pero entonces veo mi máscara dorada en sus manos. ¡La que Hunter me pidió que me pusiera para él!

—¿De dónde lo has sacado?

—Pues está aquí, en la mesa. Creía que lo habías sacado tú.

Bien, ¡tienes que encenderlo! Soy una tonta.

—Sí, es verdad. Creía que estaba en mi mochila. Olvidé que la había sacado. Me acerco y cojo la máscara.

Siento que se me calientan las entrañas. Está aquí. De algún modo, ha conseguido colarse y ponerse la máscara. Es un indicio de que todo irá bien, de que todo saldrá bien. Un cálido consuelo. Incluso respirar me resulta cada vez más fácil. Me tomo un café rápido y luego entra el estilista.

Ella me peina y me maquilla.

Me pongo un vestido bouffant negro brillante con jirones plateados que me cuelgan desde la cintura hasta las rodillas, un poco más largo que el dobladillo.

Me pongo unas botas pesadas que parecen medias, pero decoradas con brillantes cristales.

Me pongo guantes de malla y mis pulseras de cuero favoritas.

Sí, me gusta más esa imagen que la de bonachona. Pero estoy nerviosísima. Nunca he sido puramente guapa en el escenario, pero Bernard intentó por todos los medios convertirme en un bonito caramelo hasta que se dio cuenta de que no era lo mío.

Y justo cuando quiero empezar a cantar, Carol entra de nuevo en el camerino, pero está pálida, con las pupilas dilatadas y el pecho subiendo y bajando con más intensidad que de costumbre.

Parecía estar asustada o indignada.

—¡No sabía que "Sunny" actuaba esta noche! —suelta.

Yo tampoco lo sabía. Pero parece que tiene algo que ver con mi huida, así que me encojo de hombros y respondo con calma:

—¿Sí? Supongo que olvidé decírtelo.

—¿Así que lo sabías?

—Por supuesto. Cantamos dos canciones juntos.

Por supuesto, digo esto último al azar, pero no creo que sea un problema. Los chicos tocarán lo que quieran. No necesitan adaptarse. Carol suspira profundamente y exhala lentamente. Se nota que no le gusta todo esto.

Pero ese es su problema.

—Por favor, Mía, mantenme informada de cualquier cambio —responde con voz mucho más calmada—. Soy tu representante y necesito saberlo todo.

—Vale —me encogí de hombros—. Hoy he desayunado un bocadillo de mantequilla y queso, y luego he tomado un té, y después me ha rugido el estómago y…

—Sobre la actuación y conciertos, ya se verá. Conocer actualmente qué hacemos.

—Ah…

No sé cuánto me costaba no reírme, pero me contengo a pesar de todo.

Sin embargo, hace un gran trabajo para calmar mi tensión por la espera. Con una mirada de "*eres una odiosa chica con estrella al frente, Mía"* en los labios, Carol se da la vuelta y se aleja de nuevo.

Mientras canto, me preparo. Veinte minutos después, nos dirigimos al escenario. El club bulle y palpita. Hay mucha gente entre el público.

Carol dijo que la gente se emocionó cuando se difundió el comunicado del concierto y que se habían vendido muchas entradas. Sé que la gente de mi madre también está allí.

Están leyendo, pendientes de cuando Hunter aparece. Pero no le conocen, subestiman sus habilidades, no pueden imaginar la escuela por la que ha pasado.

Y que consiguieran atraparlo milagrosamente en nuestra casa no significa que vuelvan a hacerlo. El grupo "Sunny" está aquí. Instrumentos en el escenario, batería en el kit.

El resto de los chicos de la banda están charlando en el pasillo delante del auditorio. Ron me ve primero y me saluda con la mano. Mason guiña un ojo.

—Mía, empecemos —me dice el DJ, y vuelve a su habitación por la escalera de caracol.

El gesto de Mason me tranquiliza un poco.

Seguro que está al tanto de todo. Asiento al DJ y me pongo la máscara. Me hago un moño con cinta y me arreglo el pelo. Me pongo la mano en el pecho, donde late mi corazón. Todo va a salir bien. Lo conseguiremos.

Mientras tanto, yo seré la estrella, la Mimi que el público quiere ver. Suenan los acordes de una de mis canciones populares y paso con confianza bajo los focos. Hoy, como una vez antes, soy la acosada. Hoy, como una vez antes, mi acosador vuelve a estar entre la multitud y me observa. Solo que hoy me alegro de que esté ahí.

—¡Hola, mi gente!

Saludo a la multitud, y ellos me devuelven el saludo con gritos.

—¿Me has echado de menos? ¡Pues empecemos!

La multitud enmudece cuando empiezan a sonar las teclas melódicas. Recojo aire en mis pulmones y empiezo a cantar suavemente.

(Versículo 1)

Dentro de los fríos muros del castillo, soy una triste princesa.

Ocultando el dolor bajo la máscara que me pongo tan fácilmente.

Nadie debe tocarlo a menos que yo lo permita.

Pero en secreto deseo que alguien me comprenda.

(Coro)

A nadie le encantará, porque es más fácil mantenerlo fuera.

Este sistema es fuerte. No está dispuesto a derrumbarse.

Pudo haber calor en sus ojos, pero incluso se extinguió.

Nadie quiere un príncipe o un rey.

(Couplet 2)

Agarrando servilmente el borde de mi capa,
Besan el suelo, pero no me tocan.
La corona, sujeta cruelmente con sus cadenas,
El intento de amor que ella no perdona.
(Coro)
A nadie le encantará, porque es más fácil mantenerlo fuera.
Este sistema es fuerte. No está dispuesto a derrumbarse.
Pudo haber calor en sus ojos, pero incluso se extinguió.
Nadie quiere un príncipe o un rey.
(Puente)
Miro a través del mar de gente.
Busco una sombra familiar, quiero creer.
Estás dispuesto a atreverte, a destrozarme.
Como un pájaro que abre su jaula.
(Versículo 3)
He encontrado manos condenadas que me acarician.
Ya no quiero ser una princesa triste.
He encontrado un amor que me sostendrá.
Ahora soy fuerte. No dejaré que desaparezca.
(Coro)
A nadie le encantará, porque es más fácil mantenerlo fuera.
Este sistema es fuerte. No está dispuesto a derrumbarse.
Pudo haber calor en sus ojos, pero incluso se extinguió.
Pero he encontrado mi luz y ya no estoy sola.
(Final)
Ya no soy esa princesa triste.
¡No quiero ser ella!
He encontrado a mi amor.
¡Ahora soy libre, ahora vivo!

La multitud estalla en aplausos cuando termino y yo bajo la cabeza. Aplauden y aplauden, llenando mi alma de aún más valor para realizar lo que había planeado.

Por mí misma.
Por la libertad.

Por mi propia inspiración.

Desde el fondo, los chicos de la banda suben al escenario y el público canta pidiendo una ruptura cuando ven a Mason.

Mason levanta las manos en señal de saludo e inmediatamente toca un riff de guitarra, dando comienzo a una canción loca en la que hacemos un dúo.

Me estoy esforzando tanto que, hacia el final, se me apaga el micrófono. Sucede, es sonido en directo.

—Un momento, amigos —grito al micrófono de Mason, derrotada, y me lanzo al fondo del escenario a por el otro que ya me había preparado el técnico.

Excepto que me llevo un susto, porque cuando doy unos pasos hacia el fondo de la sala, en el escenario aparece… yo.

La otra yo.

Llevaba el mismo vestido, llevaba el mismo pelo, llevaba la misma máscara.

Y la misma voz, que se une al dúo con Mason. Sacudo la cabeza, sintiéndome como en un espejo, pero vuelvo a la realidad cuando una fuerte mano enguantada de negro me rodea la muñeca.

# 41. Mía



No lo dudo ni un minuto. Me agarro a su mano caliente y corremos. No puedo ver adónde voy en la oscuridad. Solo confío en él e intento mover los pies con rapidez.

Quería detenerme, colgarme de su cuello, abrazarlo fuerte y apretado, besar sus labios. Respirarlo, nutrirme de él. Y ocurrirá, solo que más tarde. Solo tenemos que esperar un poco más. Estaremos a salvo y podremos saborearnos mutuamente. Ahora mismo, todo lo que tengo es su palma caliente. Eso es suficiente. Corro tras él, dejándome llevar.

La adrenalina me recorre el cuerpo, me cuesta respirar por la tensión en los bronquios, tengo las piernas pesadas, pero aún así siento que vuelo. Luego recupero el aliento, luego descanso. Nos metemos en la oscuridad del pasillo utilitario que hay detrás del escenario.

El bajo del público está silenciado, y puedo oír cómo la otra saca de mi voz la parte más difícil de la nueva canción. Sé que está cantando en directo o en la grabación con mi voz. Se suponía que era el estreno. Me sorprendo interiormente e incluso siento algo extraño, como si alguien me hubiera arrebatado la vida y me hubiera obligado a ver esto.

¡Pero me alegro! Este espejo es mi elección. Y estoy muy agradecida con esta segunda yo. Damos una vuelta en la penumbra, luego otra, y salimos corriendo. El aire fresco me golpea la nariz y tengo la cabeza mareada por el exceso de oxígeno. Tenemos que correr hasta la esquina de la cornisa, y allí habrá una calle, una carretera. Es probable que allí nos espere un coche.

Se me pasa por la cabeza la idea de que se han dejado los documentos en el vestuario. Pero no podemos hacer nada, ya se nos ocurrirá algo. Lo principal ahora es irnos.

Se me hiela el corazón cuando corremos hacia la esquina y casi chocamos con dos de los guardias de mamá. ¡También están aquí! Es la velocidad del rayo.

Luego lo repetiré en mi cabeza y me preguntaré una y otra vez cómo pueden los legos conseguirlo. Hasta el último segundo. Cada movimiento. Perfeccionado. Con la precisión de un reloj suizo.

En la carrera, Hunter se gira a medias, me suelta el brazo y me empuja el pecho con la palma de la mano contra la pared. Y sale corriendo hacia los brazos de los cerberos de mi madre.

Aquellos reaccionan de inmediato, corriendo tras él y alcanzándole en cuestión de segundos. Quiero chillar por el dolor que siento en el pecho e intento gritar, pero una mano enguantada en cuero me tapa la boca y me arrastra hacia las tinieblas de la pared.

Todo sucede muy deprisa, como en una película. Siento una sacudida y me arrojan a las sombras contra la pared, pero no tengo tiempo de caer, porque enseguida me levantan, me cierran la boca y me arrastran de nuevo al interior del edificio. Hacia la puerta entreabierta del otro lado del pasillo.

—Shh, Grillo, soy yo —oigo una voz ronca que me resulta familiar y vuelvo a sobresaltarme.

Así que no fue Hunter. ¡Hudson! ¡Me he vuelto a equivocar!

—Vámonos.

El verdadero Hunter me coge de la mano, cierra la puerta en silencio y vuelve a tirarme hacia alguna parte.

Tras un par de minutos más de deambular por pasillos oscuros (nunca habría imaginado que hubiera tantos en este edificio), entramos en una pequeña habitación sin ventanas donde Hunter enciende una débil lámpara de pie y cierra la puerta.

Caigo de rodillas e inclino la cabeza entre las piernas, intentando recuperar el aliento. Siento como si mis pulmones ardiendo fueran a saltar; me duelen mucho, resuellan al exhalar y punzan al inhalar.

—Siento lo del sprint, chica. Debería haberme cubierto las espaldas por si acaso…

—Hudson... No le dejarán marca —digo cuando el pecho me deja de arder tanto.

—Estará bien, no te preocupes por él, Mía. Era su plan. “Tú” estás en el escenario y yo estoy reventado. Tu madre y sus grandullones no tienen nada de qué preocuparse.

—Y en el escenario… ¿Quién es? ¿La conozco?

—Ya sabes. Más tarde hablaré sobre eso. Más tarde ya lo sabrás.

Me interesa, pero no lo suficiente como para perder un tiempo precioso en eso ahora.

Me enderecé, volví a suspirar y por fin hice lo que tanto había deseado: acurrucarme contra mi acosador. Inhalé profundamente mi grosella favorita y hundí la nariz en su pecho.

—¿De cuánto tiempo disponemos? ¿Qué es lo siguiente?

Me aprieto los ojos.

—Esperamos la señal. Luego nos vamos.

Aferré su chaqueta con los dedos y oí una exhalación aguda. Oigo el corazón en su fuerte pecho, apenas ralentizado tras la carrera, acelerándose de nuevo. El mío también. Lo necesitamos. Ahora mismo. Aunque aún jadee por la frenética carrera, aunque el pulso me desgarre las sienes, necesitamos hacerlo.

Tengo que hacerlo. Hunter me levanta bajo sus muslos y me golpea la espalda contra la pared. La adrenalina y la excitación recorren mi sangre como una mezcla combustible, haciéndola hervir aún más. No decimos nada. Lo conseguiremos.

Me estremezco dos veces: cuando oigo el traqueteo de mis medias con mi ropa interior y cuando Hunter desliza su dura polla hasta el fondo de mí.

—Oh…—, estalla él de forma incontrolada al dar el primer empujón.

Profundo, duro, enloquecedor. Hunter hace una pausa y luego empieza a moverse rápido, agarrándome la cintura y las caderas con las manos. Ni siquiera intenté moverme. Solo cierro los ojos y me entrego a él. Colocarse, saborear el viaje…

Este es nuestro momento, y nadie tiene derecho a quitárselo. Hemos esperado demasiado tiempo para esto. Ahora dejemos que el mundo espere.

Cuando ambos nos sentimos abrumados por el destello cegador del orgasmo, nos quedamos inmóviles y finalmente nos besamos. Las suaves caricias de sus labios y su lengua contrastan con los agudos empujones anteriores.

Es mi acosador. Está hecho de contrastes. El blanco y el negro se entretejen en su interior formando un intrincado ornamento, y dan como resultado una personalidad extraordinaria, completamente única.

Hay otro con la misma cara, pero con un alma como la de Hunter: el único. La oscuridad que hay en él convive con la luz, y el dolor que le causó la traición de su madre está a la altura del concepto de honor. Tiene sus dolores y sus cicatrices, pero estoy locamente contenta de que se cruzara en mi camino y de que me enamorara de él.

Hunter se calla, escucha algo y me sujeta ligeramente el labio inferior con los dientes.

—Es la hora —dice secamente, y me deja en el suelo. Se las arregla para sostenerme sobre los codos, porque me tambaleo.

Me ajusta la ropa y luego coge una pequeña bolsa de viaje de debajo de una mesa de plástico que se había olvidado aquí hacía mucho tiempo.

—Cámbiate —me tiende la mano.

A pesar del temblor de mis manos, lo hago rápidamente. Saco mis vaqueros, mi chaqueta deportiva, un jersey, una máscara para cubrirme la mitad inferior de la cara y unas zapatillas de deporte.

También encuentro una peluca rubia. Me quito el vestido y los zapatos, hago un nudo con la parte rota de los calzoncillos y me pongo las cosas de la bolsa. Me arreglo el pelo y me pongo la peluca con la capucha por encima.

—Listo —susurro tres minutos después. Hunter me lanza una larga mirada, con una sonrisa acechándole en los ojos.

—Entonces vamos, mi grillo. Vamos a sacarte de esa jaula de oro.

# 42. Mía



Estaba tan nerviosa que me quedé dormida. Me desmayé por la tensión en el hombro de Hunter. Salimos del club rodeados de gente. Salir antes habría sido más arriesgado, pero habría tenido más tiempo para escapar.

Sin embargo, al habernos mezclado con la corriente de gente excitada y ruidosa, éramos más invisibles. Todavía había mucha gente en el club y los que habían venido solo por mi actuación se habían marchado. Me senté en el asiento trasero de un coche gris extranjero y, de repente, sentí una cálida oleada de gratitud hacia toda aquella gente.

Incluso me entristeció un poco no volver a subir al escenario. Y no lo haré. Porque no quiero. Ese fue mi último concierto. Aún nos queda una batalla por la libertad, pero lucharemos lejos el uno del otro.

Y eso es lo principal. Al quedarme dormida sobre el hombro de Hunter mientras un amigo suyo conducía el coche para llevarnos lejos de aquí, pensé que estaba cruzando un umbral. Había vivido toda mi vida en casa de mi madre bajo su protección.

Me parecía seguro, pero se había convertido en algo concreto y sofocante. Ni siquiera una jaula, como decía Hunter, sino una cripta. Y yo no quería vivir así. Y fueron esos pensamientos con los que intenté ahogar la culpa que escarbaba en algún lugar profundo.

Porque, por mucho enfado que tuviera con mi madre, sabía que iba a sufrir.

Sí, enfadada. Pero también estaba aburrida. Preocupación, ansiedad… Porque de una forma u otra, mamá me quiere. Y yo también la quiero, por eso me voy para no sentir el odio.

Quizá algún día vuelva en sí y podamos volver a ser una familia. En un formato diferente, pero aún así. Eso me gustaría. No sé cuánto tiempo llevamos viajando ni dónde estamos ahora.

El coche circula suavemente, la grabadora murmura en voz baja, el habitáculo está caliente y Hunter está a mi lado. Me despierto de vez en cuando y luego vuelvo a caer en el sueño. No estaba tan tranquilo, tan bien y tan relajado desde hacía mucho tiempo. Las suaves caricias en mi hombro me recuerdan que pronto estaremos lejos, a salvo.

Para ser sincera, ni siquiera le había preguntado a Hunter adónde íbamos exactamente, dónde íbamos a vivir o qué íbamos a hacer. Solo puedo dar por segura una de esas cosas, y esa suposición me produce un ligero cosquilleo en la boca del estómago. De repente, noto tensión en el hombro de Hunter, donde reposa mi cabeza. El sueño se disuelve y me enderezo.

—¿Ocurre algo? —pregunté, contemplando el rostro tenso de mi acosador en la penumbra del interior del coche.

Pero el conductor me responde, rompiendo de golpe todo este estado de calma y seguridad que ya estaba a punto de estallar.

—Nos siguen y nos empujan hacia arriba.

Solo que ahora, al mirar por la ventanilla, me doy cuenta de que no solo estamos conduciendo, sino literalmente corriendo. Es difícil saber a qué velocidad vamos. ¿Ciento cincuenta? ¿Ciento setenta?

—¿Qué vamos a hacer, Hunter? —pregunta el chico.

—Hay un cruce con tren. Si por algún milagro no nos ponemos delante del tren y la cola no se atasca por el mismo milagro, no creo que consigamos escapar. No podemos sacar mucho más del coche y hay dos Jeep detrás de nosotros.

Mi corazón empieza a palpitar en mi pecho y las lágrimas acuden a mis ojos sin que yo quiera. ¿Se ha ido todo? No puedo creer que esto vaya a funcionar. Si tengo que volver otra vez con mi madre, si vuelve a retenerme como a una prisionera, juro que no podré soportarlo.

Yo… ni siquiera quiero expresar con palabras el pensamiento que se agolpa en mi cabeza. Pero estoy muy dolida y amargada ante la idea de volver a estar encerrada. Y ahora, después de mi escapada, bajo la cerradura más segura que se le ocurrió a mi madre.

Pero no podemos llegar delante del tren. Tenemos que reducir la velocidad y apartarnos a un lado de la carretera, entre los árboles. Hunter y el otro tipo abren bruscamente las puertas y salen a la calle, justo cuando el gran todoterreno de los perros de mamá frena bruscamente al otro lado de la carretera.

Salto también y me agarro a la chaqueta de Hunter por detrás. Quiero suplicar:

—No me delates —pero se me seca la lengua en el paladar.

No es una noche fría, pero estoy temblando. Sobre todo cuando me doy cuenta de que Hunter sostiene una pistola en la mano.

Lo que está a punto de ocurrir me da mucho miedo. Quiero agarrarme la cabeza con las manos y salir corriendo. Dos hombres grandes y mi madre saltan del coche al otro lado de la calle. Hunter se sobresalta, pero le agarro del brazo.

—No dispares, por favor, ¡mi madre está ahí!

Toda esta situación, esta pesadilla, me dan ganas de gritar.

Quiero gritar, fuerte, hasta desgarrarme la garganta.

Quiero detener el tiempo y gritarles a cada uno de ellos que esto no está permitido, joder.

—¡Mía! —dice mi madre, caminando enérgicamente hacia nosotros.

Hunter está tan tenso que sus músculos y su cara parecen tallados en piedra. En la oscuridad de la noche y bajo los faros de los coches, parece muy pálido. Una criatura irreal de la noche, igual que yo le había visto en la oscuridad cuando nos conocimos.

Pero antes de que mi madre pueda alcanzarnos, otro coche se detiene a nuestro lado y vemos cómo se abren las puertas y salen Mason, Ron, unos cuantos chicos más, Hudson y la chica que me sustituyó en el escenario. Aún lleva puesto el traje, con un abrigo ligero por encima. Pero sin la máscara, y cuando la luz le da en la cara, me quedo helada de asombro. Porque es Lauren, y con mi peluca parecemos dos gotas de agua.

—¿Lauren? —susurré con voz sorprendida y gris.

Me dan espasmos en la garganta y ni siquiera puedo tragar. Y no soy la única. Mi madre también se pone rígida y respira agitadamente.

—Lauren...

—Basta, Linda —dijo la voz que había atesorado en mi memoria durante años—. Esto tiene que acabar hace mucho tiempo. Tu enemistad con Canon se ha ido demasiado lejos.

Lauren avanza hacia nosotros con paso seguro y elástico.

—¿De verdad estás dispuesto a arruinar la vida de tu segunda hija porque tu abuelo perdió un par de acres a manos del abuelo de Hunter? ¿Y montaron esta trifulca de dos generaciones? ¿Estáis locos?

Se detuvo delante de su madre y la miró. Lo hace con valentía, abiertamente y a la cara. No es la misma Lauren Brown que huyó a China para ser modelo. La recuerdo. Y la pesadilla que le ocurrió all - sigue siendo un secreto entre nosotros.

Lauren ya había desobedecido antes a mis padres, pero no se atrevió a discutir con ellos. Pero por eso huyó. Ahora estoy en igualdad de condiciones con élla. Ahora está casada con un famoso

abogado que también fue modelo en el pasado.

—¿Lauren? Tú también era mi hija —responde sordamente la madre.

Veo que quiere ser dura y mordaz, pero no puede, no puede hacerlo. Las emociones se han apoderado de ella y la mantienen al borde del precipicio.

Entonces los vi en la boda de Lauren con mi padre. Pensaba que todas las estupideces habían quedado en el pasado. Yo era única la que tenía la herida dolorosa.

—No tenías nada que ver con ella. ¡Abandonaste a tu familia! ¡Nos abandonaste!

—No, al menos no vamos a mentir de nuevo. Puede que se lo hayas contado a Mía todos estos años, pero ya es hora de dejarlo, mamá. No me habría escapado si no hubieras decidido casarme con uno de los hijos de los socios de la empresa.

No puedo respirar por el dolor. Recuerdo a mi abuela abrazándome, sentándome en su regazo, acariciándome la cabeza y diciéndome que todo iría bien. Cuando lloraba en su hombro, echando de menos a mi hermana…

—Asúmelo, Linda, Mía no soy yo. No necesitas transferir tus emociones ni tu resentimiento hacia ella. No pudiste mantenerme con fuerza a mí. No puedes mantenerla con fuerza a ella. Lo harás, pero no puedes realmente. ¿Recuerdas a papá? Le destrozaste, junto con tu propia familia.

Y entonces ocurre algo que ni siquiera podía imaginar. Es tan increíble y aterrador que parece que estoy alucinando. Lauren se acerca mucho a mi madre y levanta la mano para tocarle la cara con la palma.

El claxon de un tren que pasa a unos cientos de metros hace que el momento sea completamente irreal. Y, de repente, mi madre, mi testaruda madre, cae de rodillas.

Delante de todos, mi madre rodea las piernas de Lauren con los brazos y… Parece que llora. Sus hombros se estremecen casi imperceptiblemente, pero no hay duda: son lágrimas. Esas dolorosas emociones que ha estado guardando durante años por fin salen a la luz.

Parecía fuerte e independiente, pero en el fondo dependía de su familia y de las opiniones de quienes la rodeaban.

Ya no puedo seguir mirando desde la barrera. Me estremezco, pero Hunter me sujeta la mano.

—Dales un minuto, Mía.

Esta es su historia, su vida enferma. Los guardias de la madre, al darse cuenta de que su presencia no es necesaria aquí, regresan al coche.

Mason y los chicos también se alejan, fumando y hablando tranquilamente de sus cosas. Hunter se aleja de su maltrecho y herido hermano, porque ellos también tienen una historia y su propio amor fraternal enfermizo.

Me acerco lentamente a mamá y a Lauren. Mamá se levanta y nos abraza a Lauren y a mí. Apoyo la frente en su hombro y me doy cuenta de que llevo años soñando con un abrazo así.

Un abrazo sincero y lleno de amor de las personas más cercanas a mí. Lauren vio su pañuelo en mi brazo y sonrió, acercándose aún más a mí. Y yo toqué el colgante de mi padre que llevaba al cuello. Él también está con nosotros.

# Epílogo



## Hunter

El día empezó como un día normal, pero acabó de una forma que nunca habría imaginado. Mía y yo pasamos la mañana juntas, disfrutando de un paseo por la playa y hablando de todo. La luz del sol jugaba en sus ojos y yo no podía apartar la vista de ella. Habíamos superado muchas cosas, pero ahora parecía que todas las dificultades habían quedado atrás.

Por la noche, nos esperaba una pequeña fiesta. Mía había organizado una reunión con sus amigas para celebrar nuestra unión. Reímos, bailamos y disfrutamos del momento. El ambiente estaba lleno de alegría y calidez.

En un momento dado, vi que Mía se acercaba a Bea, con un pañuelo azul en la mano. Era el mismo pañuelo que había guardado de Lauren, un símbolo de sus recuerdos y esperanzas. Mía se lo entregó con cuidado a Bea.

—Este es para ti —dijo Mía, sonriendo—. Me dio suerte y me dio fuerza. Y gran amor. Ahora quiero que la siguiente seas tú. Cógelo.

Bea se sintió conmovida. Cogió el pañuelo y se lo apretó contra el corazón, con los ojos llenos de lágrimas de gratitud.

—Gracias, Mía —susurró—. Recordaré haber tenido una amiga tan maravillosa como tú. La suerte me necesita.

—¿Sabías que los psicólogos afirman que los pequeños regalos simbólicos pueden fortalecer las amistades durante años?

Los miré y sentí que me llenaban de felicidad. Estábamos todos aquí, juntos, y el futuro parecía brillante y lleno de posibilidades. Y el pasado era el pasado.

¡Soy patético! ¡Odio ese lado de mí!

Mía se acercó, me abrazó y me susurró al oído:

—Ahora tenemos todo lo que siempre hemos soñado.

En ese momento, me di cuenta de que nuestra historia no había hecho más que empezar. Estábamos preparados para nuevos retos, nuevas alegrías y para todo lo que la vida podía ofrecernos. Pero lo más importante era que teníamos un amor que nos unía y nos daba fuerzas para seguir adelante.

¡Que soy patético, lo más me odiaba en estos momentos!

# Mía

Hago girar entre mis dedos un tulipán con una cinta blanca. Como una vez hice con el escarlata. En lugar de palabras enviadas, un susurro cálido contra mi cuello. Y caricias. Muchas.

Caliente, húmedo, largo y apasionado. Llevamos una semana sin saciarnos el uno del otro. Cada beso, cada roce van acompañados de un anhelo de caricias, de un deseo de intimidad. Ya no necesitamos escondernos, ya no necesitamos ocultarnos. Es el pasado.

Mí madre ha aceptado a Hunter e incluso intenta dejar atrás un rencor de sangre contra su familia. Érase una vez que sus abuelos no compartían un territorio, sino que construyeron uno juntos, y se produjo un enfrentamiento. Y la enemistad de sangre arde con fuerza desde entonces.

Mi madre vuelve a tener dos hijas: Lauren y yo. Sus cuidados se han repartido por igual.

*¡Menos mal!*

Entregó la dirección de la empresa a su hermano William, y fue como si tuviera veinte años menos.

Y Lauren, Ella… Es hermosa, sabia, amable y fuerte al mismo tiempo. La he perdonado por el horror que vi. Y me alegra mucho que haya vuelto, que esté de nuevo en mi vida. Me siento como una hermana pequeña con ella cuando me acaricia el pelo o me pasa el brazo por los hombros.

Hudson tuvo que ir al hospital. Sí, los grandullones de mi madre le echaron unas buenas patadas. Hunter y él también empezaron a ser hermanos.

A veces viene Hudson y, por alguna razón, al principio me sentí un poco confundida por el parecido exterior de ambos. Mason está enamorado. Sí, eso era muy difícil de creer.

Yo. Abandoné la escena. Terminé la universidad, pero ya no quería cantar en el escenario. Me volví ordinaria. Y libre.

Hunter se estaba desprendiendo poco a poco de las sombras de su juventud y de la escuela por la que había pasado. Por supuesto, sus raíces venenosas permanecerán en el alma para siempre, pero aprendemos a neutralizar su veneno. Él también fue a la universidad, estudió a tiempo parcial y se puso a trabajar como doble en el cine.

Así que, si ves una sombra encapuchada parpadeando en la pared, es él. Mi oscuro acosador, mi misterioso admirador, que expulsó el frío de mi alma y la devolvió a la luz.

***Del autor***.

Amigos, gracias por terminar esta historia. Soy una autora independiente y necesito vuestro apoyo para crear. Me inspiran vuestras historias de la vida ordinaria.

Gracias por cada like y cada comentario. Y un agradecimiento especial a mi familia. Besos y abrazos a todos, hasta pronto.

También te invito a unirte a mi grupo en Facebook:

https://www.facebook.com/lindamoonlibros

Comprar libros en Amazon:

https://www.amazon.es/stores/Linda-Moon/author/B0BP7V87Z8

Noticias en Telegram:

https://t.me/fans_linda_moon

Allí siempre podrás charlar conmigo y con otros lectores, participar en sorteos, promociones, recibir regalos, conocer nuevos productos y cómo son los héroes de mis libros, mi inspiración, así como ver su visualización.